Este libro fue escaneado por el Archivo de Folklore Boliviano, como parte de nuestra misión de poner todas las obras del folklore boliviano en formato digital.

El Archivo de Folklore Boliviano se dedica a la preservación y diseminación de todos los aspectos del folklore y la tradición boliviana, especialmente mitos, leyendas, historias, y cuentos populares. Tenemos oportunidades de formar parte del voluntariado: muchas tareas, como convertir este mismo PDF a un libro digital, requieren solo de 5 a 10 horas de trabajo, por lo que los voluntarios reciben un reconocimiento permanente en nuestro sitio web y en el libro digital.

Visite nuestro sitio web para obtener más información:

www.archivodefolkloreboliviano.org

NATTY PEÑARANDA DE GUILLEN PINTO

ESPIRITU ETERNO

(PACHA AJAYU)

MITOS
POEMAS
CUENTOS
LEYENDAS
TRADICIONES
NARRACIONES
ANOTACIONES
SUPERSTICIONES
CURIOSIDADES
APODOS AYMARAS
SIMBOLOS AYMARAS

Publicación dirigida por
Carlos Urquizo Sossa
Jefe de Publicaciones

◆

Alfonso Finot
Director General de Cultura
de la H. Municipalidad de La Paz

Es propiedad del autor.
Depósito Legal
L.P. Nº 1570 - 74

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

Empresa Editora "Universo" — La Paz, Bolivia

303.884
P371

Publicación auspiciada por el General Armando Escóbar Uría, Alcalde Municipal de La Paz y Presidente Nato del Instituto de Investigaciones Históricas y Culturales de La Paz.

El alma de la Patria empieza a dibujarse, a dar sus primeros vagidos en el niño.
El niño boliviano, obra así, el espíritu territorial, el alma geográfica, insuflándole su aliento inconfundible.
Allí están sus montañas, sus ríos, sus selvas, todo su ser físico extrañamente rudo y grandioso. Y allí, también, el espíritu ancestral, el alma del pasado, el alma histórica.

JAIME MENDOZA

PRESENTACION

Este libro que ahora edita la H. Municipalidad de La Paz, tiene el indiscutible mérito de tener su orígen en las fuentes mismas de las tradiciones del pueblo aymara. La vida de su autora transcurrió en las antiguas escuelas indígenas y compartió como esposa y maestra, la existencia de uno de los más notables pedagogos bolivianos: Alfredo Guillén Pinto.

Nuestra literatura contemporánea se vitaliza con esta obra de doña Natty Peñaranda de Guillén Pinto, que recoge en sus páginas mitos, leyendas, narraciones y símbolos de una cultura que persiste incólume en el medio rural del altiplano boliviano y se proyecta a todo el ámbito nacional, otorgando un sello inconfundible que nos distingue de otras nacionalidades americanas formadas sólo a base de inmigración europea, completamente ajena a los valores antropológicos y culturales que atesora nuestro pueblo como un patrimonio ancestral indestructible.

Los valores auténticos del indio boliviano exaltados por Franz Tamayo en su "Pedagogía Nacional", están reflejados en este libro de la meritoria escritora y maestra que nos presenta una recopilación muy bien escrita de algo que con el ritmo del cosmopolitismo creciente, se presenta como una tendencia generalizada contra los valores más íntimos de nuestra personalidad como Nación y trata de hacer desaparecer los aspectos básicos de nuestra cultura nativa.

En la inmensidad del yermo altiplánico, el indio boliviano, construye su propia vivienda que resiste los temporales más rudos del frío y de las lluvias, son construcciones rectangulares con techo de paja brava que actualmente se sustituye con hojas de calamina, produce sus alimentos, cría su ganado y teje las telas para su vestuario de primorosos

colores. Cultiva la música y la danza con creaciones propias. La mujer juega el papel de centro nuclear de la familia y también trabaja en las faenas agrícolas y en el cuidado del ganado junto al esposo y sus hijos. Todo esto está contenido en las narraciones y costumbres que describe la señora Guillén Pinto en este libro que acertadamente ha titulado "Espíritu Eterno"' que es traducción cabal de "Pacha ajayu", palabras que representan Eternidad y Espíritu sólidamente identificadas en la cultura ancestral del pueblo Aymara, núcleo vital que aglutina a la nacionalidad boliviana.

Es preciso destacar el particular interés que ha puesto el H. Señor Alcalde Municipal de La Paz Gral. Don Armando Escóbar Uría en la edición de esta obra, no obstante que las limitadas posibilidades económicas del municipio paceño no permiten cumplir todo el programa cultural y la edición de obras de mucha valía, que son tan necesarias para aumentar el caudal de obras fundamentales de nuestra historia y de la cultura nacional.

ALFONSO FINOT

Director General de Cultura
H. Municipalidad de La Paz

Enero de 1974

RESOLUCION MINISTERIAL Nº. 137

La Paz, 17 de enero de 1968

VISTA: la solicitud de la maestra Natty Peñaranda de Guillén Pinto, pidiendo declaración de texto oficial de la obra "Pacha Ajayu", (Espíritu Eterno);

CONSIDERANDO: que la obra presentada es el resultado de la labor de muchos años de escrupuloso estudio, es producto de la más completa investigación sobre aspectos vernaculares relacionados con las creencias de nuestro pueblo; que su contenido está dividido en supersticiones, mitos, leyendas, tradiciones, cuentos y narraciones, símbolos aymaras, coros escolares y concluye con un estudio sobre curiosidades y apodos, de diferentes matices autóctonos; que el libro, resumen de paciente trabajo realizado en el mismo lugar de los acontecimientos, representa un aporte documental para el investigador folklórico, el historiador y el estudioso, los maestros y alumnos de cursos de ciclo medio y superior; que por el gran valor didáctico de la obra y la profunda concepción orientadora de algunos temas, su conocimiento y difusión son necesarios, principalmente entre los estudiantes con fines de mejorar su cultura; por tanto y de acuerdo con el informe de la Comisión Revisora de Textos Escolares de la Dirección Nacional de Investigaciones Pedagógicas;

SE RESUELVE: declárase texto oficial para el Sistema Educativo Boliviano, la obra titulada "PACHA AJAYU" (Espíritu Eterno), de la que es autora la maestra Natty Peñaranda de Guillen Pinto.

Regístrese y comuníquese.

Dr. DANIEL SALAMANCA TRUJILLO
Ministro de Educación

Es Conforme:
LUIS SAINZ ORIHUELA
Oficial Mayor de Educación

DEDICATORIA

Mi pasión por las cosas vernaculares me ha inducido a escribir este libro sin otra pretensión que el deseo vehemente de lograr que los niños de mi patria aprendan a conocer las bellezas naturales de su tierra y que al leer sus páginas, reaviven en su alma el sentimiento de lo nuestro: el folklore, como ciencia de tradiciones y costumbres, de poemas, música y leyendas que es tan rico y significativo.

Bolivia tiene en este aspecto un filón inagotable que se encuentra en estado puro, lo que no no ocurre con otros países. Deseo sinceramente que nuestra juventud, aprenda a amar lo suyo y darle el valor intrínseco que tienen; de ahí por qué, como maestra indigenista, fundadora de núcleos campesinos, sienta especial satisfacción al dedicar este libro en el que recopilo mis propias investigaciones y experiencia personal, a las Escuelas Fundamentales y muy particularmente, al núcleo campesino "UTAMA" de Caquiaviri que ahora lleva el nombre de su Director y fundador, el que fue Prof. ALFREDO GUILLEN PINTO.

Anhelo que la niñez boliviana grave en su tierno corazón, todo lo grande y hermoso que tiene Bolivia y que el rico acervo vernacular sea recogido en lo más hondo de su alma; que el maestro, modelador espiritual de un país, enseñe a rendir culto a lo nativo que en todo pueblo es eterno y así aprendamos una vez por todas a ser nosotros mismos.

Que el manantial fecundo de nuestros bellos ritmos musicales se difunda en las escuelas y para ello sugiero se establezca la hora del folklore en horarios cívicos. Deseo que la niñez se deleite al descubrir la riqueza opulenta de mil facetas étnicas y geográficas de su patria, hasta ahora considerada con menoscabo.

La tradición que se conserva inalterada a través del tiempo en las poblaciones bolivianas, se debe acaso a que no ha recibido la influencia de otras culturas, o la poca o ninguna corriente inmigratoria. Sin desmerecer la enorme influencia que recibieron de la religión cristiana que los catequistas españoles supieron inculcarle con mucha habilidad e inteligencia; pero como todavía el indio no ha podido liberarse de sus creencias ancestrales, de su temor a las manifestaciones de la naturaleza, mezcla sus ritos paganos con los católicos, creando de este modo, un culto a su muerte, pero sincero.

Es así, cómo hasta hoy invocan a sus "*Achachilas*", a la "*Pacha Mama*", a sus montañas y ofrecen incensarios para que las lluvias lleguen a tiempo y fecunden la tierra e igualmente para que el granizo destructor no asole los sembradíos.

Un estudio antropológico de los múltiples grupos étnicos que conforman su población, daría muchas luces para formarse un concepto de las diversas culturas que han existido en el pasado milenario; estudios racionales que pudieran aportar datos inequívocos y servirían para llegar a un cabal conocimiento de los orígenes de nuestros pueblos, que hace mucha falta.

La cultura aimara, que sin temor a exagerar, se remonta a cientos de años antes de la Era Cristiana, (*) cuyo idioma rico en modulaciones fonéticas es, —según numerosos lingüistas, entre ellos Villamil de Rada, boliviano— una de las más antiguas lenguas del mundo, como lo afirma el citado investigador en su interesante libro "La I engua de Adán".

Así, en todos los aspectos, la cultura aimara fue el primer antecedente, cuando comenzó el florecimiento y dominio del Imperio Quechua, el hombre colla—aimara era irreductible; como consecuencia existían centros no sometidos a regiones próximas a la capital del Imperio, donde predominó su idioma y sus costumbres que llevaron desde el Collado hasta el actual Perú.

Buscar lo que hay de imperecedero, de simbólico y de tradicional en estas dos másculas razas, intrepretar el hondo sentido de sus ruinas milenarias, maravillas que causan asombro a nuestra comprensión por su grandiosidad, es el deber de las generaciones presentes y futuras.

La historia de la raza está viva, flota en el ambiente a través de sus monumentos de complicado dibujo, de sus grabados, de sus esca-

---

(*) Estudios realizados por Carlos Ponce Sanjinés, con el carbono 14 asignan a Tiwanaku una antigüedad de 600 años a JC. y 1000 de la EC.

lonados signos; bellezas inmutables que se conservan por sí solas en medio de la desolación, la indiferencia y el olvido.

Por todo esto, espero que mis colegas maestros de Educación y los jóvenes de mi patria, reciban este libro con el mismo cariño con que yo se los dedico, recomendando su lectura y meditación de su contenido. Quiero que se acerquen a PACHA AJAYU o "Espíritu Eterno" con interés y encontrarán en él la realidad nacional.

He tratado de describir con sencillez la grandiosidad cordillerana, la belleza de sus risueños valles, el trópico con sus selvas y bosques exhuberantes, la opulenta tradición de esta tierra noble y pródiga en riquezas espirituales.

Es un libro de lectura para todo el que quiera conocer el alma boliviana.

La autora

PROLOGO

Natty Peñaranda de Guillén Pinto en un esfuerzo ambicioso ha querido mostrarnos el "Espíritu Eterno" de la montaña, de la altipampa y del trópico bolivaino; ese espíritu mítico que perdura por milenios y convierte la silente planicie en un templo de perpetua oración y culto a la belleza que, se interna en todos los accidentes materiales, en busca de infinito.

En buena forma lo ha logrado al ofrecer, como recogidas entre breñas, guijarros andinos y marañas selváticas, destellos de la mente del autóctono americano, que son joyas aprovechables, como documentos heredados para estudiar la ciencia del pensamiento primitivo, y llegar a conclusiones antropológicas, en orientación psíquica, lingüística y sociológica modernas.

Y, para la gente incomprensiva del proceso evolutivo de la mente humana, transcribimos un párrafo de Goethe, en su "Fausto", dirigido a fantasmas y brujos:

"¡Aún seguís ahí! !Es inaudito! ¡Desapareced! ¡Estamos en el siglo de las luces!

A esta canalla diabólica no le preocupa ninguna regla. Somos razonables, ¡y, sin embargo se ven fantasmas en Tegel"!

"Espíritu Eterno" este libro de la señora de Guillén Pinto, constituye relatos sencillos, sin postura científica y por esto un ejemplo de sinceridad. Ella ha reunido impresiones con entusiasmo y amor; las ha trasladado al papel, durante años de trabajo de maestra en el núcleo escolar de Caquiaviri.

En el libro puede apreciarse y sentirse por las descripciones llenas de unción, los cambios de luces, accidentes geográficos y atmosfé-

ricos, el clima inhóspito de la puna boliviana en la altura de sus montañas. En las páginas del libro se oye ulular el enojo del viento, deidad irracible y dominante de las crestas cordilleranas, que se descarga sobre pajonales, haciéndolos gemir.

Se tropieza el lector, a menudo, con helados mantos de nieve, sagrada para el habitante de la cordillera andina, que cobra víctimas.

En este hosco ambiente, aunque arrebolado de celajes imponderables, es que los Maestros de Educación Fundamental, educan al autóctono y son verdaderos santos laicos, pioneros de la grandeza patria.

Natty de Guillén Pinto, junto a su esposo, admirable pedagogo y patriota, ha realizado obra bolivianista, que los habitantes de las ciudades muelles y embotadoras debemos agradecer y admirar.

Las canciones con que finaliza "Espíritu Eterno" emanan del núcleo campesino "Utama" que significa en lengua aymara; Tu casa, son creadas y adaptadas en cada necesidad de fiestas y actuaciones cívicas, y, de allí su gran interés porque son vividas. Las cadencias y ritmos han sido aplicados a la música y bailes regionales de autoctonía pura, variada y emotiva.

En el libro "Espíritu Eterno", se pervive un aliento sagrado, anímico. Y en Caquiaviri, aparte del poblamiento de seres míticos, animales fabulosos, brujos, sombras misteriosas y colores temibles del arcoiris, estampados en el cielo, existe un espíritu de adoración a Pachakamac, eterno y evidente como un dios creador andino.

Supervive no sólo la creencia sino la realidad histórica de ese importante pueblo, dedicado a María Magdalena y a San Antonio Abad, protector de sembríos y actividades pecuarias, fue edificado sobre las ruinas y con las piedras del templo collaymara de Pachakamac. Se necesita mayor número de libros del género de "Espíritu Eterno", que vayan bifurcándose en los grupos indígenas a la cultura de intelectuales modernos, para darles pautas seguras y para comprender mejor Bolivia y América.

En estas líneas, no podemos reflexionar sobre sistemas y tendencias del indigenismo, que son múltiples; para libros como "Espíritu Eterno", son importantes, pues colocan al indígena en el enfoque cultural de sus milenarias creencias que hay que respetar y en el camino de una esperanza de progreso que requieren los pueblos en procura de su mayor impulso, para la comprensión y desarrollo de estos grupos dentro de las naciones americanas.

En "Espíritu Eterno" de Natty Peñaranda de Guillén Pinto, no se encontrará al final ninguna bibliografía, porque ella no ha buscado en anaqueles ni libros o teorías, interpretaciones; sus conocimientos los ha bebido de la realidad de la vida, en las cumbres o valles, y en el

Núcleo Indigenal de Caquiaviri, en la naturaleza dura, pero grandiosa... Y eso basta para hacer de sus páginas una importante transmisión del pensamiento autóctono que es profunda y auténtica tradición boliviana.

De manera especial tienen importancia los cantos de difuntos en castellano y latín aymarizado, llamadas ARURAS cuya traducción podría ser como Adoración. También existen estos rezos y responsos en latín aymarizado, llamadas Pururas, este aspecto es interesante dentro de la consideración lingüística.

Los apodos en idioma aymara que la señora Guillén Pinto ha recopilado, creo que es la primera persona que los presenta al público. Conozco su archivo riquísimo, desde hace muchos años y ella puede aprovecharlos de diferentes maneras.

Tradición es: Trasmisión y ésta debe ser oral, pura, sin aditamentos "entre una boca humana y un oído humano" dice un Humanista. Eso ha captado Natty de Guillén Pinto: la tradición del Ande.

MARIA LUISA SANCHEZ BUSTAMANTE DE URIOSTE

El libro PACHA AJAYU (ESPIRITU ETERNO) que tiene próximo a publicar Natty Peñaranda de Guillén Pinto, es el producto de la convivencia entrañable del medio rural al que se ha entregado desde su juventud esta excepcional e inteligente maestra boliviana. Natty Peñaranda cuyo ancestro viene de hidalga cepa hispánica con reminiscencias de cortijo y huerta, han encontrado en el agreste y soberbio paisaje andino y en la vida humilde y candorosa del aborígen boliviano, una fuente fresca y cristalina de inspiración para sus admirables relatos; maestra de vocación e intuitiva devota de la belleza, ha logrado en sus estampas literarias volcar la importancia de su lejana vida emocional, acuñando en sus prosas auténticas medallas y frisos del rico venero folklórico aimara. Su conocimiento del idioma de los pobladores de la meseta altiplánica, su profundizar en las creencias, costumbres y mitos de la raza milenaria y crepuscular de los aimaras, robustecen sus creaciones que denuncian una médula auténtica y vital.

El libro de Natty Peñaranda es un bello y apretado manojo de flores extrañas y silvestres como las que lucen en primavera las grietas y peñascos de la enérgica cordillera de los Andes.

GUILLERMO VISCARRA FABRE

ESPIRITU ETERNO

Despierta un vivo interés la lectura de Espíritu Eterno (Pacha Ajayu), cuya autora es la conocida escritora Natty Peñaranda de Guillén Pinto, obra que con todo acierto el Ministerio de Educación ha declarado como texto escolar.

Natty, siempre animada de inquietudes espirituales se ha compenetrado de la vida indigenista mostrándonos en vivos colores las costumbres de los campesinos. El haber permanecido en el campo por muchos años, junto a su esposo, uno de los más destacados maestros de nuestro país, le permitió observar con delectación la vida en el altiplano, captó en sus pupilas el paisaje de nuestras montañas, esas cumbres recogidas en el horizonte, como vigilantes de las noches misteriosas. Su estilo fácil y ameno magnifica, al través de su relato la belleza de nuestros campos donde crecen las espigas doradas, donde el viento lanza un desafío a la naturaleza.

Natty, que maneja con elegancia y con precisión el diálogo de sus personajes, nos presenta cuadros reales y emotivos de la vida diaria. Sus cuentos son el palpitar de una raza que lleva en su espíritu la herencia de sus antepasados. Exalta Natty el esfuerzo, el dominio de ese mundo, pocas veces comprendido. Sus cuentos traducen los sentimientos de los pueblos que saben conservar su tradición.

Apasionada por el arte vernacular nos relata leyendas, cuentos, fábulas indígenas. Así en Sora Sorita nos presenta a la meláncólica pastorcilla, alma angustiada que ama sus campos, sus chacras, sus ovejas y que apesar que el padre resuelve emigrar del campo por las sequías porque las heladas han destruido su trabajo, la imilla, de tez bronceada se aferra a su choza, esperando el reverdecer de la pampa, donde la

quena rompe el silencio de la noche. Esa ilusión se convierte en realidad y las chacras muestran de nuevo sus hojas verdes, los arroyos serpentean y la lluvia fecundiza los campos. En este relato hay un hondo dramatismo. Se cruza en el camino de Sorita la bruja que la hechiza y que hace de sus días un mundo envuelto en sombras y misterios, pero cuando se debatía en medio de sus horas tormentosas, aparece Pascucho, el amado que persigue a la bruja, hasta conseguir que Sorita vuelva al abrigo de sus ensueños.

Si Natty, cultiva con maestría la prosa, nos deleita también con su inspiración poética. Sus poemas del Altiplano revelan una profunda sensibilidad. Esos versos, que cantan a las espejeantes aguas del Titicaca, al andar gracioso de las vicuñas, sus cantos al Illampu, sus estrofas al Aymara, al Kolla, nos demuestran ese lirismo que llega al corazón.

Natty en su afán de exaltar a nuestros valores indígenas cumple con un fin patriótico. Este libro será el mejor guía para nuestros niños que poco conocen de nuestro arte vernacular.

Natty de Guillén Pinto que sabe adentrarse en el pasado, descubriendo nuevos senderos, seguirá consechando triunfos en su carrera literaria.

ANA ROSA TORNERO DE BILBAO LA VIEJA

Natty Peñaranda de Guillen Pinto con la publicación de este libro "PACHA AJAYU" (Espíritu eterno) no sólo contribuye a la difusión cultural de nuestros secretos ancestrales sino que rinde el homenaje cívico más puro a la Patria, a esta Patria boliviana tan necesitada de obras bellas.

Sus relatos de supersticiones, mitos, leyendas, anotaciones, cuentos, símbolos aymaras, etc. escritos en lenguaje claro, objetivo y preciso instruyen y recrean, a la vez que nos hacen vibrar en la propia raíz de nuestra nacionalidad, ahora que la Antropología cobra vigencia adentrándose más profundamente en la naturaleza de las culturas.

Su contenido es variado, en él no faltan ni las coplas populares que matizan la obra de gracioso atractivo. Su importancia documental es evidente, ya que brota de una fuente prístina, el verbo conmovido del campesino altiplánico.

Libros como este son como los cordones umbilicales que nos ligan a la madre tierra y nos hacen sentirla y nos hacen venerarla aún más.

PAZ NERY NAVA B.

Anotaciones

APOLOGIA DE LA CAMPESINA KOLLA

En todo tiempo se ha hablado de la educación del indio; mil veces ha servido de bandera política, otras de mera curiosidad histórica, y las veces que se ha pretendido interpretar el alma del indio, se lo ha hecho falseando la verdad y sin conocerlo a fondo; hace falta pues un ensayo antropológico serio para poder situar las bases de una sociología aimara que mucha falta hace.

Refiriéndonos a la mujer india, para hacerle justicia diremos de ella que es laboriosa, resignada a la vida misérrima, los padecimientos y el trabajo agotador del cultivo de la tierra, las labores de su hogar y la crianza de sus hijos.

La india del altiplano boliviano, es de una exótica belleza broncínea y pasa por la vida cual la bíblica Agar, abandonada a su propio destino, en la inmensa altiplanicie andina. Hasta la mujer india no ha llegado todavía ningún angel tutelar que la conduzca hacia el agua dulce para apagar su sed de justicia y de saber. Si alguien se ha acercado a ella con desinterés y condolido de su suerte, ese ha sido y es el maestro rural de vocación quien, con cariño la ha tratado siempre como a un ser humano, porque ha comprendido que sus potencialidades intrínsecas son favorables para una labor de culturización integral, ya que es receptiva e inteligente.

Esposa ejejmplar y madre tierna, la mujer aimara lleva a cabo los menesteres más duros cargando su hijo a las espaldas, haciendo así una indivisible la relación madre–niño, por tanto, el hijo se desarrolla fuerte y robusto porque es amamantado con la leche materna.

La mujer india marcha por los largos caminos siempre con el vellón de lana envuelto en un brazo, haciendo girar con destreza la

rústica rueca al compás de su acelerado paso, y formando grandes ovillos de hilo que más tarde, perfectamente teñido en diversos colores y minuciosamente preparado, utilizará para tejer, formando artísticos dibujos y matices, las prendas de vestir de su familia.

En la época de siembra es la mujer la encargada de esparcir la semilla en los hondos surcos que abre el arado ungido a los bueyes, que guía con destreza el hombre. (1)

Este trabajo que ella realiza es sumamente agotador, si se tiene en cuenta que debe permanecer largas horas bajo los abrasadores rayos del sol, o el viento y la lluvia. Terminada la tarea, ya al caer la tarde, vuelve a su humilde choza y prepara el frugal alimento que sirve humeante y en abundancia al grupo familiar que la rodea. Así, uno y otro día.

Nadie la gana a orar, puesta de hinojos ante el altar, con los brazos en cruz, levanta su corazón como un incensario de emociones y eleva su sencillo ruego en la grandiosidad milenaria del templo andino, azotado por gélidos y ululantes vientos; alza su oración a la madre tierra, a las montañas ancestrales y a Dios que el cristianismo le enseñó a adorar. Cuatro siglos de esclavitud, la han tornado huraña y triste (2) pero tiene un corazón generoso y noble para quien sabe comprenderla y amarla sin prejuicios de superioridad. Ella sabe abrir su alma sencilla y llana, como el aire fino de sus tierras altas, y cristalina como el agua que baja de las cordilleras. Sabe brindar hospitalidad, compartir su sobrio alimento con los extraños, cuando escucha la voz interna que le dice: esa persona no te hará daño, no te despreciará, será leal contigo. Tiene una intuición sorprendente para comprender los sentimientos humanos.

El engaño y la falsía de que siempre ha sido víctima, la han vuelto desconfiada, pero conociéndola como la conocemos, podemos afirmar que no es la "janiwa", como ofensiva e injustamente la califican quienes no la comprenden ni la quieren.

Sus costumbres se fisonomizan por austeras, sus fiestas y faenas campestres; los dichos satíricos en su lengua nativa son agudos y tajantes y de gran originalidad.

La india del altiplano boliviano conserva intacta su tradición, puesto que se mantiene al margen de la vida moderna. Es fuerte y sa-

---

(1) El campesino del altiplano boliviano, aún no ha generalizado el uso del tractor como moderno auxiliar agrícola.

(2) Keyserling, filósofo alemán, en su libro "Meditaciones sudamericanas", ya nos habla de la tristeza del indio como rasgo esencial de su naturaleza.

na, no conoce las dolencias de la mujer urbana. Tiene la piel bronceada color de arcilla cocida, los músculos tostados por los vientos de la sierra y el quemante sol altiplánico, camina con los pies desnudos casi siempre, aunque para hacer largas caminatas usa ojotas o sandalias hechas de cuero.

Esta india aymara que no alaban los poetas, esa campesina dura y simple que no entiende de los complicados maquillajes, ni de los tratamientos de belleza, esa india natural de espontánea hermosura, que bebe el agua de los románticos manantiales en el hueco de sus manos, esa es la india que nace, vive y muere en las altas cumbres de la geografía boliviana.

De mediana estatura, movimientos mesurados, casi nunca es gruesa, tiene el rostro ovalado, atezado, de carnosas mejillas, de labios prominentes, ojos oscuros de mirar vivaz y agudo, de cabellos muy negros abundantes y largos que los lleva divididos en dos gruesas trenzas, de músculos robustos; es un bello conjunto de vestal incásica.

Su vestimenta diaria es generalmente oscura y sólo en las fiestas cambia su atuendo de vivos colores, imitando acaso el cromatismo múltiple y jubiloso del tapiz espléndido de los campos sembrados de **cañahua:** lleva amplias y numerosas polleras de menudos pliegues, ceñidas a la cintura, mostrando en la orla la gama de colores. El jubón de felpa bordado con mostacilla, es igualmente de colores vivos; completando el conjunto lleva un airoso sombrerito redondo (bombín). Una india ataviada de fiesta semeja una gran corola multicolor que gira al compás de la música nativa.

Danza con paso menudo y gracioso, también hace figuras de ballet indio, sin saltos espectaculares, figuras casi místicas de liturgia, llenas de ritmo y de belleza, de acuerdo con el escenario en que vive; altiplanicie inconmensurable rodeada de serranías y altas cumbres, paisaje austero cuadriculado de inmensa gama de verdores.

Ni el tiempo ni los padecimientos, han logrado borrar la fisonomía y el carácter personal de la india, ella no se ha rendido al vasallaje espiritual, lucha por subsistir, porque está animada de un impulso ancestral, heroíco, adornado de virtudes innatas.

Los incrédulos, los que hablan de la decadencia de la raza, y quieren su exterminio, es que nunca han tratado de acercarse a ella con humano interés y por eso no saben aquilatarla en todo lo que vale. No se la debe juzgar desde las ciudades, sino vivir cerca de ella

en un medío rural para poder emitir una opinión justa acerca de su idiosincracia étnica.

La raza india sería capaz de conquistar superiores destinos, si el gobierno y la sociedad, despojados de prejuicios y con sinceridad y patriotismo, supieran darle las oportunidades que necesita y la orientación adecuada para un proceso cultural evolutivo que sería en beneficio de la Patria.

Es por eso necesario, inaplazable, que despierte la conciencia nacional y defienda la riqueza espiritual de la raza, anhelo vehemente de unos pocos y desdén y olvido de los más.

Nuestro recio y legendario paisaje andino, poblado por ese indio secular y bravío, nacido para dominar vastos imperios, hoy aletargado, debe salir de las tinieblas de la ignorancia.

Insistimos que la más apremiante necesidad boliviana, es la de civilizar en forma humana y racional, a la clase mayoritaria del país, dándole escuelas y capacitación técnica para el cultivo de sus tierras.

La mujer boliviana civilizada, necesita reconocerse en el pasado, para mantener la especial fisonomía de su pueblo. No es patriótico ni cristiano denigar la raza madre, más bien captar sus bellezas, que son muchas, para difundirlas, dignificarlas, llamando al sentido común de las demás, acostumbradas a despreciar lo nativo. Los bolivianos, todos, debemos aprender a amar lo nuestro, que nos viene de la sangre, sin suplantar este ser personal, sin quitarle su espiritualidad. Hacer que florezca en la cultura; fundirla con el progreso, llevarla por rumbos de adelanto positivo, conservar y restaurar las costumbres con el cariño de hijos de esta tierra kolla, noble y altiva, es imperativo patriótico.

No permitir que grandes riquezas de arte y belleza folklórica, se pierdan o sean sustituidas, asfixiadas por el modernismo importado, conservando la elegancia original, lo vernacular en todos sus aspectos.

EL AUTENTICO INDIO Y LA ARTESANIA

Voy ahora a hablar de las cualidades que caracterizan al indio que habita las dilatas pampas altiplánicas; aquel que yo conozco, aquel paria irredento de cuyos sufrimientos y grandeza espiritual nos habla Alcides Arguedas en su formidable libro "Raza de Bronce".

El indio lleva muy hondo en el alma, el sentido telúrico y adora aún sus montañas ancestrales y su **Pacha Mama**. Tiene innatas capacidades de artesano hábil y múltiple; tal es así que, el indio aymara, viviendo aislado como vive, sabe proveerse de lo indispensable y rodearse de cierta comodidad; utilizando materias primas a su alcance, inventando y fabricando los instrumentos de trabajo necesarios, si bien rudimentarios pero muy prácticos.

He aquí sus numerosas habilidades:

ES ALBAÑIL.— Con rústicas herramientas, construye su vivienda, cabaña o choza, que no es precisamente una obra arquitectónica, empero, con barro y piedra, materia prima de que dispone, le dota de líneas perfectas y de lo indispensable, un patio cercado de muros, un aprisco, un horno, un corral para crianza de aves, cultiva plantas y árboles adaptables al clima, entre ellas el **kolli**, (olivo silvestre) la tradicional kantuta —declarada flor nacional— pues tiene los tres colores de la Bandera Boliviana, rojo, amarillo y verde; la **chinchircoma**, la ruda, la retama, etc. que son plantas medicinales.

Cuando vive en climas benignos, como los contornos del Lago Titicaca, dota a su vivienda de un pequeño jardín, donde se ven flores y legumbres propias del clima. Los indígenas que habitan la región del legendario lago, construyen pequeñas embarcaciones o sea las bal-

sas de totora (planta acuática característica del lago) y son expertos navegantes, se dedican además de la agricultura a la caza y la pesca.

En las grandes comunidades, donde necesita mayor cantidad de agua, canalizan los arroyos y fuentes naturales o abren pozos. El agua proviene generalmente de los nevados o de las innumerables vertientes que hay en los cerros.

Construyen con habilidad de ingenieros, los caminos que unen sus aldeas.

ES GANADERO Y AGRICULTOR.— Cuida sus rebaños de ovejas, llamas, alpacas, cerdos, cría vacas, bueyes y asnos en pequeña escala. Cultiva los productos que le da su alimentación, patatas, ocas, habas, quinua, kañahua, cebada, etc. En los climas más abrigados cultiva cereales y frutas.

ES TEJEDOR.— En cierta época del año trasquila los rebaños e hila en sus rústicas ruecas y teje en telares rudimentarios la tela que debe usar en sus prendas de vestir. Teje hermosas y artísticas **llijllas, chuspas**, ponchos, frazadas, bayeta, bellos pisos de mil hermosos colores decorados con motivos nativos.

ES SASTRE Y COSTURERO.— Con suma habilidad confecciona toda la ropa de la familia, cosiendo en máquina y a mano, camisas, polleras, chaquetas, jubones, almillas, rebozos, prendas de lana finísima de vicuña, que son el lujo de su indumentaria, que él mismo corta porque entiende de corte, todo por intuición.

ES SOMBRERERO.– Fabrica sombreros para él y su familia y también para vender, empleando como materia prima, lana de oveja, llama, etc. Aunque los métodos que emplea son primitivos, pero no le hace falta más para fabricar esta prenda indispensable para protegerse de los ardientes rayos del sol altiplánico.

ES HERRERO.— Construye el arado con que rotura la tierra, y las diferentes herramientas de labranza. Previamente acondiciona el taller que le va a servir para diversos oficios: fraguas, fuelles, herramientas, etc.

ES CARPINTERO.— Luego de proveerse de un remedo de taller o tomarlos prestados del vecino, construye objetos de uso doméstico, sillas, mesas y demás enseres, lo más imprescindible: torno para alfa-

rería, telares de madera verticales y horizontales, el fuelle para la herrería, etc. etc.

ES ALFARERO.— Bellas piezas de alfarería salen de sus manos creadoras: grecas, flores, figuras diversas, ánforas bellamente decoradas. Mientras trabaja, cual si cumpliera un rito, el rostro del alfarero está siempre grave e impenetrable.

Así forma preciosas figuras, creadas no se sabe cómo, en el interior de aquella cabezota irsuta y negra como un cactus quemado.

"Me creo ante un milagro, y pienso que la tierra misma, a través de este montón de polvo que es el hombre el creador de los motivos del jarrón".

ES ESCULTOR.— Pintores, como ellos se denominan. Fabrica gigantes y de toda dimensión, máscaras para danzas litúrgicas. Luego son autores de las máscaras de la famosa danza la diablada, que son un alarde de originalidad y únicas en su género, las pintan con coloridos y motivos propios, este es un arte especial, que va incrementándose más por su originalidad y belleza. Es inmensa la variedad de objetos y máscaras que puede modelar.

ES ZAPATERO.— Fabrica ojotas, especie de sandalias, utilizando cuero de buey o llama, sin embargo en los últimos tiempos han generalizado el uso de llantas de caucho en desuso, de automóvil, para fabricar sus resistentes abarcas con las que cubren largas distancias de caminos pedregosos.

SOLAPEROS.— Así se denominan los bordadores, artesanos indios que se dedican y especializan en este tipo de trabajo, bordan con hilos de oro y plata, perlas y brillante pedrería, una inmensa variedad de disfraces que los bailarines han de lucir en las danzas folklóricas.. El costo de estos disfraces es bastante elevado, pues deben invertir mucho material y tiempo para bordar motivos complicados y originales, donde se aprecia derroche de colores bellamente matizados, son trabajos artísticos.

"Crean sencillamente cantando, ni siquiera saben que su labor es maravillosa".

Estos artesanos radican generalmente en las ciudades y establecen sus talleres en los barrios suburbanos. Sus servicios son solicitados sólo por los campesinos, quienes interpretan un sinnúmero de

danzas en las diferentes fiestas religiosas y cívicas del año. Estas danzas son la representación de la opulenta riqueza folklórica boliviana.

En la ciudad de La Paz, existe todo un barrio de **solaperos.** Como se ve, el campesino no es elemento consumidor, o lo es grado mínimo.

Por todo lo expuesto se puede deducir que el campesino boliviano tiene innata habilidad y disposición para la artesanía. Personalmente puedo asegurar ésto, ya que me dediqué muchos años a la educación del indio, y en todo momento mi afán era observar las reacciones, sentimientos y habilidades de los alumnos, por esto creo de interés referir lo siguiente: uno de los muchachitos de la escuela que yo dirigía, por cierto de apenas 8 ó 9 años encontró un día una trampa para cazar ratones (artefacto importado) que estaba casi completamente destrozado, pero el niño se interesó y me pidió le obsequiara tal desperdicio.

Intrigada por sus afanes, lo observé y pude ver con satisfacción que el muchachito se proveyó rápidamente de pedazos de madera, clavos y alambres y utilizando un viejo cuchillo, construyó en poco tiempo una trampa mejorada, más resistente y práctica que la original importada. No es esto aleccionador? Es o no necesario alentar su habilidad proporcionándole instrumentos y educación técnica hasta convertirlo en un profesional de la artesanía?...

Conocí también un campesino adulto, fabricante de instrumentos vernaculares de viento y de cuerda, o sea: **quenas, flautas, pinquillos, tarkas, zampoñas, charangos,** etc.

Un buen día llegó a sus manos una vieja concertina, (acordeón) la cual desarmó pieza por pieza con sumo cuidado y construyó otra, mejorada y de notas cabales. Llegó a perfeccionarse totalmente en la fabricación de concertinas. En la feria que se llevó a cabo con motivo del IV Centenario de la Fundación de La Paz, en 1948, expuso varios modelos y obtuvo un primer premio...

Todo esto debe hacernos pensar seriamente, en la urgente necesidad de dar al campesino boliviano, una educación adecuada a sus cualidades intrínsecas; hacer de él un ciudadano honesto, técnicamente preparado en las labores agrícolas y artesanales, obrero especializado para llevar a cabo los diferentes oficios necesarios al desarrollo, es, lo sostengo sin ambajes, imperativo nacional.

Hoy por hoy, el campesino va perdiendo muchas de sus virtudes, pues invade las ciudades en busca de mejor oportunidad de trabajo, pero como muchos no tienen oficio definido deben dedicarse a

comerciantes y a vender mercancías traidas de contrabando u objetos de segunda mano, viviendo en condiciones infrahumanas. Hay por ello grandes zonas agrícolas que han sido abandonadas. Si esta situación persiste, se crearán problemas sociales muy graves. Sin embargo, existen algunos núcleos populosos situados a grandes distancias de las poblaciones urbanas, cuyos habitantes son refractarios a vivir en las ciudades y prefieren permanecer en el agro y seguir siendo agricultores y ganaderos, vivir sobre la madre tierra que los vió nacer y les verá morir, contemplando ocaso a ocaso, la sublime belleza de sus antahuaras. Ellos dicen con temor supersticioso: "la ciudad es mala".

APUNTES DEL FOLKLORE MUSICAL

El indio interpreta con cadencias musicales los acontecimientos trascendentales el devenir de su existencia: matrimonio, nacimiento, bautizo, trabajo, muerte... Su vida afectiva, su sensibilidad la exterioriza con música. Combina la música, la danza y el drama; sus danzas son ceremoniales (algunas casi desaparecidas o adulteradas)

¿De dónde saca el indio su música? Nuestro autóctono es compositor, creador, autodidacta; compone las más bellas melodías, siendo falso aquello tan repetido de que la música vernacular es solamente triste y llorona; para darle su enorme valor cultural hay que saber comprenderla, es variada: solemne, marcial, litúrgica y al estar relacionada con los aspectos de la vida, puede ser triste, alegre o jocosa.

El indígena es un ente musical panteista por excelencia y, cual sutil antena, sabe captar todas las manifestaciones de la naturaleza. Al acercarse una festividad religiosa, grupos de jóvenes, integrantes de conjuntos, ensayan noche a noche componiendo nuevas melodías, porque consideran deshonroso presentarse a la fiesta con la misma melodía del año anterior.

Cuenta la tradición que grupos de compositores melómanos se trasladaban a los sitios más poéticos y pintorescos buscando inspiración en el ruido de las cascadas, el murmullo de los ríos, el rumor indefinible de las selvas, el grito característico de los animales, el trinar de las aves, componiendo así una infinita variedad de melodías captadas de la naturaleza. Por eso los sones musicales tienen las galas de la flor que parece cantar al abrir sus pétalos, la fuente que murmura, el eco que repite en los cerros y montañas, en fin, el paisaje musical que es rítmo y es belleza cuando el espíritu sabe captarlo. Eso es el folklore nativo.

Según las zonas climatéricas, nuestra música se puede clasificar en: altiplánica, del valle y del trópico. Cada una tiene su característica muy especial que la define: la de la meseta o altiplano, casi siempre es solemne, litúrgica, interpreta el áspero ulular del viento que zarandea la paja brava, a veces semeja alaridos ancestrales o salmodían una oración, según el temple del compositor apretado por el macizo andino.

También tiene música pastoril, ingenua y triste que parece esparcir la suave fragancia de la **chillca**, la **khoa** o la delicada **saliva de la virgen** (flor de la serranía).

La música de la región de los valles es alegre, llena de cadencias y matices, como los **huayñus, kachuas, kullahuas, kusillos**, danzas dramatizadas como **los incas**. Hay también danzas guerreras, los **chiriguanos, pallapallas, sicuris**, en fin, una variedad inmensa difícil de ennumerar.

La música del trópico se caracteriza por sus **carnavalitos** y **taquiraris alegres** y bullangueros; algunas veces son cantos lúgubres con reminiscencias de la selva y, otras, son canciones onomatopéicas, con gritos guturales que imitan a los diferentes animales selváticos. En su generalidad, la música de la tierra caliente es alegre y llena de arpegios.

Las danzas de la meseta tiene peculiaridades muy diferentes, por ejemplo: **Lakitas** (escogidos), es danza de música ritual, de acética serenidad, parece que interpretaran el imponente y deslumbrante cromatismo de los atardeceres altiplánicos, es música que conserva su esencia vernacular. A sus acordes los antiguos autóctonos adoraron a Pachakamak (Dios tutelar).

La música de **chuñu-pirhuas**, genuinamente altiplánica, es litúrgica, muy semejante a las canciones rusas del Volga, tocan con unción, se diría mística, pues saben que se dirigen a sus dioses, a sus sagradas cumbres, a sus **achachilas**, a la **Pacha Mama**. Sus sones parecen expresión de rebeldía o de resignación...

La melodía de la dulce **tarka**, música que caracteriza al Altiplano la que en románticas noches saturnales sirven de marco al idilio de las parejas campesinas.

El lánguido ritmo de la **quena**, es una expresión melódica pastoril, arrulladora cuyos acordes confieren grata emoción al espíritu. El campesino, en éxtasis con la naturaleza, ejecuta sus madrigales cuya sinfonía esparce el viento por la vasta tierra altiplánica, mitad pampa y mitad cerro. En suma, la **quena** interpreta el espíritu huraño del **kolla**.

Los risueños valles cantan con la música de los **chiriguanos**, danza guerrera, muy sugerente, de notas solemnes y vigorosas que repercuten de montaña a montaña, es interpretada en zampoñas de gran tamaño, por sesenta o más ejecutantes y danzarines que se caracterizan por su estatura imponente y serpentea por las abruptas serranías, con paso marcial. Al oirles a la distancia, se siente una emoción afectiva especial; es una danza que causa admiración por los gritos bélicos y por la apostura guerrera que adoptan los danzarines. Conserva todo el sabor y pureza tradicionales.

La música de los sicuris es movida de notas finales largas y profundas muy semejantes a las del órgano. Cuando llegan a reunirse varios conjuntos y soplan los instrumentos en competencia, producen una muy grata impresión al oyente, por la armonía de sus tonos. Los **sicuris** de Italaque, son los más originales, por su talento y sólida cultura musical. Cubiertos por sus hermosos ropajes casi litúrgicos semejan sacerdotes celebrando ritos milenarios. Ejecutan la **zampoña** con gran maestría.

El huayñu es un ritmo grato, un madrigal emotivo y alegre lleno de ternura, de dulcísima y amorosa queja, muy difundido en los centros urbanos; en las fiestas y diversiones, pone su nota de colorido, y es de comunicativa alegría, tiene coplas bellísimas de profunda filosofía.

La música de los **charangos** vallunos que acompañan a las seguidillas de los trovadores improvisados, es festiva, sus coplas son chispeantes, amorosas y satíricas, unas veces; de exquisita gracia y agudeza otras, tienen reminiscencias andaluzas.

Son de sabor netamente folklórico, aunque bastante amestizados, los cantos religiosos, los dolientes **kochus;** los **boleros**, las marchas fúnebres militares que producen un divino malestar al espíritu. La música ingenua de villancicos infantiles, alegres con castañuelas y **chulluchullus**, son de adoración al niño Jesús.

Las cacharpayas indias son ritmos cautivantes, melodías variadas de despedida, salpicadas con la emoción triste del adiós.

El carnaval de los valles denominado **chayahuas**, va acompañado de un tamboril monocorde, es ejecutado con un instrumento llamado **koiko** (caña hueca) de notas semejantes al canto mañanero de los mirlos, tonada fugaz, llena de ternura y de belleza, con típico sabor campestre, tiene las galas de la primaveral naturaleza y recuerda a la indiecita que como un hongo multicolor gira con el ritmo de su paso menudo, plena de emoción y romance. Baila aplastando corolas de flores silvestres con su desnuda planta.

Los **palla-pallas**, son danzas marciales de la época del coloniaje, sátira de aguda ironía que parodiaba a los soldados españoles. Las faenas del campo van amenizadas con canciones especiales, la pisa de la **quinua**, con su ritmo lánguido llamado **tahuaylla**, pisan al compás de su propio canto, hombres y mujeres tomados de las manos se dirigen estrofas picarescas y amorosas. Asímismo, la faena de la preparación del **chuño**, tiene su melodía especial, llamada **chuñu-pirwa**. La **alquila** es otra música jocosa a cuyo compás se hace la cosecha de la papa, hay otras innumerables.

Las ocupaciones pastoriles van acompañadas de variadas tonadas campestres, como los **llameros**, los **ahuatiris**, las **huay-huayas**, etc. Estas costumbres van desapareciendo, hoy casi no las practican. La música de los **choquelas** es rica en armonías y va secundada de tamboriles ,la danza es una de las más bellas.

La **kullahua**, es una danza ritual pintoresca con elegantes y delicadas figuras, es muy semejante a la cuadrilla europea. La música es del ritmo lento.

Los **waca thokoris**, (así se denomina en la provincia Larecaja) quiere decir baile de toros, los danzantes llevan la piel disecada del toro, sujeta a la cintura y danzan al compás de tambores y flautines, su música es alegre. Esta danza es especialmente preparada para las festividades religiosas.

Los **kenachus** y **kusillos** son danzas ligeras acompañadas de música de **pinquillos** y tambores, los primeros son mixtos, hombres y mujeres bailan al ritmo del paso de la llamada, ellas llevan pellejos de zorro a la espalda y los que ejecutan la música, llevan corazas de piel atigrada. Los **kusillos** son la encarnación del diablo, es danza que parodia al pastor que defiende su rebaño del ataque del zorro y de las aves de rapiña, unos llevan enormes cóndores disecados sobre la cabeza, otros hacen de zorros, y el resto, de diablos especie de monos, trabándose en luchas jocosas con saltos atléticos casi ornamentales, hoy la han estilizado hasta desfigurarla.

Los **auqui-auquis**, es una danza caricaturezca de sátira a los doctores del coloniaje. Su música es rítmica y acompasada, la vestimenta es de lo más grotesca y de picante ironía, llevan levitas, y por bastón, sarmientos de raíces retorcidas, grandes sombreros de paja y van provistos de viejos libros, bailan con genuflexiones doctoriles, dando gritos de viejos achacosos. Representan a ancianos encorvados.

Los españoles conquistadores, creyeron que los autóctonos de las tierras descubiertas, muy particularmente los del collado andino, eran

hombbres sin espíritu, ásperos, apáticos, desanimados, luego se convencieron que era una raza que desplegaba actividades artísticas prodigiosas cuando se trataba de la música y la danza, pueblo escencialmente melómano y de singular riqueza espiritual, que arde en la genécica tensión de lo bello.

Es bien sabido que la música ejerce gran influencia cultural y estética, para la educación de la niñez y en la convivencia social de los pueblos de ahí que la enseñanza pedagógica moderna debe estar acompañada de música apropiada a la lección que se dicta. Nuestra música folklórica es muy adaptable a canciones escolares que los niños cantarían con sumo placer, ya que se trata de algo que siente dentro de su alma y bulle en su sangre. Gratas armonías compuestas bajo la extaciante belleza de nuestras montañas impolutas encendidas por fulgurantes auroras de amaneceres inolvidables que deben ser difundidas por todos los medios.

La música bernacular debería implantarse en nuestros planteles educacionales, con carácter obligatorio, las autoridades competentes serían las encargadas de estilizar y adoptar el riquísimo filón de música nativa para que llegue en forma adecuada a los niños puesto que con ella tienen nexo de sangre y corazón.

La defensa del folklore boliviano se impone, imperiosa e inaplazable, ya que con mucha despreocupación y sin ningún escrúpulo, algunas de las naciones vecinas, van apropiándose de ella. He escuchado en algunos países, con gran dolor, que canciones muy populares nuestras, son difundidas por emisoras extranjeras, como música de su propiedad.

La geografía de nuestra patria jalonada de cumbres diamantinas, de risueños valles y exuberantes llanos, son marco estupendo para su sin par riqueza musical. Bolivia como ningún país hispánico ha mantenido la fuerza de su raza nutrida de su savia tradicional, su vida espiritual y afectiva en toda su pureza.

Si la música es la expresión noble de la humanidad, y la nuestra tiene múltiples facetas personalísimas de belleza incomparable, hablémosle al mundo en nuestro lenguaje musical, con el ritmo viril del kolla de la "Raza de bronce", que arranca sonatas y madrigales al panorama de grandiosidad, clamorosa y magistral. Hablémosle con las voces arrulladoras de la floresta triunfal y jubilosa de nuestros valles. Hablémosle con la ardiente sinfonía de mil matices de nuestras lujuriantes selvas.

LA COPLA POPULAR BOLIVIANA

No vaya a creerse que es tema baladí éste de la copla popular, no, pues, en ella está plasmada la fisonomía de un pueblo, tal ocurre en España, la zarzuela será siempre española; la música de los mariachis será siempre mexicana, y el joropo será siempre venezolano. El nuestro encuentra cauce espiritual en su folklore de riqueza inaudita, nacido del sentir popular que ha sido y es su raíz más sana y fecunda.

Pueblo que canta es pueblo que siente, de ahí porque, del contenido de sus coplas es fácil definir la psicología de un pueblo. En sus coplas manifiesta sus sufrimientos, sus reacciones, sus inquietudes, sus esperanzas, todo está compendiado en la poesía callejera sugestiva y cabal que corre de boca en boca.

Por eso, las distintas manifestaciones del alma boliviana se traducen a través de la copla. Desde los albores de la República, la historia y la política han sido interpretadas en forma aguda, de crítica picante, satírica, irónica, de puro sabor popular. Muchas veces ocasionó lances de honor entre caballeros de capa y espada que antaño tenían muy alto el concepto del honor.

En el siglo pasado, por ejemplo, las órdenes religiosas, no podían tener un confesor por más de seis meses, por esta razón fue cambiado el confesor de las monjas concepcionistas que era el Cura Babía. Las monjas no aceptaron este cambio y rompiendo las reglas de la orden religiosa, salieron veladas, en tumulto, seguidas naturalmente por gran chiquillería y gente curiosa, llegando hasta el Palacio de Gobierno y siguieron hasta la Curia Eclesiástica cuya sede estaba ubicada en una de las diagonales de la plaza principal, en son de protesta, para pedir que no les cambiasen su confesor. Este hecho histórico en el acontecer paceño originó en el pueblo la siguiente copla:

Carnaval alegre
quien inventaría
el tata Babía
en su sacristía
robando cien monjas
en un solo día

La santa cuaresma
que fueran tres días
y los carnavales
Los cuarenta días.

En las rondas de Pascua que se bailaba en los alrededores de la ciudad, la gente del pueblo cantaba las coplas que le habían inspirado los acontecimientos políticos, sociales y de diversa índole. Así se originó la siguiente copla dedicada al presidente Gral. Melgarejo:

A las barricadas
viene una pantera,
le daremos un balazo
en su camba calavera

Al presidente General Pando, también el pueblo le hizo sus coplas y decían:

Con la plata del Estado,
thanta Pando,
kencha Pando,
chacarillas has comprado
thanta Pando,
kencha Pando, etc.

En las luchas políticas en las que es muy fecunda nuestra historia, se produjo un reto a duelo en la cámara legislativa, el que originó la siguiente copla:

En el senado nacional
han matado un pavo real,
de su buche le han sacado
cobretacho general.

Otra:

Casa de Montes
pintada al óleo,
donde se juntan
todos los pillos
del monopolio.

A un ministro colaborador de un presidente a quien se le atribuía malos manejos de fondos fiscales, le hicieron la copla que sigue:

Escamoteador famoso,
del gobierno buen emplasto,
nada tiene de virtuoso,
y todos le llaman Casto.

Con ironía y mordacidad, a otro diplomático ministro, le endilgaron la copla que sigue:

A la mujer de Cuellar
ministro Mata,
por estar muy hermosa
se la arrebata.

Un caudillo político, rebelde y valiente, fue perseguido en cierto gobierno y la copla le cantó:

Ay, ay pobre Martín Lanza
de La Paz a Cochabamba
de Cochabamba a La Paz
lo ha mandado el incapáz
ay, ay pobre Martín Lanza.

En la cuesta Colorada,
cuatro soldados cobardes
le dieron ay de balazos,
pobre Martín Lanza
de Bolivia la esperanza.

A principio del siglo Daniel Sánchez Bustamante fue elegido Munícipe de la ciudad de La Paz. El joven y dinámico pensador y periodista paceño tomó la tarea de inculcar la educación en las escuelas comunales de entonces e higienizar la ciudad. Organizó grupos de agentes municipales, presididos por él, recorrieron los barrios para evitar la inconcurrencia a clases y la falta de respeto a la higiene y ornato públicos.

Fueron limpiadas calles, plazas y suburbios, con heroismo.

En la Pascua, los grupos danzantes de las rondas populares lanzaron estas coplas:

El Munícipe Bustamante

Ampe, ampe
ha limpiado calles y plazas.
Ampe, ampe
de detritus, basuras y cacas

Ampe, ampe
pero el joven Bustamante,
Ampe, ampe
tiene que prestarnos

Ampe, ampe
su chokho peludo
para ratos de apuro
ampe, ampe.

Chokho: Sombrero alto de pelo para ceremonial. En Inglaterra sigue en uso.

Estas eran las coplas afrentosas que en las poblaciones de retaguardia, cantaba el pueblo a los emboscados de la guerra del Chaco:

Etaperos de la buena suerte,
que no van al Chaco,
que no van al Chaco,
por miedo a la muerte.

Etaperos de la cara ancha,
ni con mil padrinos,
ni con mil padrinos,
se quitan la mancha.

¿Quien no recuerda aquellas coplas de la guerra del Chaco, gran acontecimiento nacional, que el pueblo boliviano las cantó con la garganta estrangulada por los sollozos?

Boquerón abandonado
sin soldados te has quedado,
eres la gloria
del soldado boliviano.

Boquerón abandonado
sin comando ni refuerzos,
eres el calvario
del soldado boliviano.

Coplas anónimas que surgieron del sentimiento patriótico y emotivo del combatiente, ante la legendaria proeza de valor que escribió un puñado de hombres.

De otra época de lucha política despiadada proceden las coplas que dicen:

Caído el movimiento
muerto Villarroel,
a Paz Estenssoro
le espera el cordel.

Luego de un cambio de gobierno, y el ascenso del caído, período largo y tortuoso, la copla respuesta, con la misma música de huayñu, se cantó hasta la saciedad y dice:

Viva el movimiento
gloria a Villarroel,
y Paz Estenssoro
ya está en el poder.

Con antifaz, sin antifaz
viva Víctor Paz.

De la misma época son las coplas que cantan al martirologio de hombres que padecieron prisión política, en una zona alejada, fría estepa de Oruro. Epoca que marcó el signo trágico que con el corazón desgarrado el pueblo se inspiró con estas coplas dramáticas:

Curahuara de Carangas
palomitay
testigo de mis torturas,
ciento por ciento
me has de pagar.

Por querer tanto a mi patria
palomitay,
verdugos del movimiento
nos torturaron sin compasión.

Los deportes también inspiran coplas populares que corean las hinchadas con gran entusiasmo. Una dice:

Adelante gualdinegro
velozmente combinando,
que tu tiro sea certero
y penetre perforando.

Otra del mismo equipo:

Zamba, negra
porque tienes que llorar,
si el Strongest ha ganado
palomitay,
es porque sabe jugar.

Otro equipo tiene sus coplas con música de cueca y dicen:

A las cuatro de la tarde
entra el Bolívar en cancha,
dirigidos por Alborta
todos se ponen en juego.

A las cuatro de la tarde
entra el Bolívar en cancha,
decididos a ganar
ante cualquier contrincante.

Las hay también aquellas que representan cursillos íntegros de filosofía popular. La copla le nace al pueblo suavemente, sin aliños, sin complicaciones, naturalmente sin aderezos, espontánea, tal como brota del alma, según el estado anímico, por eso es la voz de la tierra, de la raza, su fuerza es grande y pura, eclociona en los labios del pueblo, con frescura de manantial, llena de vivacidad y gracia.

Cuando el corazón del coplero se sensibiliza con recuerdos tristes, despedidas, decepciones o amarguras, la copla se manifiesta espontánea, apasionada y vehemente, el canto es ruego, es lamento, es lágrima y expresa:

Para qué me preguntas por qué yo lloro.
La causa de mi llanto
yo mismo ignoro,
ay palomita mi paceñita,
en mi pecho te tengo retratadita.

Y así las hay para todos los sentires, la copla es pues la poesía en su fuerza telúrica, lo que el pueblo no puede manifestar escribiendo lo dice cantando.

Los amores desventurados, los amores apasionados, el resentimiento, el despecho, hallan su derivativo en las coplas y expresan:

He regado una esperanza
un mal pago ha florecido,
he sembrado una ilusión
he cosechado un olvido.

Otra:

Cuando quiero, quiero mucho
cuando olvido, olvido presto
a la que quiere dejarme
antes que me deje, dejo.

O de este otro modo:

Si tú me quieres, yo también
si no me quieres, yo tampoco
si te quise, fue por loco
déjame un poco.

Se pueden citar centenares de coplas de cada sentir.

Cartas y más cartas
por el correo
qué haré con tantas cartas
si no la veo.

Impregnadas de exquisita y sutil delicadeza son las coplas pasionales y dicen:

Haré un hoyito en la arena
y vivo me enterraré,
por no ver en mano ajena
prenda que tanto adoré.

Otra:

Linda provincianita
reina del prado,
capullo en flor,
para tí son las notas
de mi guitarra y el trovador.

El lamento que brota de lo más hondo del alma acongojada, es la copla que canta al adios y dice:

Qué consuelo puedo darte
en la hora de mi partida,
te dejo mi corazón
te dejo toda mi vida
hasta otro día.

Otra de las millares que existen dice:

Mañana me voy
muy lejos de aquí,
cuando me vaya cuando me ausente
adios negrita no has de llorar por mi.

Otra:

Mañana cuando me vaya
de la loma te he de escribir,
con la sangre de mis venas
en alas de una paloma.

Cuando los celos muerden el corazón del trovador, la copla de sutil penetración dice:

Al amor con el amor
al desdén con el desdén
a un ingrato corazón
con ingratitud también.

Otra:

Celos tengo del viento
celos tengo de la brisa
celos morena de tu sonrisa
y hasta de tu pensamiento.

Hay coplas que en llana sencillez, son ricas en conceptos y de profunda significación. Una dice:

Todos quieren hacer leña
de un árbol, que está caído
apuesto que no lo hicieran
de un árbol, que está florido.

Otra:

No se hace tanto como se paga
nunca digas paloma
de esta agua no he de beber.

Alados y de pueril ingenuidad son las que interpretan los primeros y románticos amores de la adolescencia. Hay una que dice:

Tengo una escalerita hecha de flores
para subir al cielo de tus amores
Eres chiquita y bonita,
eres de mi alma el tesoro
eres campanillita,
hecha de diamantes y oro.

Otra:

Quisiera ser picaflor
y que tú fueras clavel
para sorberte la miel
del capullo de tu boca.

Estos son cantares donde la poesía es pura y sincera, surge como agua de manantial.

Cuando las penas del corazón afloran a los labios del pueblo coplero, dice:

Una pena tengo yo
que a nadie le importa
que me importa de nadie
si a nadie le importo yo.

Un bailecito de la tierra canta así:

Palomita por qué eres mala conmigo
con tus desdenes
la vida quitarme quieres.

Los pasacalles y serenatas nocturnas, bellas y tradicionales costumbres que han marcado época, van desapareciendo por las frecuentes prohibiciones, medida que va contra una manifestación artística del pueblo, en otros países se fomenta este arte y se lo exhibe con orgullo, preferentemente en la cinematografía y en la propaganda turística.

Los contrapunteos o coplas dialogadas tienen la virtud de saturar el alma de infinita ternura, son jocosas, agudas, picarescas, saltarinas, alegres, coquetas, en su generalidad son satíricas. Ahí tenemos las clásicas chapaqueadas.

Estas coplas ingenuas cuya perfección no discutimos, no pertenecen a nadie, son patrimonio de todos, hijas legítimas del pueblo. Las hay aquellas que se cantan de rodillas y brotan suplicantes de lo más hondo del ser.

Pueblo melómano el nuestro, que trajo al nacer, enlazada en el alma su canto y su música estremecida de emoción.

Poemas del Altiplano

1.— VICUÑAS

2.— CAÑAHUA

3.— ILLAMPU

4.— AL TITICAKA

5.— AIMARAA

6.— KOLLA

VICUÑAS

Por desmesurados, inclementes páramos,
en acelerada fuga, las vicuñas de etérea galanura
se alejan en veloz huida;
el **Jañachu**, guía bravío, de zahorí mirada
determinó, del rebaño, la fuga en tropel.

Se defiende, grazna y escupe la manada,
—relámpagos siniestros iluminan lontananza—
huyen del inclemente, flamígero castigo,
que electriza su sedeño pelaje de color único, constante,
más dorado y fino que el bellocino de oro
del griego Jasón.

Bajo la protección del celoso vigía,
con su frágil, esbelto cuello,
azoradas las pupilas de ébano
ven desfilar los gélidos picachos,
iluminados de rojo resplandor.

Ágil, garboso el ritmo de sus remos de acero,
saltos elásticos de vivacidad pasmosa,
Las **huaris** de grácil silueta,
bestezuelas de sangre azul
se acercan al cubil salvador.

Entre gigantes, graníticos frisos,
bajorelieves de cósmica armonía,
cubierto de carámbanos y armiños,
el Ande majestuoso, cobija su tálamo de amor.

C A Ñ A H U A

Cañahua, manjar moreno, sustento mágico
elixir de los dioses ancestrales de **Pacha,**
gloria de cañahual, singular paisaje
fiesta de colores, triunfales y armoniosos.

Esencia pictórica en paisaje de escarcha,
palpitante brillo de gemas, plenas de vitalidad,
tiritando entre el gélido retozo de los vientos,
oasis insospechados, caricia de los yermos.

Cañahua, producto de la estepa altiplánica
alimento del indio del collado andino,
fruto fecundo de la avara tierra,
joyel vivo de maravillosa policromía.

Celajes encendidos de púrpura y oro,
añil de las montañas, auroras rosadas
dieron el cromatismo milagroso
al triunfal colorido de tus hojas.

ILLAMPU

Illampu, majestad resplandeciente, montaña mágica, rey coronado de nieves sempiternas, con el fondo cerúleo de purísimo cielo. Soberbia cumbre de azules ventisqueros, **achachila** de mil facetas, que parece en eterno, ciclópeo desafío con el coloso Iminapi, plantados frente a frente, monte altanero éste, fértil, esmaltado de tiernos maizales de verdor jubiloso, exuberantes y perfumadas florestas, dorados trigales.

Illampu, ara sagrada en la que Dios creó a los primeros padres, dándoles por hogar Sorata, regio regalo, El Paraiso Terrenal. Dulce remanso del espíritu, surcado de ríos de blanca espuma que descienden vertiginosos de los nevados.

Aureo tesoro de Tipuani materializando el fabuloso e ilusorio El Dorado de leyenda. Tierra de promisión, donde las vestales incásicas, vírgenes románticas, adoraron al Sol.

Sorata, sembradora de nieblas míticas, asiento maravilloso del Illampu, tutelar vigía de las ubérrimas breñas de jocundia paradicíaca, añeja comarca de leyenda de los belígeros LARIJAKES, hombres-zorros, colosos vikingos de habla aimara del nuevo mundo, rastreadores de cumbres, ignotas, valientes y aguerridos.

Illampu, perla andina de elegante y majestuosa silueta multiforme, alba montaña en atmósfera de zafir.

AL TITICAKA

Lago Sagrado, esmeralda gigante engarzada en círculo de diamantinas montañas.

Atavíos de liviana **totora** emergen reverberantes de su superficie, semejantes a verdes panoplias donde anidan **parihuanas** de rosado plumaje.

Islas milenarias que evocan pasados gloriosos, en medio de olas que rugen iracundas o salmodian una oración.

Lago Titicaka, ojo de zafiro licuado de diáfana exelsitud, seno arcano con arrullo de tempestades que guarda celoso los fabulosos tesoros que Atahuallpa los hiciera sepultar.

Los montes inmutables que le rodean, semejan castillos y altozanos y son guardianes eternos de su subyugante belleza.

En sus aguas de cambiante cromatismo, se deslizan las balsas de frágil silueta, que hienden las aguas como gaviotas fugitivas.
El **Inti**, padre resplandeciente que le besa en las alboradas enganalándole, de mil reflejos dorados. En los ocasos, enciende ígneas antorchas, **antawuaras** fulgentes que trazan pirotecnias que son poemas de color.

Titicaka de los rocosos peñones, nidal de altaneros cóndores, guarida donde habitaron los pumas legendarios, que reflejaron su imponente silueta en el gigante espejo de sus aguas de plata y añil.
Lago cimero, creado por PACHAKAMAK, Dios tutelar.

AIMARA

Embrujo de paisaje, pampa y cerro
vértigo pavoroso de eternidad,
Altipampa incrustada en el alma
del kolla ancestral.

Tristeza de quenas, tonadas lacerantes,
bellas coplas saturadas de dolor.
Soledad de cielos translúcidos, fulgentes,
diamantinos, de grandeza sin par.

Centinela de atalayas, adorador de montañas
desmesuradas, de fuerzas cósmicas,
de silentes, austeros, frígidos macisos,
del impoluto Ande legendario, inmortal.

Abrojos punzantes, pajonal enmarañado,
son tu oasis, tu vergel sin límites.
Ululantes, gélidos, misteriosos vendavales
acarician y broncean tu acética faz.

KOLLA

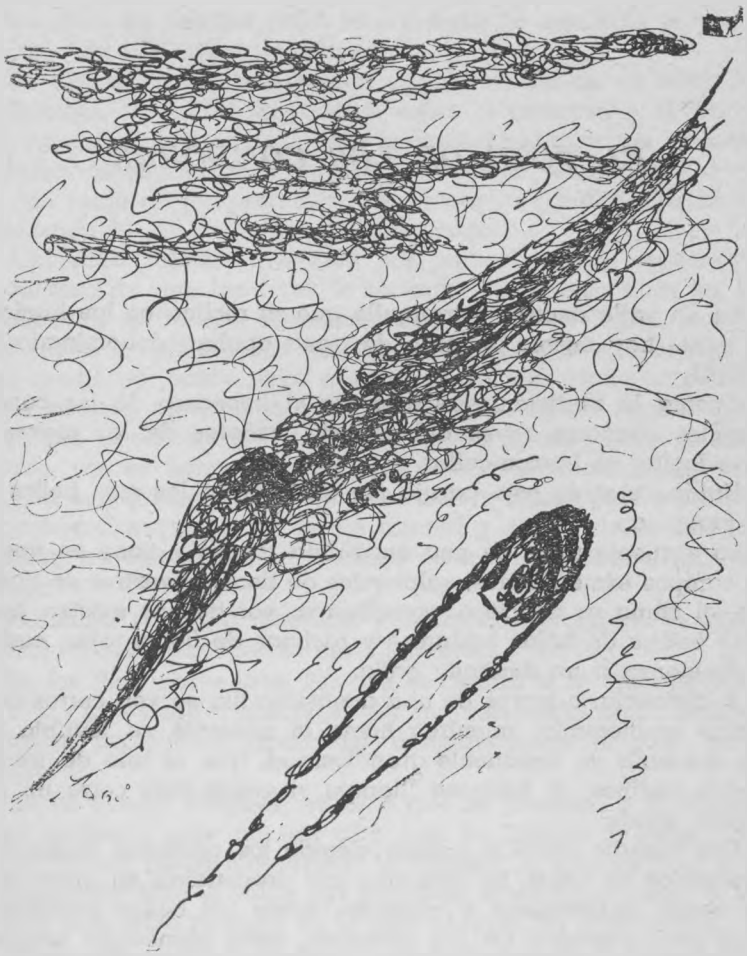
Centinela de **pucaras** inexpugnables
llevas vida de holocausto,
morador de las cumbres andinas.
Rodeado de grandiosidad megalítica,
montañas, glaciares, huracanes, borrascas,
cumples de **Pachamama** el mandato.
Con liturgias solemnes, ancestrales,
tallaron tu alma de granítica roca
en tus templos cerúleos, milenarios.

Vientos glaciales ejecutando **huayños,**
en el arpa de hirsuto pajonal.
Dolor estrangulado, lamento de zampoñas y quenas,
son la melopeya de tu recio espíritu
forjado al fragor de tempestades.

Igneas alboradas, atardeceres bermejos
de belleza incomparable son tu espléndido regalo.

Kolla del Tahuantinsuyo de hierático rostro,
eres impenetrable arcano de tradiciones.

Supersticiones



EL POZO DE LOS CONDORES

EL POZO DE LOS CONDORES

En un valle risueño y tranquilo que se reclina en las breñas andinas, existe hoy mismo un pozo de agua opalina denominado **MALCU PFUJJU.**

Cuenta la tradición, que éste era el bebedero de los cóndores, de aquéllos cóndores reyes del espacio, señores de las nieves eternas, que lucían un blanco collar.

Habían elegido este paraje por ser uno de los más bellos y de aguas purísimas.

La vertiente nace en una encañada rocosa y tiene en torno extensos campos esmeraldinos, salpicados de flores silvestres de variados colores, el clima es delicioso, paradisíaco; por trechos existen bosquecillos de ceibos de hojas brillantes y racimos de flores rojas, cada flor tiene semejanza a un diminuto gallo.

A distancia, a través de una atmósfera lila se ven cerros de deslumbrante multicromía, mientras hacia el naciente se levanta impoluta la montaña de imponente grandiosidad, que es uno de los albos centinelas andinos: el hermoso Illampu, a cuyos pies corre un río de cristalinas aguas.

Este paisaje edénico habían elegido los cóndores andinos para sus momentos de solaz. Se dice que allí descendían en grandes bandadas, desde majestuosos y gigantes, hasta las bellas hembras que llegaban acompañadas de sus pichones, éstos planeaban torpemente sobre los bellos contornos de las aguas y finalmente retozaban sobre el verde césped ensayando juegos y graznidos.

En una loma vecina, dando vida al paisaje, apacentaba su rebaño una pastorcita llamada **Killkucha**, que de distancia miraba la

bandada de los hermosos cóndores, llegando a ser para ella su entretenimiento diario, sintiendo verdadero afecto por las grandes aves. Admiraba muy especialmente a un lindo joven pájaro, de níveo collar que se destacaba por su fuerza, en los juegos y revoloteos con los demás.

Los días de neblina baja, la bandada no aparecía por su oasis predilecto, y la indiecita se sentía triste.

Un día, **Killkucha** se encontró con un vecino de su estancia, llamado Tomaso, charlaron largamente sobre el pastoreo y el campo, la pastora honesta y virtuosa, no veía la hora de librarse de la presencia del **llokalla**, de pronto lució un sol esplendente, entibiando la atmósfera y con ruido de tempestad, se vió llegar la bandada de cóndores, obscureciendo el sol, a su refugio predilecto...

Alarmado Tomaso que veía por primera vez el espectáculo, y algo temeroso de que las aves le hicieran daño, hizo girar su honda pero **Killkucha** lo detuvo, manifestándole que eran inofensivas. Detúvose el joven mirando cómo los gigantes cóndores planeaban sobre su pozo predilecto, hasta bajar a tierra y caminar hacia la fuente con su andar pesado, para luego hartarse bebiendo de las aguas opalinas.

Mostró la pastora a Tomaso, el gigante joven cóndor que le gustaba tanto, por su hermoso y brillante plumaje, su cresta rojísima, su fuerza y su arrogancia. El **llokalla** resentido y celoso por la preferencia de la pastora dijo que era un pobre animal y que él de un hondazo le haría saltar los ojos y que su plumaje disecado le serviría para bailar una danza.

Killkucha se sintió ofendida y reprochó duramente la crueldad del fanfarrón, despidiéndolo de mala manera.

En los días posteriores Tomaso se dedicó a la caza de los cóndores, a los que llegó a aborrecer por la preferencia de la muchacha. La bandada perseguida abandonó definitivamente el pozo, su oasis predilecto.

Algún tiempo después, se dice que se presentó a **Killkucha**, un hermoso mancebo que no era otro que su cóndor preferido rogándole que con su **pfichi (prendedor)** le rascara la cabeza que le escocía, logrando así tenerla sobre sus espaldas levantando luego el vuelo, se la llevó a su nido ubicado en lo más abrupto de la montaña.

Desde entonces, se dice que en esa zona andina se ven muchos cóndores bellísimos de níveo collar, que tienen los ojos de **Killkucha.**

Relató en el altiplano, Hilario Tarqui, alfabeto.

LA TRUCA

Extraña y sugestiva narración fue la que me hizo el indígena Florentino Quispe, del caso ocurrido a un miembro de su familia.

Comenzó diciendo, que él y su hermano menor, Hilario, eran gomaleros que hacían viajes a la región de Mapiri y Rurrenabaque, con el objeto de rescatar goma y venderla a precio de oro en la población de Sorata. Esta población tuvo, hace muchos años, un gran auge comercial con la explotación de la goma y la quina que se hacía por esa vía.

Al año — continuó diciendo— hacíamos dos viajes en las épocas que las labores del cultivo de la tierra nos lo permitía.

Eramos buenos caminantes, y conocedores del tortuoso camino. Primero ascendíamos serranías abruptas y luego nos descolgábamos por un camino de altas graderías de piedra que habían construído nuestros **achachilas**, bajábamos días y más días, hasta penetrar en la selva y los llanos, llegando a nuestro destino después de doce y quince días, en época de lluvia tardábamos aún más. Era un viaje verdaderamente agotador.

En nuestros pagos nos conocían por ricos gomaleros; muchos eran los campesinos que se dedicaban a este negocio lucrativo. De los viajes volvíamos orgullosos, arreando nuestra recua de mulas cargadas de bolachas de caucho y quina. La mula madrina llevaba colgada al cuello, una campana con su típico sonido, halago de nuestra vanidad.

Las grandes casas comerciales importadoras que entonces existían en Sorata, compraban nuestro caucho y quina, con libras esterlinas que manejábamos como monedas de diez y veinte centavos, que luego amarrábamos en grandes pañuelos de madrás.

Teníamos mucho dinero, año tras año aceptábamos ser cabeza (jefes) de algunas tropas de bailarines, promesa que hacíamos al Señor de la Columna, que se venera en la población.

Llegada la festividad del 14 de Septiembre, derrochábamos el dinero en lujosos disfraces y vestimentas, bebidas finas y trato esplén-

dido que dispensábamos a los componentes de las comparsas de danzarines, que se componían de treinta y cuarenta personas.

Después de muchos años de este lucrativo negocio —continuó narrando Florentino —mi hermano Hilario salió algo enfermo de uno de los viajes, un ligero malestar al comienzo, luego llegamos a descubrir una picadura de insecto en el pie, a la que no le dimos importancia. Se aplicó algunas yerbas curativas, como solíamos hacer siempre. Pero un día que le molestó mayormente, sacando la venda, vimos que el pie estaba tumefacto, nuevamente le aplicamos las consabidas yerbas, pero la picadura se fue convirtiendo en una horrible llaga, que ya no le permitía caminar. Consultamos a los **kolliris**, quienes le hicieron tratamientos a base de yerbas medicinales y diversos menjurjes, pero no sentía mejoría. Hubo que llevarlo a otros curanderos de más categoría, de lugares distantes, éstos trataron de curarlo con tierras, raíces, exorcismos y talismanes, pero nada surtía el efecto deseado. Hilario estaba tullido y se quejaba de grandes dolores.

—Mi abuelo, anciano de gran experiencia —continuó Florentino— manifestó que era urgente solicitar los servicios de un famoso sabio, el **Irpa Yatiri** que vivía cerca de la cordillera, al otro lado del Illampu, a tres días de viaje. Yo que era un buen caminante, y disponía de los mulos necesarios, partí para consultar al sabio y tratar de llevarlo para curar a mi hermano.

—Así lo hice —El Jacha **Irpa Yatiri**, era un anciano y venerable indio, muy orgulloso, al que costó trabajo convencer de sacarlo de su morada, que era una especie de castillo natural, formado de rocas, cerca de la montaña, casi inaccecible a la planta humana.

—Después de varios días de viaje, por las estribaciones de la montaña llegó a la cabecera del enfermo y luego de un examen acompañado de fórmulas cabalísticas e imploraciones al **Illampu Achachilla** y a la **Pacha Mama**, diagnosticó con la importancia de un científico, que la enfermedad con apariencia de llaga incurable, era a consecuencia de haber perdido el **ajayu** (espíritu), en uno de sus viajes, en algún paraje maligno o selva de maleficio, quedándose allí, en cuyo caso había que proceder a llamar al espíritu del enfermo y practicar la **truka** (cambio) con una llama.

Dijo luego, que la curación indicada era muy costosa. El enfermo y todos los familiares manifestaron que no importaba el costo, pero que se curara la úlcera.

El sabio **Yatiri**, autorizado para hacer todo lo necesario, pidió una llama viva, dos **llijllas** nuevas bellamente labradas y de colores

atrayentes, dos **chuspas** llenas de hojas de coca, dos bolsas de mujer llenas de monedas, dos cabezas de banana y un par de sogas finamente tejidas.

Cuando se le proporcionó todo esto, se encerró con el enfermo y con todas las prendas, fruta y monedas, pasó por el cuerpo de éste invocando a su protector exclusivo, el **Illampu Achachila** y a la **Pacha Mama**, luego haciendo con todo un tentador bulto cargó a la llama, recomendándome —dijo Florentino— que fuera a abandonarla en la cordillera, antes que saliera el sol, dándome además una prenda del enfermo, para que cuando volviera llamara con ella al **ajayu** (espíritu) de Hilario, gritando estas palabras:

—Vuelve Hilario... no te quedes allí, vente conmigo hermanooo... vente Hilario sígueme... En tu casa te esperan los tuyos... Ventee... Hilario.. Recomendándome además que todo esto hiciera sin mirar atrás hasta volver a casa...

La persona que se lleve la llama —me dijo— se llevará también la enfermedad y el **ajayu** que llames volverá al cuerpo de tu hermano, curándose para siempre.

Con temor supersticioso —continuó Florentino— cumplí todas las instrucciones que me dió el **Tata Irpa Yatiri**, y marché en busca del espíritu de Hilario.

Nuestra alegría fue grande al notar que el enfermo iba mejorando, hasta quedar sano. Lo retuvimos algún tiempo al **Tata Irpa**, porque anoticiados de su presencia en la estancia, tuvo numerosas consultas. Le llenamos de halagos y atenciones, luego lo devolví a su casa, recompensándole magníficamente, se llevó dos mulos cargados de obsequios en prueba de nuestra gratitud, por la milagrosa curación que había hecho.

Para concluir, Florentino aclaró:

—El Tata Irpa Yatiri, es ampliamente conocido y famoso, sus servicios son solicitados desde lejanos distritos, se dice protegido exclusivo del **ILLAMPU ACHACHILA**, por lo que él practica especial culto y reverencia por esa majestuosa montaña.

A decir verdad yo no se a qué atribuir la curación del hermano de Florentino, tal vez se debió a las hierbas medicinales tan eficaces, que emplean estos herbolarios, o a las tierras astringentes con que se trató la herida, pues la úlcera que tenía Hilario, no era otra que la enfermedad tropical denominada allí, espundia, exema originado por hongos tropicales.

El narrador es analfabeto, vecino de la población de Tacacoma.

LOS PAJAROS AGOREROS

LOS PAJAROS AGOREROS

En una pintoresca propiedad de Larecaja, era colona una mujer indígena, a la que llamábamos Mama Sinforosa.

Cuando hilaba, haciendo girar la rueca con destreza, nos narraba lindos cuentos, sabía historias y leyendas de la zona. Yo era una pequeña estudiante que iba a pasar cortas vacaciones a la propiedad y me deleitaba escuchando a Mama Sinforosa, que tenía suma habilidad como narradora.

Vivía alejada de la gente, en una cabaña pequeña, lejana de la casa de hacienda, pero cuando sabía la llegada de los patrones, se apresuraba a ir a saludarlos, pues era muy estimada por todos, que le llevaban obsequios de la ciudad. Los niños particularmente la recibíamos con regocijo, cuando la veíamos llegar trayéndonos regalos que consistían en **huiros** escogidos, rojas manzanitas ensartadas en forma de rosarios, y **chuis** de hermosos colores. Era siempre invitada a quedarse en la casa, por toda la temporada de nuestra permanencia en la propiedad.

En las noches, en que la luna iluminaba los campos, esparciendo su luz misteriosa en los huertos cercanos, rodeábamos a Mama Sinforosa, sentados en el patio, para que nos contara sus hermosas historias. Todos sabíamos que conversaba con los pájaros y que a su vez entendía lo que ellos decían. Le rogábamos que nos contara de los pájaros brujos, pues eso era muy lindo.

Bueno, bueno —dijo bonachonamente, arrellanándose en su asiento, mientras escarmenaba la lana que se disponía a hilar.

—En estos campos y huertos cercanos, existen muchos pájaros que ustedes conocen, uno es el **ppfichitanka**, (gorrión) éste me avisa

si alguien va a llegar, pía, viene... viene... viene dice, y yo ya sé que hay visita; el viaje de ustedes, lo supe por él, y si algo me ha de ocurrir, bueno o malo me lo avisa, es un pájaro de veras brujo, también se burla o se ríe de las parejas de enamorados, por eso éstos, lo insultan en sus versos y le cantan en lengua nativa:

Laika ppfichitanka	Gorrioncito brujo
kunrrak larchukista	por qué te ríes de mí
munirijjampisa	a mi enamorada
yanka catuista.	la pones celosa.

Y sigue narrando —el puku-puku, anuncia que ha de llover, con largo puuuk... puuuuuk....puuk lastimero, de ahí también que tiene el nombre de **jallujamachchi** y es otro brujo y adivino, brujo de la lluvia... El **lekeleke** —continúa Mama Sinforosa— es un ave más grande que las otras, cuida los huertos y chacras, de los ladrones nocturnos, oculto entre los árboles o entre los surcos, cuando asoma alguien, levanta el vuelo lanzando su aviso: **lek lek....** y los campesinos nos ponemos en guardia. Pone sus huevos en los lugares más ocultos, donde nadie puede encontrarlos, por eso hay un dicho que se aplica a las personas astutas: se les dice que hallan los huevos del **lekeleke.** Los enamorados también le tienen bronca y le sacan versos y le cantan cosas irónicas que dicen así:

Lekelekejay cheka laykahua	el lekeleke es brujo
jumampi nayampi	de verdad
nayampi jumampi	adivina nuestro
munasitasa, yatikiriua	amor

Y continúa —hay otra avecita muy dañina para los árboles frutales, es el **kochikochi,** corta las flores con su pico, daña y se come las frutas, es insolente e insultador, aquí Mama Sinforosa repite una serie de insultos a cual más jocosos que dice, le dirige el ave, en lengua nativa, que festejamos todos con grandes carcajadas.

Los abuelitos que actúan en radioemisoras, envidiarían la singular habilidad con que la campesina imita a los animales.

—Pero, quiero contarles algo muy especial, que me ocurrió cuando era moza —dice—. Yo era casada con un hombre bueno y trabajador, que se dedicaba a la agricultura. Una mañana, muy temprano salí a aporcar una chacra de maíz, poco distante de la casa, de-

jando a Satuco entregado a fabricar un yugo para nuestra yunta. Estuve trabajando afanosamente, alumbrada apenas por **kantatururi**, cuando del huerto cercano, escuché el insistente silbido de un gorrión que me decía:

Tu Satuco está perdido.... Tu Satuco está perdido....

Paré el trabajo y miré en dirección donde estaba el ave y la insistencia era mayor, indignada le grité, vete brujo maldito, malagüero, pero el pájaro insistió. Le arrojé una piedra y voló hacia otro árbol, volviendo a silbar, Satuco está muerto.... Satuco está muerto....

También es una prueba de la estrecha unión del hombre y la naturaleza.

—El pájaro agorero me anunciaba incansablemente una desgracia. Acabé por no tomarlo en cuenta. Cuando ya había amanecido completamente, volví a mi cabaña preocupada, encontrando a mi marido tendido en la chacra contigua, uno de los bueyes le había dado una fatal cornada... El gorrión brujo y agorero me lo había anunciado. Emocionada por el recuerdo Mama Sinforosa, enjugó una lágrima con el borde de la pollera y nos dijo, basta por hoy, no quiero recuerdos tristes....

Narración de la analfabeta Sinforosa Kenta, de Icharani, lugar próximo a Sorata.

LA WAJTHA

LA WAJTHA

Costumbre tradicional del campesino boliviano es la **Wajtha.** Consiste ésta en pagar a la **Pacha Mama,** enterrando en los cimientos de las construcciones, una llama, un cordero, abortos de cerdo, etc., según la magnitud de la edificación.

Los fundadores del Núcleo campesino "Utama", tuvimos que cumplir este rito, pues la costumbre tradicional debía respetarse, y así lo determinaron las autoridades indígenas. El Cabildo administrativo y los Mallkus escolares.

La **wajtha,** según ellos, evita que el edificio se destruya a corto plazo, por el fuego, las tempestades eléctricas, el viento huracanado y otras calamidades. Además —dicen —es segura la muerte prematura o en accidentes, de las personas que habitan la vivienda o edificio, es decir, que **Pacha Mama,** ofendida por no haber recibido el tributo, la **whajtha,** se va comiendo prematuramente uno a uno a sus habitantes.

Así quedaron comisionadas autoridades escolares campesinas para llenar este tributo.

Una noche se presentaron en forma misteriosa e impresionante, acompañados del **Yatiri** trayendo todo lo necesario para dar la **wajtha** a "Utama". El par de corderos que debían ser sacrificados, varios abortos de llama, lanas de color, pequeñas figurillas de estaño que llaman **chiuchis,** grasa de llama, hierbas aromáticas, incienso, confites, etc. Todo esto fue aderezado con mucha prolijidad sobre una **llijlla de colores,** denominada mesa, en medio de oraciones e invocaciones a **Pacha Mama,** ceremonia misteriosa, por la hora de su reali-

zación, las doce de la noche, a la penumbrosa luz de una lamparilla rústica.

De los menjurjes preparados en la mesa se ha formado un paquete amarrado con lanas de color, luego las ovejas, una blanca y otra negra, fueron también adornadas con lanas multicolores para ser sacrificadas, la sangre se vertió en varias partes del cimiento y regada en forma de arco en los muros del edificio. Esto es la **wilancha.** Se encendieron sahumerios donde se hicieron humear inciencio y las yerbas, con liturgia de sacerdotes paganos, enterraron los corderos; y los menjurjes en el ala principal del edificio en medio del silencio de la noche obscura.

El sacerdote indio va pagando a **Pacha Mama** regándola con vino y bebiendo a pequeños sorbos hasta concluir la botella.

WARMI MUNACHI

WARMI MUNACHI

El habitante de la sierra, el del valle y el del trópico, tiene la superstición de la **illa**, amuleto que consiste en una pequeña piedra caliza labrada, que lleva la suerte.

La **illa** que se llama **warmi munachi**, lleva grabada una pareja de personas, hombre y mujer muy abrazados. Esta es la que da suerte en el amor, a la mujer que debe llevarla consigo; en la misma forma otra **illa** es la que la mujer abraza; **chachamunachi**, o sea, da al hombre el amor, y debe llevarla siempre, sin desprenderse de ella.

El **kollke munachi**, es el amuleto que representa una mano empuñando monedas, esta **illa** la llevan los que quieren tener suerte con el dinero y poseer fortuna, la colocan generalmente en el bolso de dinero.

Otro amuleto de la buena suerte es la cola o la patita disecada del zorrino, creen que lleva suerte en todos los aspectos de la vida, y libra de desgracias a las personas que la poseen; generalmente la tienen en los bolsillos y no se desprenden jamás, pues tienen fé ciega. Dicen que el día que la dejan olvidada, les ocurre alguna desgracia.

Sutuhuaylla–chillihua, es buscada con mucho interés, porque es también un símbolo y amuleto de la buena suerte, se dice que es una pequeña pajita que lleva algunas veces el lagarto en la boca, la persona que la posee es afortunada en todo.

El indígena tiene la creencia absoluta que, cuando pierde su **illa**, o amuleto de la buena suerte, está expuesto a todas las desgracias, por eso los guarda con sumo cuidado.

El campesino del oriente tiene fé en el almizcle, que saca del caimán, substancia untuosa de cierta fragancia, con la que se pasa algunas partes del cuerpo, para que le llegue la suerte.

LA DANZA DE LA CASA NUEVA

LA DANZA DE LA CASA NUEVA

Fuera de la ceremonia de la **paga**, que al comenzar la casa realiza el indio, existe otra costumbre o rito que efectúa al concluirla.

El día de techar la vivienda, reunidos los parientes y amigos, cuelgan al dueño y familiares en las vigas y los azotan con varillas, encargándoles que deben cuidar la casa, luego con mechones de paja ardiendo, simulan quemarles los pies, recomendando que no deben ausentarse ni abandonar su vivienda. Todos los dueños, el padre, la madre, los hijos, tienen que pagar el tributo de poseer un hogar nuevo.

Los que han colaborado a la construcción de la casa, llevan sus orquestas de **pinquillos**, **zampoñas** y **huancaras**, bailan, cantan y danzan en medio de la tonada especial de la casa nueva.

Machak utasti anokaramati	La casa nueva no es perro tuyo
merke utaua anokaramaja	La casa vieja tal vez lo sea
Achokalla tiutiu tiu.	Comadreja tiu tiu.

Challan la casa nueva, bailan, comen y beben invitados por los dueños.

La ayuda que han prestado los amigos y parientes para la construcción de la casa es lo que denominan **ayni**, es decir, que cuando los colaboradores construyan la suya, recibirán la ayuda en la misma forma.

El **ayni** es la reciprocidad en el trabajo, en la vida social y en todos los actos de la vida del autóctono.

El **ayni** es una costumbre de elevada moral que tiene el campesino y lo cumple sagradamente. Tiene alcances sociales de gran

importancia ,viene a ser algo así como el cooperativismo, aunque con mayor sentido humano, sin papeleos, sin libros de contabilidad, sin dividendos. El indio desde las épocas remotas practica el **AYNI**, que es un principio de solidaridad humana, cuyo sentido moral sobrepasa a las modernas instituciones de ayuda colectiva.

En lo social cuando se trata de un matrimonio o de un **alferazgo**, la estancia, población o villorrio íntegro colaboran a la pareja que se casa o a la perosna que pasa una fiesta religiosa. La cooperación es en dinero y víveres. El colaborado contrae una deuda sagrada que tiene que cumplirla pagando en forma recíproca cuando las circunstancias lo requieren.

En los **alferazgos** proceden llevando arcos, es decir, ramos de flores adornados con banderitas de billetes según el porte y la posibilidad de cada uno, billetes de cien, de cincuenta, de mil.

Otra costumbre de practicar el **AYNI** es preparando lo que llaman arcos, plataformas hechas con cañas de azúcar entretejidas donde colocan frutas variadas, víveres de toda clase, zapallos gigantes, en cuyas ranuras clavan monedas de todo valor, llegando a sumar grandes cantidades de dinero. El **ayni** redunda mayores beneficios en la agricultura.

En esta forma, el desembolso no es tan oneroso para los que festejan acontecimientos sociales o de trabajo, porque ya tienen su siembra hecha y a su vez les corresponde recoger el producto.

EL SAPO EN LA HECHICERIA

La creencia general del campesino y del pueblo, es que el sapo dá buena suerte.

Es así, cómo, en una ocasión hace muchos años, y en la casa de una mujer del pueblo, a su muerte, se halló una pareja de enormes batracios muy bien vestidos, uno de mujer y otro de hombre. Los cuidaba en grandes ollas de barro cocido, alimentándolos con leche y otros manjares. Lo hacía con el propósito de que estos animalitos le lleven la buena suerte, ella era de profesión vivandera.

El escándalo en la ciudad fue mayúsculo. Pero no se pudo negar que el negocio de la mujer era próspero y que tenía cuantiosa fortuna en dinero y joyas...

Será verdad esta creencia del indígena?...

Los **laikas** toman como principal elemento de sus hechicerías a los batracios. El brujo que emplea el sapo para hechizar a una persona que desea que muera, cuentan que procede en la siguiente forma: toma al sapo y le dá sus mensajes al oído:

—Oye bien hermoso sapo, entiéndelo bien, tú te llamas Fulano de Tal y tienes que morir lentamente.

Aquí mezcla oraciones católicas y paganas, hace una serie de cruces y signos cabalísticos y le va clavando con numerosas espinas vegetales en todo el cuerpo. Repite los encargos misteriosos, hasta el cansancio, luego, completamente acribillado lo tiende sobre una **lijlla** negra, simulando un velorio.

El brujo y la persona interesada van masticando abundantes hojas de coca y bebiendo licor.

Enciende brasas y con palabras de sentido oculto, va echando sobre ellas yerbas y polvos aromáticos, incienso, **mulla, huirakoa,** etc. El infeliz animalito acribillado en forma inmisericorde apenas mueve las patas, en señal de vida. Entonces el brujo procede a enterrarlo, lo introduce en una olla de barro cocido, recitándole en forma gangosa sus encargos que suenan a órdenes.

Le dice —tienes que morir lentamente, entiéndelo bien y por centésima vez te lo digo eres Fulano de Tal...

Toda esta comedia horrorosa practica el **laika,** en forma oculta, a altas horas de la noche y luego marcha como un fantasma a la casa de la persona a la que ha embrujado y dándose modos entierra la olla en el patio, en el zaguán o en cualquier sitio de la vivienda del enemigo...

Se dice que la vida de la persona, dura el mismo tiempo que la vida del sapo. La hechizada se hincha y siente dolores terribles e inmotivados que le hacen lanzar gritos hasta que muere después de una cruel y larga agonía... Empero, cuando los familiares, o el mismo enfermo se ha dado cuenta, por los diferentes síntomas, que es víctima de un embrujo, llaman un Yatiri, quién valiéndose de sus formas de abracadabra, descubre la hechicería. Desentierra el batracio y en la forma más suave y cariñosa, le extrae todas las espinas y le curan con todo cuidado. Dicen que el enfermo va sanando al igual que el sapo, luego lo devuelve al agua corriente. El enfermo queda también completamente sano. Si se descuida en descubrir el hechizo y el animal llega a morir, tienen la superstición de que la persona muere a causa de terribles dolores.

Mitos

MIRIQUIRI ACHACHILA

MIRIQUIRI ACHACHILA

El Miriquiri es un elevado cerro altiplánico, adusto y ceniciento como un paisaje lunar. Milenario progenitor de los rebaños del Inca.

Es el **Achachila** más temible y prodigioso que el Illampu, Illimani y Sajama, por ser estas montañas tan soberbias y dominadoras. Su etimología es cerro de la procreación o de la fecundidad.

Los **chamacanis** son los únicos que se atreven a invocarlos, por ser éstos de categoría superior a todos los yatiris y sabios aymaras, podríamos llamarlos más propiamente los doctores de las ciencias negras; sus conjuros y ritos milenarios, son semejantes a los espiritistas o a los que practican las ciencias ocultas. En nuestros tiempos son muy raros estos sabios que actúan invocando a sus dioses tutelares: las montañas, los lagos, las piedras gigantes, rocas, ríos, etc.

Ejercitan su ciencia, siempre amparados por chamaca (obscuridad), de ahí les viene el nombre, quiere decir que llevan consigo las tinieblas. La reputación de ellos se extiende a veinte y treinta leguas a la redonda, y son buscados por indígenas de lejanos distritos, que desean saber el paradero de un hijo perdido, el de un asesino, de un ladrón, etc. Cosas de mucha importancia. El privilegio exclusivo de invocar las sagradas montañas la tienen solamente los **chamacanis, yatiris**, de la más alta categoría, aquellos a quienes les cayó el **kejje-kojjo** (rayo). Se dice que el hombre a quién le cayó el rayo, en un paraje o casa desolada, sin que nadie lo viera, y se levantó casualmente salvo, con la razón algo extraviada y borracho de ozono, es el ser inspirado desde ese instante, tiene doble coronilla en la cabeza y es el único llamado a practicar el **chamaquismo.**

Los **chamacanis** son pues seres misteriosos que actúan a la media noche, momento en que el espíritu humano está predispuesto a ver sombras espectrales y fenómenos misteriosos. Hace sus preparativos a la vacilante luz de una **mechachua** y después de haber **acullicado** tranquilamente una buena cantidad de hojas de coca, tranca la puerta, sahuma todos los rincones de la habitación con yerbas aromáticas y dispone la llamada mesa a la que habrá de sentarse el **Achachila Miriquiri.** Una llijlla negra extendida en el suelo, con abundantes hojas de coca y al centro una ánfora de arcilla con licor, en las cuatro esquinas sendos platos de barro con brasas (chuas), donde espolvorea incienso, **copal, huira koa** y otros productos que llenan de humo denso y aromático la habitación.

Sus movimientos son inquietantes y de una solemnidad de sacerdotes practicando ritos milenarios; a estos se añade su recitar en forma gangosa, de fórmulas mágicas y sus signos cabalísticos, desparramando hojas de coca que toma con el pulgar y el índice, lleno de majestad, dirigiendo sus miradas a lo alto, con gran solemnidad.

Preparando el ambiente para recibir a **Achachila,** los clientes se acuclillan, en torno a la mesa, silenciosos, la cabeza inclinada y el corazón latiendo con ritmo acelerado. Es el momento de la llegada cuando se apaga la luz. La habitación en tinieblas es de un silencio aterrador. La respiración del **Chamacani** se hace anhelosa, lanza un doliente suspiro, luego se siente el jadeo que aumenta gradualmente y el ruido de articulaciones que se retuercen. Por último el hombre cae de rodillas y comienza su invocación verbal.

—**Miriquiri Achachila** — suplica con voz doliente y solemne a la vez; en su tono vibra el miedo y el ruego...

—Baja de tus cumbres. Soy tu Chamacani.... Achachila:.... Llega:....

El Chamacani increpa duramente a alguien que ha levantado la cabeza, y le dice furioso:

—Me estás mirando, tú, tú.

—**Miriquiri Achachila....** Te estoy llamando:.... Oye, tata, a tu Chamacani: Achachilaaaaa:....

Silencio preñado de temor supersticioso.

De pronto se oye un leve crujido sobre la habitación. Casi imperceptible al principio. Se hace fuerte, más fuerte.... Cruje la techumbre.... Alguien se abre paso... Pum... Ha entrado.... Se acerca una sombra.... No se le ve.... Se le adivina. Es el **Achachila.** Los indios mudos y temblorosos de espanto agachan la cabeza.

En esto, retumba partiendo, no se sabe de qué sitio, una voz cavernosa y profunda, con una altanería de montaña ofendida en sus respetos por la irreverencia de un hombre.

—Qué hay? — ¿Para qué me llamas?

El Chamacani responde humildemente:

—**Suma Achachila....** Te he invocado en nombre de tus **huahuas**, que quieren decirte sus penas y sus desgracias.

Aquí las causas que motivan la consulta.

Tú que tienes los ojos de todos los horizontes, conocimiento de un Dios, sabes donde está el malhechor... muéstranos el camino tata.... Ayúdanos... Llévanos de la mano.

El Achachila, no de muy buen talante, y con cierta ambigüedad de oráculo, pronuncia dos o tres palabras. Hitos que sirven de guía. Y enmudece.... Silencio... El techo ha crujido débilmente. Una ligera sensación de alivio se filtra en las almas....

El fantasma ha desaparecido....

Enciende la luz, el Chamacani presenta una faz demacrada y llena de misterio, donde las miradas se posan tímidamente.

—Bueno, ya saben ustedes — dice, con la esperanza del que da final brusco a una visita.

Así, ha terminado el aquelarre...

CHIMPURU

Hacía un mes que no llovía, y el hambre comenzó a perfilarse a lo lejos con todo su cortejo de calamidades.

El campo apagó sus colores y sus aromas. Los cebadales tiernos castigados por un sol inclemente, y manoseados por el viento de las noches frías, fueron encorvándose día tras día; las yerbecitas de la primavera, que desde los resquicios de los pedregales curioseaban la luz, se encogieron tímidamente para librarse de los rigores del tiempo seco.

—Tata Dios: en sesenta años que he vivido, será la tercera vez que asista a una sequía tan tremenda. Pero Tú eres grande y no nos dejarás desamparados, ni permitirás que vayamos a mendigar el pan de la ciudad. Implora uno de los ancianos.

—Pero, por qué no acudimos al CHIMPURU? Bien pudiera ser nuestra salvación, responde otro.

—Es cierto. Yo tengo fé en CHIMPURU, pero falta quién vaya allí. Irías tú?

—Y por qué no? Soy hombre!

—Es cierto. Pero tienes que madrugar mucho, porque a los espíritus hay que sorprenderlos antes que salga el sol. Además es necesario ubicar muy bien el lago que pertenece a la lluvia, no vaya a ser que tengamos que lamentar alguna otra desgracia.

El **CHIMPURU**, es una eminencia rocosa y rodeada del prestigio de un sombrío misterio. En sus alturas hay tres lagunas cuyas aguas realizan, según el indio, el milagro de atraer las nubes y las lluvias cuando se derrama en los terrenos de sembradío, igualmente las otras dos lagunas son de granizo y de nevada.

Hay que robarla de su lecho, buscando circunstancias favorables y conocer muy bien los prodigios de cada una, porque de lo contrario, en lugar de lluvia, se llamaría al granizo o a la nevada.

—De viaje Manuno?

—Si, al CHIMPURU. Voy en busca de la lluvia.

—Que Dios te dé suerte. Cuidado con equivocar el agua.

—Así es. Ojalá no esté en la hora mala y el **achachila** de la lluvia sea pródigo conmigo.

Las llamas pasan airosas, graves, acomodando su paso al ritmo indígena, fulgurando sus ojos en medio del enigma de su rostro monolítico, buscan al CHIMPURU, allá en las serranías azules e inaccesibles.

Cuando llegaron al pie, el sol estaba ya alto. Mala señal. Tomaron un sendero que ondula trabajosamente por en medio de rocas abruptas, por las cabeceras de un peligroso despeñadero, sintiendo cada vez más recio el galope de los huracanes que anidan en la montaña. Uno que otro pedrón, desnivelado por el paso de las bestias, baja haciendo estrepitoso ruido dentro de los profundos y misteriosos barrancos.

Llegaron al CHIMPURU. Aquella solemnidad de templo vacío, hizo estremecer el cuerpo del indio, cuya mirada se internó temblorosa en el fondo del cañadón. El viento se retorcía y giraba nervioso, ululando con rabia y enmarañando los pajonales.

—¿Cuál podrá ser la laguna de la lluvia? **Pacha Mama**, ayúdame a escogerla, me habían dicho que es la que queda al lado de **inti jalsu**, (el E.) que es la más sombría y profunda; que sus aguas son negras y encrespadas.

De espíritu supersticioso, como todos los de su raza, Manuno se sobrecogió horrorizado al sentir en su rostro el frío hálito de los seres con que la leyenda había poblado aquellas alturas. Se acercó cobardemente, recogió el agua en dos cantaritos y, colocándolos sobre el lomo del animal, apresuró la vuelta a la estancia.

El agua traída de CHIMPURU derramada ceremoniosamente se perdió en las abrasadas entrañas del suelo. Y las miradas interrogaron el espacio, y los labios musitaron una invocación fervorosa al espíritu de las montañas y sus dioses tutelares.

Efectivamente, al atardecer, del lado de **intijalanta** (poniente) aparecieron las nubes. "Alabado sea el **Achachila** de la lluvia"... Pero ay, no! No! No es ella quién viene. Ese nubarrón ceniciento y compacto que se avecina es de granizo. Es el **achachila** del granizo quién vie-

ne; el implacable y maldito anciano, que paseando sus furias, destruye los sembradíos y deja el horror y el hambre a su paso.

De en medio del sórdido caserío, presurosamente ensombrecido, se levantó un vocerío clamoroso y desesperado, un largo grito de súplica y de dolor..., Pasa, pasa **achachila!...** sigue tu camino!... pasa, pasa!..., No nos hagas daño!..., Pasa!... ¡Viejo ladrón, pasa!

Pero el achachila, malvado e incompasivo, descargó su tormenta y el granizo comenzó a azotar los campos. Los puños se crisparon amenazadores, los ojos centellearon rabiosos. De todas partes se levantaron tenues columnitas de humo: la señal de la cruz, fue trazada sobre la ceniza fresca, y brotó el insulto...; ¡Ah! malvado que quieres robar nuestras cosechas!... Pasa, pasa ladrón!..., Pasa viejo cojo y perverso!..., Anda, sigue tu camino!... Los pastores lanzaban hondazos al perverso **achachila** para espantarlo.

Nada tan lúgubre y lastimero como aquél iracundo alarido en que se juntan el insulto, el ruego, el llanto, el estallido de las hondas.

Uno violenta ráfaga, venida al conjuro de aquél clamoreo emocionante, arrastró las nubes hacia lomas cercanas...

Se habían salvado.

Los reproches y las amenazas hostilizaron ásperamente al pobre Manuno. Había que remediar tan grave error, y la única forma de hacerlo era sorprender al CHIMPURU, madrugando antes de que nazca el sol, y penetrando sin recelo y sin cobardía en aquella cueva llamada de las lechuzas, robar de ahí el agua y huir de prisa.

Iría: pero ya no solo; porque ahora tenía mucho miedo. Se haría acompañar por su mujer.

La luna desapareciendo a minuto, guiábales en su penoso ascenso.

Ya estaban en la cumbre, y se dibujaba la aurora. Manuel alentado por ese débil rayo de luz y la presencia de una persona, se acercó a la orilla, a medir la distancia que le separaba de un totoral, que en centro de la laguna parecía un mechón de cabello.

Sabía que allí vivían muchas aves, y una irresistible tentación de robar se apoderó de él. Buscó algo que había visto el día anterior. Era una ruinosa balsa, casi completamente podrida, que se hallaba abandonada.

—¿Qué buscas Manuno?

El indio arrastró la balsa, la arrojó en el agua y brincó en ella.

—¡No entres Manuno!..., Gua! ¿No tienes miedo?... Parece que no supieras que aquí han muerto muchos.

—Cállate mujer, y aguárdame tranquila. Vamos a llevarnos algunos huevos de pato.

Su cuerpo se dibujó como una vaga silueta, y cuando estuvo adentro, ya no se lo pudo ver más.

—Manuno, no me dejes; tengo miedo de quedarme sola...

La pobre indiecita desalentada, presa de terrible inquietud, púsose de hinojos y desgranó una oración...

Se hizo el día. El viento cesó poco a poco, y la lejana música de quena de los viajeros que atravezaban la pampa, halagaba el oído.

—¿Manuelo, dónde estás? Su voz se perdió en el silencio. Manuelo!..., Manuelo!..., Vámanos ya!...

El terror la puso de pie.

—Manuno!... Manunooooo... — Los gritos se sucedieron desesperados, sin encontrar más respuesta que la paz imperturbable de la mañana — ¡Manuno!... ¿Por qué no me contestas?

Cuando aclaró más el día, pudo ver que, la balsita estaba detenida entre el totoral. Manuel no estaba... Los dioses ancestrales perturbados en sus soliloquios y enfurecidos por la profanación de sus secretos se lo tragaron en sus profundas y tenebrosas aguas...

Un grito pavoroso y extraño que bajaba de las alturas de CHIMPURU, sacudió a los pastores, se extendió y se repitió de peña en peña.

Como si fuera el fantasma misterioso de CHIMPURU, sin rumbo, empujada por una fuerza ciega, la mujer de Manuel descendió desde la fatídica cumbre, tropezó con los guijarros; se le enredaron los pies y se precipitó en el abismo...

Densas nubes cubrieron el sol. Una lluvia blanda y perseverante, trajo vida y frescura a los campos, la tierra despidió perfume intenso, y las plantas se irguieron. El hambre estaba conjurada.

—"El CHIMPURU está satisfecho, se ha comido a los dos; por eso nos manda su agua bienhechora. El **achachila** de la lluvia se pagó con dos vidas"...

En otras zonas aymaras, en vez de CHIMPURU, le dan el nombre de **JURIHUANA.**

—Relató Ambrosio Quispe, de Caquiaviri.

El triunfo no está sólo en el éxito inmediato de un ideal. El triunfo llega un día, bajo nuevas circunstancias, a germinar, a crecer, a florecer, a fructificar. El sembrador, para entonces, podrá estar ya ausente o muerto. Sucederá que ni siquiera se sepa quién fue él. ¿Pero qué importa? El grano se habrá multiplicado en bien de los demás, aún de los enemigos. Ese es el TRIUNFO.

JAIME MENDOZA

Leyendas

LA COLA DE FUEGO

LA COLA DE FUEGO

Melchora era una india esmirriada, muy morena, tenía una agilidad asombrosa para caminar de un lado para el otro de la estancia, e ir de visita a todas las casas, para enterarse de las intimidades familiares, y luego divulgarlas por todas partes.

Nadie podía librarse de la mala lengua de Melchora, a la que le decían por mal nombre la **markapitu** (la enredadora de la estancia).

Cuando la veían acercarse a una casa, le huían, pero ella era tan ladina y zalamera, que las retenía con sus adulaciones, y se daba modos, muy hábilmente, para llevar la conversación al terreno que deseaba. Las familias estaban en constantes disputas y reyertas, a causa de los chismes de la **markapitu**, no obstante su senilidad, corría de un lado a otro, dando noticias perversas inventadas por ella misma, y augurando acontecimientos muy graves. Así tenía a la población, dividida en dos bandos irreconciliables.

Aconsejadas por un respetado **amauta**, se juntaron las mujeres de ambos bandos, llegando a un entendimiento; así acordaron sancionar a la enredadora, que era la causa de todas sus desgracias. La citaron a un campo aislado, manifestándole que era para pedirle noticias de los enemigos. Juntas las mujeres antagonistas, y con una sola consigna, esperaban a la **markapitu**; ésta también era una bruja de cuenta, llegó al sitio de la cita, tomando muchas precauciones. A su llegada salieron a su encuentro todas las mujeres que se hallaban mimetizadas en los matorrales, con el propósito de arrancarle la lengua, llevándose cada bando una mitad, para prueba de escarmiento.

La bruja, que no era otra que **sajra** (diablesa), no tardó en darse cuenta del ardid, y comenzó a girar en medio de un remolino de viento, que levantaba nubes de polvo, perdiéndose en una colina distante.

Existe hoy mismo, la colina de la leyenda, con el nombre de **NINA HUICHINCA** (cola de fuego). Desaparecida la bruja enredadora, se dice que la estancia, escarmentada de llevarse de chismes, vivió en paz. Y cuando los pobladores saben de un chisme, muestran la colina y narran la historia.

SORA SORITA

SORA SORITA

La vida de penurias de la familia india, había llegado al extremo de no poder subsistir. Las contínuas sequías y las heladas prematuras, habían arrasado año tras año sus menguadas cosechas; la miseria despiadada, el hambre apremiante, llamaban a su puerta.

Romualdo Choquehuanca, era el jefe de esta familia; indio de mediana edad, padre de tres niños, dos varones y la pequeña Sora Sorita, que a pesar de su corta edad, hacía los menesteres de ama de casa, pues, su madre había muerto al nacer ella.

Toda aquella inmensa y helada estepa altiplánica, rodeada de gigantescas montañas, sufrió por años seguidos, el azote de la naturaleza, no producía el fruto necesario para la frugal alimentación de sus habitantes, cerniéndose así, el espectro del hambre pavoroso, sobre miles de hogares campesinos.

Romualdo resolvió emigrar a la ciudad, con sus tres hijos, muchos ya le habían precedido. Hallaría fácil acomodo para los niños, entregándolos a familias, en calidad de sirvientes; él, pasaría la vida como changador. Sus planes fueron transtornados por la pequeña Sora Sorita, que se negó a abandonar sus pagos, ella quedaría —dijo— al cuidado de la choza, en compañía de mama Malaku, una anciana tía, que la vió nacer y la quería como a hija, no le importaba arrostrar una existencia miserable, y despreciaba las halagadoras perspectivas de la vida urbana que le pintaba su padre. Nada logró entusismarla, finalmente, quedó aferrada a su tosca y pobre cabaña de barro.

Pasaron varios años, y con ellos, la mala racha. **Pacha Mama**, devolvió sus dones a la tierra, que comenzó a producir, ofreciendo una

vida de bonanza. Los campos se cubrieron de esmeraldinos pastizales, las chacras se vistieron de gala con la bella policromía de sus **cañahuales**, las mieses maduraron, y el ganado comenzó a procrear en forma halagadora. El optimismo renació en el agro. El paisaje se perfiló más nítido con el fondo azul de su cielo esplendoroso, destacándose a la distancia, las impolutas serranías, que en las tardes presentan cromatismos insospechados, desde el matíz de oro, y del rojo al cobalto, hasta el sutil rosa, toda una gama de colorido maravilloso.

Breñas con plateadas corrientes que se deslizan de las eternas nieves, hacia la planicie, como un milagro de belleza. Campos orquestados de **pinquillos** y **zampoñas** en los llanos, y en las cumbres, el paisaje megalítico donde el viento salmodia misereres.

Allí vivió Sora Sorita, la **imilla**, que a la sazón contaba con sus quince abriles floridos y lozanos. Pasó su niñez de miseria y penurias, al lado de mama Malaku, a cuyo cuidado la dejó su padre. A la muerte de la anciana, la joven quedó completamente sola, y la gente del **ayllu**, la llamaba la **huajcha** Sorita. Vivía de pastorear el ganado que le daban a cuidar, pagándole con víveres y alimentos. Cuando solicitaba cooperación para cultivar sus pequeñas parcelas de tierra, también se prestaban a colaborarla.

Comedida, hacendosa y amable, supo ganarse la voluntad de todos los campesinos del **ayllu**, que la acogían entusiastas.

Una hermosa mañana de primavera, en que el sol bañaba los campos con su luz dorada, Sorita, apacentaba sus ovejas en el collado, y su figura esbelta y grácil, se destacaba sobre una roca, especie de atalaya; semejante a una diosa, con un bellón de lana blanca enroscada en un brazo, haciendo girar la rueca, hilaba, vigilando el ganado, junto a **Kusku**, su perrito lanudo a quién ordenaba a gritos, que hiciera volver a las ovejas descarriadas. Su vista aguda divisó en un recodo, la sombra de una mujer que avanzaba lentamente, **Kusku**, que también la vió, corrió y dándole alcance, la zarandeó furiosamente, creyendo tal vez que aquella extraña, iba a hacer daño a las ovejas o a la pastora, la arrojó al suelo en el momento en que Sorita llegó jadeante, en defensa de la mujer que no era otra que la **laika Rigucha**, que se decía, convertía a las personas en piedras y animales, pues se le atribuía toda una serie de maleficios y hechicerías. La gente la temía, y procuraba evitar la mirada de la bruja.

La pastora alarmada, reprendió a **Kuska**, trató de ayudarla a ponerse de pie, momento en que la bruja le dirigió una mirada iracunda, y la muchacha, temblando de miedo, se disculpó, mientras la bruja sin prestar oídos se fue por las estribaciones del paraje montañoso.

Pasaron algunos días, Sorita, la alegre y lozana indiecita, comenzó a declinar como un capullo tronchado prematuramente, ya no se oía su cantarina voz, y sus alegres **hayhuayas**, cuyo eco repetían las montañas.

Las gentes se preguntaban al verla:

—¿Qué pasará con la **huajcha** Sorita, que tan extraña y triste se la ve?—

—¿Acaso estará embrujada?

—¿Tal vez el **anchancho** o **zajra** le han quitado su **ajayu?**

—Huye de las personas, y su mirada está ausente, avizora la distancia.

—Ella, tan sociable y afectuosa con todos, ahora trata de buscar la soledad y se esconde en lo más abrupto de la serranía.

—Pobrecita la **huajcha** Sorita. ¿Qué podríamos hacer por ella? Se preguntaban apenados los campesinos del **ayllu.**

Alguien contó, que de distancia había visto la escena con la bruja, en el campo de pastoreo, entonces corrió el rumor de que la **huajcha** Sorita, estaba embrujada por la perversa y maligna mujer.

Espontáneamente, comenzaron a buscar a la bruja, pues sólo ella podría remediar la situación de la muchacha hechizada.

Un mozo indio, pescador del próximo **ayllu**, se dedicó con mayor interés a la caza de la bruja. Disponía de su balsita y se trasladaba de un punto a otro, de la costa lacustre, para indagar en los mercados de pesca, allí, la bruja era muy conocida. Pascucho, que así se llamaba el joven campesino, amaba a Sorita, y su pesar fue grande, cuando conoció la desgracia de la moza. Se propuso buscar a la **laika**, aunque para ello tuviera que afrontar su mirada maligna.

Cierto día, desembarcaba el producto de la pesca, divisó a la bruja y abandonando su faena ,corrió tras ella, ésta que vió la decisión del mozo, se dió a la fuga precipidamente, como alma que lleva el diablo, corría con su paso menudo, y no tardó en desaparecer en el laberinto rocoso que conducía a su cueva, donde pasaba la mayor parte del día, en pacto, decían, con los espíritus malignos de la montaña.

Pascucho quedó desorientado, pero no se desanimó, y siguió merodeando por aquellos contornos, hasta el atardecer. Estratégicamente ubicado en un farallón, vigilaba los caminos escabrosos que habitualmente recorría la bruja.

Cuando el sol llegaba al ocaso, tiñendo de púrpura el horizonte, y diluyendo su policromía ígnea en el lago, divisó a la distancia una

silueta que semejaba un fantasma llameante, que bajaba de la serranía....

—Es la bruja, que seguramente se dirige al **ayllu** cercano —pensó para sí—, descendiendo de la roca, corrió a su encuentro, y acercándose cautelosamente comprobó que era la perversa **laika**, que había hechizado a su amada Sora Sorita.

La vieja, con el instinto del peligro, presintió la presencia de su perseguidor y huyó nuevamente. Descendía hacia la hondonada, donde la joven apacentaba su ganado, Pascucho la seguía ya de cerca, y la bruja esquivaba el encuentro, con mayor habilidad, cuando al saltar un atajo, cayó rodando justamente a los pies de la **huajcha** Sorita, momento en que ésta ayudada por **Kusku**, juntaba la majada para conducirla al aprisco.

¡Oh! sorpresa, la muchacha quedó aterrada al comprobar que se trataba de la bruja, ésta pronunció una serie de palabras mágicas y misteriosas, con el gesto de furor maligno, marcando en su apergaminado rostro, y Sorita voló convertida en un blanco picaflor.

Todo había ocurrido en escasos segundos, cuando el perseguidor llegó al lugar, sólo encontró a la bruja, que tendida en el suelo pedregoso, se friccionaba la pierna dolorida. El rebaño estaba abandonado, y **Kusku** aullaba lastimeramente, mirando en dirección a un colibrí que voloteaba en un arbusto cercano.

La bruja había convertido a la pastora en un **luly blanco.** Interrogada por el joven, respondió que ella no había visto a nadie, pero para Pascucho no quedó inadvertida la presencia de un colibrí en las proximidades, y le pareció muy raro, pues a esa hora, estas avecitas están recogidas en sus nidos.

Vencido y descorazonado por la obstinada negativa, y la malévola sonrisa que plegaba los labios de la bruja, Pascucho presentía que alguna desgracia le había ocurrido a su amada.

En el ayllu se anoticiaron que la huajcha Sorita, había desaparecido misteriosmente; se la buscó por mucho tiempo, sin resultado alguno.

Cada atardecer, cuando la majada volvía, **Kusku** dirigía lastimeros aullidos hacia un arbusto de **Kantuta**, donde todos los días a la misma hora, se posaba un blanco colibrí.

Este paraje de recuerdos, para Pascucho, se convirtió en su lugar predilecto, algo le decía que Sorita, se encontraba prisionera en medio de ese misterio geológico de la montaña, guardada por algún genio maligno y celoso. En este sitio, solía interpretar en su quena, las melodías que traducían el estado de su alma.

Todos los días en que el sol escondía su faz, bañando las montañas con sus bellos arreboles, el trovador indio ascendía al lugar de sus recuerdos, y allí se inspiró para componer el **jarahui** (yaraví) Sora Sorita, dedicado a su amada desaparecida...

Un atardecer, como de costumbre, Pascucho sentado en una estribación de la montaña, arrancaba a su quena, las más dulces melodías, que repetidas por el eco, se prolongaban lánguidamente en el soledoso paraje. Cuando más ensimismado estuvo en soplar su quena, sorpresivamente, y como brotada de la tierra, vino a quebrar el hechizo la aparición de la bruja Rigucha, que postrándose a sus plantas, y bañada en llanto, imploraba su perdón. Este, impresionado por la actitud de la perversa mujer, le dijo: — Andate malvada, tú me has robado mi amor, y ahora quieres hacerme nuevos daños.

La bruja sofocada por el llanto y el arrepentimiento, prometió devolverle a su amada, si le perdonaba, y a su vez le prometía quemar su cadáver en leña verde, como se acostumbra hacer con las brujas. Deseaba expiar su maldad, presentía su próximo fin. Seguidamente la bruja le contó que se hallaba enferma, que había perdido el sosiego, desde el día en que oyó el doliente **jarahui** en su quena, y se hizo la promesa de remediar el daño, desencantar a la pastora, y morir después. Su corazón había quedado lacerado al embrujo de la doliente melodía.

Pascucho prometió cumplir el pedido de la hechicera. Vió entonces que haciendo signos cabalísticos, invocando el espíritu de las montañas, con palabras mágicas, se dirigó al **luly**, que revoloteaba en las proximidades, y grande fue su asombro, cuando vió que la avecita se convirtió en la pastora Sora Sorita.

Cuenta la tradición, que desde entonces, los colibrís blancos de la sierra, tomaron el color tornasolado.

Sora Sorita, yaraví, tierno y lleno de dulces matices, lamento brujo de amor y romance, que el indio lo ejecuta, sigue siendo el **jarahui** clásico del folklore aymara.

LA LEYENDA DEL KARI KARI

LA LEYENDA DEL KARI KARI

En las breñas ubérrimas que se cobijan al pie del majestuoso Illampu, en una pequeña estancia llamada **Kori-Pfuju**, vivía un matrimonio de campesinos con tres hijos, dos varones y una niña llamada Wara. La vida de la familia, se desarrollaba plácida, a ello contribuía la holgura económica. Dueños de tierras extensas y fecundas, cultivaban árboles frutales, cereales, y todos los productos del valle.

La pequeña Wara, era feliz, cuidaba apasionadamente su jardincillo, donde crecían toda clase de flores, y las regaba amorosamente. Su madre solía decir:

—Si Wara plantara una piedra, ésta retoñaría, tiene mano hábil para las plantas.

El jardín de Wara, ostentaba las más bellas y raras flores, era un vergel multicolor, donde enjambres de mariposas, acudían a libar, ella se quedaba extasiada en su contemplación, muy quieta para no espantarlas.

Cuando le proponían cazarlas, respondía indignada: —Prefiero admirarlas vivas, y no deshechas, con el polvo dorado de sus alas, cubriendo mis manos, dejadlas, no seáis crueles, vivas son más bellas, y recrean la vista, como flores aladas.

En todas las quebradas umbrías, arroyuelos de pequeñas y vaporosas cascadas, buscaba plantas silvestres, para enriquecer su jardín, y así tenía las más raras flores. Con agilidad de ave, alcanzaba los sitios más inaccesibles, en busca de orquídeas, flor de su preferencia, que luego las trasladaba a su jardín, y las cultivaba con embelezo, éstas le daban hermosas flores, que ella las llamaba "mis bailarinas de seda".

Una hermosa tarde estival, se encaminó a una quebrada, en busca de flores silvestres, el cañadón era profundo, por él corría un arroyo de aguas cristalinas, sin notarlo se había alejado mucho, y siguiendo el cauce, penetró en un lugar obscurecido por la tupida maraña, donde se filtraba apenas la luz. Divisó sobre una roca llena de muzgo y de vegetación parasitaria, una enredadera de extrañas flores blancas, formando ramilletes fulgurantes, que en la obscuridad semejaban racimos de estrellas. Deslumbrada ante tanta belleza, se propuso cogerlas y se encaramó penosamente sobre la resbaladiza roca, la ramazón de verdes y ovaladas hojas, colgaba tentadora, quiso coger la flor, y en ese momento sintió que mil garras la izaban en el aire.

Las ramas y hojas de la flor codiciada, estaban armadas de feroces espinas corvas, semejantes a las garras del felino. La niña, colgada daba gritos de espanto. Cansada estuvo de debatirse entre las espinas que desgarraba su piel, arrancándole gritos de dolor, cuando acertó a pasar por las proximidades, su hermano, y al reconocer la voz de **Wara**, corrió en dirección de ella, encontrándola desesperada. Fue a dar aviso a sus padres, quienes descolgaron penosamente, el cuerpo de la infortunada muchacha, llena de pequeños cortes y heridas sangrantes, que parecían hechos con filosos instrumentos.

A los pocos días, se vió que las níveas flores, se habían convertido en rojos frutos, cual gotas de sangre, suspendidas en el aire. Dice la leyenda nativa, que estos frutos son las gotas de sangre de la niña **Wara**. La planta silvestre tomó desde entonces el nombre de **kari-kari**, que en la lengua indígena quiere decir, "menudos cortes", y no es otra cosa que la exquisita zarza mora.

EL RIO HUERFANO

Huajcha Jahuira, que así se pronuncia en lengua aymara, es un río de aguas heladas y cristalinas, que bajan de la cordillera del Ande, en la región donde se levanta el coloso Illampu. Recorre varios kilómetros de profunda y encañada serranía, es un río solitario, de allí le viene el nombre, Rio Huérfano.

Nadie lo vé en su larga travesía de violenta bajada, sale a la luz, en una quiebra del pintoresco valle de Sorata; dá la impresión de que estuviera jadeante.

Tiene numerosas leyendas, su mismo nombre es harto sugestivo, surge de improviso de una especie de túnel tenebroso, hacia un camino transitado. Los pobladores de la zona, le tienen un temor supertícioso, y no se atreven a cruzarlo en la noche. Es corriente el dicho de los viajeros:

—Voy a pernoctar en cualquier estancia, porque me tocaría cruzar de noche el **Huajcha Jahuira**, y tengo terror a ese río.

Hay quienes cuentan que desde el momento del crepúsculo, se siente inusitado trajín de malignos, hombrecillos vestidos de color rojo, monstruos espantosos, que las personas que llegan a verlos, enloquecen de espanto, y sufren grandes hemorragias nasales.

Hay otros que cuentan haber oído gritos y lamentos desgarradores de mujer, y que varias personas que intentaron socorrerlas, fueron arrastradas a la profundidad del túnel rocoso, por horribles mujeres desgreñadas y monstruosas, sin haber sido encontradas jamás.

La leyenda más corriente del temido río, es la que cuentan todos los pobladores del contorno:

Una indígena que lo cruzaba al obscurecer, cargada de su hijo de corta edad, quien le fue arrebatado por manos invisibles. La campesina se hallaba al día siguiente, desnuda, con los ojos desorbitados, dando enormes carcajadas histéricas y recorriendo incansable el cauce, en busca de su hijo desaparecido.

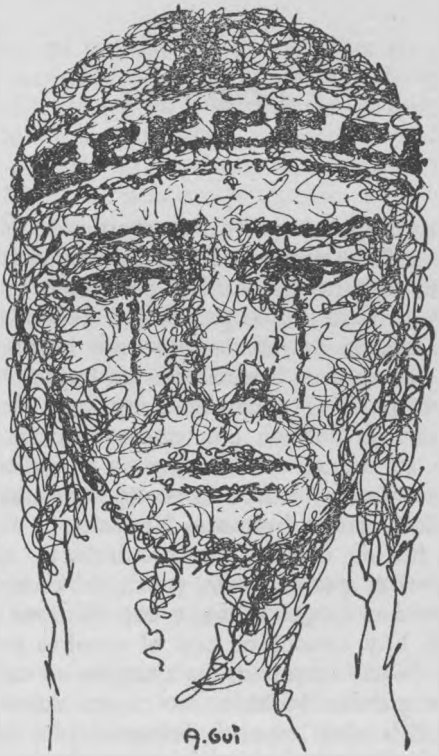
Finalmente se dice, que la infeliz madre, se quedó a vivir en el río, adoptando, por hijo una piedra a la que arrullaba con gran amor y ternura.

En las noches lograban arrancarla del sitio, pero en el día nadie podía retirarla, permaneciendo en él para prodigar cuidados maternales a la piedra, que para ella, era su niño.

La demente tomó el nombre de **kalahuahuani** (que tiene hijo de piedra), y es el cuco de todos los niños, y a veces hasta de los mayores.

Actualmente todos estos cuentos y leyendas, son recuerdos lejanos, pero se teme aún a la loca **kalahuahuani**, que dicen sigue vagando en el Río Huérfano, en busca de su hijo perdido, y nadie se anima a cruzarlo en horas de la noche.

—Relatado por Angelita Quispe, analfabeta, cerca de Sorata.



JACHIRI

JACHIRI

El Inca Atahuallapa, imperial personaje de la historia incaica, de la época del descubrimiento de América, encerrado en una prisión de Cajamarca, pasó una noche terrible pensando en la destrucción y ruina de su imperio, al recordar la predicción de sus sabios **Amautas** y **Yatiris**, quienes les habían augurado que unos hombres blancos y barbudos, surgidos de los mares, destruirían su Imperio y su dinastía.

Noche trágica para el soberano Inca, que encadenado, puesto de cuclillas, tomando su cabeza con ambas manos lloró largamente, rogando a su Dios soberano, el Sol, que se apiadase de sus huestes abandonadas y vencidas, retirando el castigo impuesto, por haber sostenido lucha fratricida con su hermano Huáscar.

Tan grande fue su dolor y arrepentimiento, que lloró lágrimas de sangre, que al correr por el suelo y salir al campo, se convirtieron en flores superpuestas en largos tallos, y con grandes hojas verdes, son, las flores de **jachiri**, hoy conocidas con el nombre de **achira.**

En la época de la conquista, los campos se cubrieron de inmensas chacras de sangrantes **jachiris**, en cuyas raíces encontraron los desventurados súbditos del imperio desaparecido, tubérculos que les sirvió de alimento. El Dios de los indios, derrotados, se había compadecido del dolor del último Inca, concediendo este divino don a sus súbditos.

Jachiri, flor de sangre imperial, es el símbolo del dolor, y las lágrimas del último Inca, y su raíz, el alimento sagrado que su Dios bondaso concedió a Atahuallpa, para el sustento de sus huestes sometidas a la esclavitud, **Jachiri**, significa "que llora", es flor de lágrimas; originalmente esta bella floración sólo fue roja, hoy existe en todos los colores.

K U U R M I R I

Mateo Wuillka, es un anciano comunario, de las tierras adyacentes a las aguas termales de Urmiri. Nos cuenta que cuando niño, solía apacentar sus cabras en las escarpaduras empinadas de la zona, y, su abuelo, hijo de un **Irpa Mallku**, especie de patriarca conductor, descendiente de la nobleza kolla, le había contado que la aparición de las aguas hirvientes, se habían producido a consecuencia de un castigo que **Pacha Mama**, impuso a la comarca.

—Una noche en que mi abuelo —nos dice— volvía de haber removido la tierra con su **wuiri**, al pasar por un arroyo, encontró con sorpresa, un feto humano arrojado en medio del agua, cuya corriente no pudo arrastrar. Lleno de zozobra, invocó inmediatamente el perdón de **Pacha Mama**, pues sabía que en estos casos, la diosa de la tierra, era implacable en su castigo, y recogió el feto, con rito pagano, le dió sepultura.

Cuando volvió a su cabaña, preocupado por el macabro hallazgo, reunió a los miembros de su familia, y todos ellos, se encaminaron al sitio, lanzando gemidos y lamentos lastimeros, y pidiendo perdón a **Pacha Mama.**

Luego encendieron fogatas y ofrendaron tributos para desenojar a la ofendida Diosa Tierra, cuyo castigo se desencadenaría muy pronto.

—Al día siguiente —sigue contando tata **Wuillka** — el **Mallku Irpa**, mi antecesor, comunicó a todos los habitantes reunidos, la feroz ofensa cometida contra la fecundidad de la naturaleza, por alguna moza que no conocía la magnitud del hecho criminoso.

Todos consternados y con temor supersticioso, trataron de identificar a la autora, para someterla a la expiación tradicional en que la culpable tenía que peregrinar durante nueve noches, a la cumbre más empinada de la cordillera, muy distante del lugar, temible por los malignos y monstruos que habitan en ella.

A la media noche, vestida de luto, llevando un incensario humeante, donde quemaba yerbas aromáticas y calzando **jiskus** de cuero fresco que al secarse iban estrangulándole los pies, imposibilitán-

dole su marcha. Sólo así tenía que desagraviarse a **Pacha Mama.** Muchas veces —sigue contando tata Mateo— ocurrió que, no pudiendo cumplir la penosa penitencia, por la torturante presión de las sandalias, la culpable prefería lanzarse al abismo.

En este caso, la implacable diosa, más disgustada aún enviaba mayores castigos a la comarca. Esta vez no pudieron dar con la autora, por muchos esfuerzos y astucia que emplearon, llegando a la conclusión, de que el arroyo, en avenida había llevado de otra zona distante, el origen de todos sus males.

El plazo tradicional ya llegaba a su fin, —sigue contando Wuillca— los habitantes caminaban como sombras dolientes, inclinados, vestidos todos de negro, resignados, esperando el castigo de **Pacha Mama.**

Cuenta que la noche que se cumplía el plazo, la gente reunida en la pampa, elevaba sus oraciones paganas y sus **kochus** en medio de grandes fogatas y zahumerios, implorando el perdón; los niños castigados con varillas verdes, lanzaban lamentos desgarradores, las mozas se torturaban arrancándose los cabellos uno a uno. Pasada la hora fatal, se darían por perdonados y obsequiarían a la divinidad, con **kachwas** y danzas.

Llegó el trágico momento —dice— todos con los brazos levantados, en un silencio impresionante y con el gesto de terror marcado en el rostro, sintieron que tembló la tierra, luego un trueno ensordecedor y el horrísono estruendo con que la tierra enfurecida desencadenó su castigo apocalíptico. Surgieron montañas llameantes, corrieron ríos de lava, de los cerros rodaron grandes bloques ígneos, el agua hirviente surgía en cascadas ascendentes y su vapor obscurecía el espacio; de las montañas descendían avenidas de fuego, la tierra parecía poseída de loco furor.

Pacha Mama, se había encolerizado, descargando su aterrador castigo por el crimen que se cometió.

La comarca situada en un apacible y riente valle, había desaparecido, al haberse truncado una vida de simiente divina.

La zona quedó convertida en un cañadón abrupto, ceniciento, profundo, donde no asomaba ser viviente, ni brotaba planta alguna. Sólo a la distancia podía verse una nube de colores irisados, que según el decir de las gentes de los contornos, era el aliento de **auka,** que, a más de ser fétido, tenía olor a azufre, signo evidente de que aquél lugar era habitado por los demonios. Cañadón maldito, erializado y áspero del que los seres humanos huían con horror; este era **Supay Kuurmiri,** (arco iris del diablo). Se decía que la localidad estaba habitada

por seres perversos **aukas sajras mekalas** y todo el que se aproximaba, sería cocinado en sus gigantescos e hirvientes lagos de agua y lodo pestífero. Va siempre obedeciendo al arquetipo que puebla su ser mental.

Estaban convencidos de que era **jikussanka**, el infierno, que había reventado.

Esta es la historia que contó el descendiente de la máxima autoridad kolla, Mateo Wuillka, quién continuó lo que sigue:

—Un pastor valiente, que apacentaba su rebaño de cabras, en las alturas de la cañada de **Supay Kuurmiri**, vió que uno de sus mejores chivos, corría quebrada abajo, y se dió a su persecución, con el ansia de recobrarlo, y no había notado que penetró en los dominios del lago malvado, en el mismo infierno; la cabra saltaba la escarpadura, con la agilidad que le caracteriza, y el pastor, se detuvo justamente encima de un par de ojos inmensos de agua en ebullición. Tal vez cráteres de volcán. Sintió un olor sofocante de azufre y otras emanaciones de las aguas sulfurosas, no vió fantasmas ni demonios y perdió el miedo.

Esto lo animó a detenerse con más frecuencia en el paraje maldito, en los dominios de **auka**, para observar con mayor detenimiento y curiosidad, el lugar.

Un día, llevó a su hermano valdado, de un brazo, para que le ayudara en el pastoreo, éste, menos ágil para caminar por el paraje rocalloso, cayó y se dañó el miembro enfermo, bajaron a un arroyo que descendía del pozo hirviente, para lavar la pequeña herida. Durante varios días, hicieron lo mismo, comprobando finalmente, que el brazo valdado curó, volviendo a su normalidad. Sano por completo el pastor; la noticia se propaló en los contornos. Convencidos del prodigio, y perdido el miedo, no sin haber hecho exorcisar el sitio por grandes **yatiris**, varios indígenas curaron sus miembros reumáticos, con las milagrosas aguas de **Supay Kuurmiri**.

—**Pacha Mama** —nos dice el narrador— había querido suavizar el feroz castigo, convirtiendo las aguas de **Kuurmiri**, en remedio eficaz para las dolencias de sus hijos, nuestra diosa tierra, —continúa tata Mateo— así como sabe ser cruel en el castigo, también es muy generosa con sus **huahuas** para prodigarnos sus bondades y bendiciones...

La etimología de la palabra **URMIRI** es pues **KUURMIRI**, lugar del arco-iris **Supay Kuurmiri**, como lo denominaron, quiere decir Arco-iris del Demonio.

—Relato de Mateo Wilka de Urmiri, analfabeto.

Tradiciones

EL EKEKO O ALASITA

EL EKEKO O ALASITA

La tradicional costumbre de conmemorar Alasita, día del diocecillo **EKEKO**, data de épocas remotas. Costumbre indígena del kollado.

El **EKEKO**, es pues un dios benévolo, que proporciona la abundancia, su día el 24 de Enero, en el que se compran ilusiones y esperanzas, en el mundo de la mini fiesta popular, de Alasita, Feria singular donde se adquiere la buena ventura, llevándose a casa el fetiche ingenuo, con alma de niño; allí se lo venera proveyéndole un cargamento de objetos diminutos.

A la chiquillería, se le permite fumar los primeros minúsculos cigarros de su vida, en este día todos son niños, y hasta los padres más serios, se convierten en ingenuos peleles, pues se festeja la candorosa fiesta criolla del EKEKO, el fetiche indígena que no falta en ningún hogar, cargado de un mundo de regalos, en miniatura, que se desea no falte en la realidad de la vida casera.

Las niñas adquieren pequeños utensillos de cocina, víveres diminutos, y ese día hacen la parodia de madres de familia hacendosas, cocinando en ollitas, sirviendo las viandas, en pequeños platos. Es la fiesta en que juegan grandes y chicos.

El 24 de Enero, todos los años, la ciudad semeja una gran casa de muñecas, en medio de un riente y juguetón laberinto, donde el EKEKO de amplia y bonachona sonrisa, vientre abultado, largos y retorcidos bigotes, es el mimado de los que juegan a los enanos y a liliput. Día en que grandes y chicos, hacen un paréntesis a la vida dura y rutinaria, para vivir la efímera ilusión de horas, prefieren todos pasar-

la en la plaza de la feria, comprando diminutas casas, fincas, adquiriendo caballos y ganado, todo lo que en la realidad representa la felicidad humana. Se gira con cuantiosas fortunas en diminutos billetes de banco y en cheques.

Es pues el día en que jugando se realizan los sueños y las ilusiones, es la feria de los anhelos y las esperanzas por realizarse.

La creencia muy aceptada del pueblo, es que la persona que adquiere una casita de yeso ese día, a las doce horas en punto, al plazo de un año, se cumple su deseo de poseer una de verdad, pues el **EKEKO**, dios magnánimo de la abundancia, le concede la gracia.

Así los campesinos compran ganado, bueyes y arados diminutos y cada quién, las herramientas de su oficio, adquieren en broma y jugando en la feria de Alasita todo lo que puede hacerlos felices en la vida que se vive en serio.

El idolillo indio del mundo de la quimera, llega cada año con su cargamento de sueños y esperanzas...

El artesano, trabaja durante mucho tiempo, miniaturas de toda clase, muebles, joyas y mil chiches en filigrana de oro y plata, que son verdaderas obras de arte. Los albañiles presentan la más inmensa variedad de casas, desde los rascacielos hasta las de campo, donde no falta nada, templos, monumentos, todo primorosamente acabado, resultando maquetas que el constructor o ingeniero más experto, envidiarían. Bailarines, máscaras, animales de toda especie, muñecas ataviadas con trajes típicos, indios de todas las zonas del país.

Tejidos regionales, **llijllas, chuspas, lluchchus** de lana de vicuña, de alpaca, de llama, etc., con derroche de motivos matizados y de gran originalidad. No faltan las miniaturas científicas, dínamos, motores, instrumental quirúrgico, mesas de operaciones, barcos de vela, balsas, instrumentos musicales, en sus respectivos estuches, que son verdaderas joyas.

En alfarería, se exhiben ánforas, floreros, vasijas, cántaros, todo bien decorado. Allí no faltan los productos agrícolas que se venden en pequeñas bolsas tejidas, cargas de papas, **chuño**, habas, frijoles, café, pequeños quesos, choclos, etc.

Las especialistas en pastelería, presentan panecillos y pasteles, en grandes cantidades y que venden en cartuchos de papel, sin que falte ninguno de la inmensa variedad. Este es uno de los gustos más típicos de la **Feria de Alasita.**

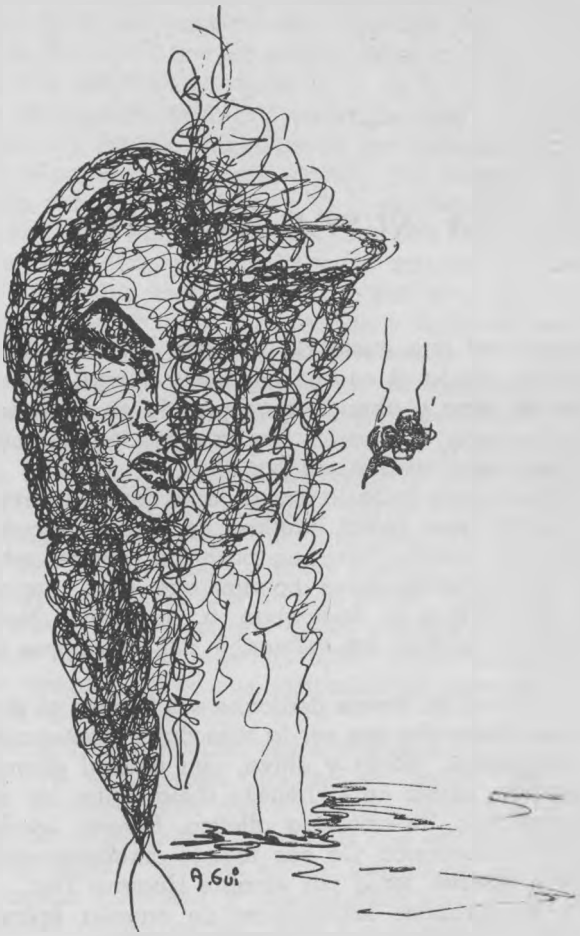
Las vendedoras, son mujeres del pueblo, que se adornan para ese día, con todas sus joyas valiosas, pues es el señalado para lucir-

las, son de gran valor artístico, anillos cubriendo todos los dedos de las manos, aretes, pendientes, collares de oro y piedras preciosas.

La sección peletería exhibe también sus obras consistentes en colchas de vicuña, pisos de alpaca, folgos, carpetas, etc.

Los jardineros presentan una gran variedad de flores, desde los tulipanes, las orquídeas, juncos, copihues, lirios, fuccias, anémonas, camelias, hasta la clásica kantuta, toda una hermosa variedad floral cuidadosamente cultivada durante todo el año. Esta, es una de las más hermosas exhibiciones.

La Feria de Alasita, es sin lugar a dudas, la feria del colorido, de la originalidad, de la monería y del chiche bellamente presentado.



LA ÑUSTA AÑAWAYA

LA ÑUSTA AÑAWAYA

Añawaya, era una ñusta de la corte del Inca, belleza morena de quince abriles, tenía el cuerpo esbelto y juncal, grandes ojos negros, cabellera endrina y abundante, repartida en menudas trenzas, su andar garboso y lleno de gracia. Era la atracción de muchos mancebos de la nobleza, que suspiraban por ella.

No solamente era bella la ñusta, tenía fama de eximia tejedora. En la corte, tejía los más bellos **llauthus**, de lana de vicuña que las altas autoridades del incario, llevaban para las grandes ceremonias. Tejía también finas y multicolores hondas que eran disputadas por la legión de honderos, que se dedicaban a honderos. Nadie la igualaba en el arte de matizar los colores, y así, sus obras eran siempre perfectas.

Cuando el coro de **ñustas** dedicaba sus **kochus** al dios sol, la voz de Añawaya se destacaba por ser la más dulce, semejante a la de los **chihuancus** mañaneros. Noble y altiva, con natural elegancia, sin aliños, era la perfecta musa de la belleza india. Entre los mozos que la cortejaban, había uno, de apostura atlética, famoso hondero y habilísimo artista de la cerámica. De sus manos creadoras salían las más bellas vasijas y ánforas, tenía por nombre Huayna Tity.

Una de las grandes festividades de aquella época era el **Inti Raimi**, y el número saliente de los festejos el **llippy.**

La caza de la vicuña, pero no la cruel y sanguinaria que conocemos. Esta era una fiesta de arte, en que el hombre probaba a mano limpia su agilidad e inteligencia, junto a la bestezuela de sensibidad sutil y gran velocidad. Batallas sin trampas brutales, coreadas de carcajadas, y alegría. Este era el **llipy**, donde los jóvenes indios, al

son de **pututus**, y tamboriles cercaban en grandes círculos concéntricos, las **llipiñas**, estrechando cada vez más estos círculos, para coger vivas a las vicuñas, trasquilarlas y proveer de finos bellones, los depósitos del Inca. El torneo consiste en coger los mejores ejemplares, para ofrecerlos al Monarca, que en premio daba a elegir a los valientes vencedores, una ñusta de su corte.

Al llegar la comitiva real, con su larga corte, compuesta de legiones de honderos y **ñustas** ataviadas de sus mejores trajes y donde cada una tenía la esperanza de ser elegida por su amado cortejante. Miles de súbditos, salían a recibir a su Rey, encabezados por autoridades, entre ellos estaba el hijo del **Kuraca, Llamppu Chuyma**, uno de los pretendientes de Añawaya, a quien la moza amaba con devoción. La bella ñusta no tenía ojos más que para mirar al gallardo mancebo, muy diestro cazador de vicuñas, que esbelto y ágil, con sus músculos de bronce se disponía a disputar el premio ofrecido.

El Inca y su corte se ha situado en el trono estratégicamente preparado, para no perder nada del soberbio espectáculo.

Allí, está también el joven Huayna Tity, otro enamorado, con la esperanza de ganar el corazón de la ñusta de sus sueños.

Comienza la titánica competencia, las vicuñas con sus ligeras patas, pretenden zafarse del cerco humano, pero los hombres no les dan tregua, las atontan con gritos, silbidos y sonar de cencerros y tambores; las acechan para atraparlas de una patita, que es la táctica para asegurar su presa, mas, ellas que tienen resortes de acero, por nervios, zafan de las manos con sus sacudidas elásticas, propinando coces; algunas se yerguen sobre sus extremidades traseras, para vapulear con las otras al enemigo.

He aquí el primer vencedor, viene con el orgullo de la victoria, brillando en sus ojos, es **Llamppu Chuyma**, su primera mirada es para Añawaya, quien le corresponde con aplausos y le dedica la más dulce de las sonrisas. La concurrencia lo saluda con estruendosos **hallallas** que ruedan por el llano y mueren en los flancos de las serranías. En sus manos se agitan convulsa y desesperada, una hermosa vicuña que trae fuertemente asida por las patas y el cuello. El joven se prosterna, alegre y sumiso, ante el sitial del Inca, y le brinda su ofrenda.

—"Muy bien Llampu Chuyma, eres generoso y valiente, como tu nombre lo dice, y primer triunfador de la jornada. Escoge la ñusta que más te guste, hijo mío".

Llamppu Chuyma tembloroso y jadeante de cansancio y emoción, se acerca a Añawaya, la toma de la mano y la elige por esposa.

Ambos están muy alegres y felices, pues era el momento largamente esperado.

El segundo ganador fue **Huayna Tity**, que en medio de ruidosos aplausos llega también a presencia del mandón a presentarle la segunda vicuña, siendo invitado por éste, a elegir su compañera. Lleno de esperanza se acerca a Añawa, ésta en medio de una gran turbación, le hace saber que ya está elegida por el primer ganador del torneo. ¡Oh desilución! Huayna se retira con el corazón destrozado. Continúa la caza, siguen llegando los cazadores con sus regios presentes, en medio de gran alegría y clamoreo; siguen también eligiendo a las ñustas de su preferencia.

Pasada la trasquila, todas las vicuñas han vuelto a sus **llippyñas**. El cortejo del Inca se entrega al regocijo, **kachhuas**, variadas danzas, música y el fin de la jornada deportiva, la conclusión del **llippy**.

Huayna Tity, no conforme con su suerte, se prosterna ante el Inca y le solicita la gracia de un duelo a honda, con el ganador de Añawaya. El Inca accede a este nuevo torneo. **Llamppu Chuyma**, mozo valiente y vigoroso, acepta el reto de su rival.

Con el tórax y los brazos desnudos, provistos de hondas, en dos colinas distantes, con las piernas abiertas y la postura de gladiadores, se afrontan los dos rivales. El primer hondazo corresponde a **Llamppu Chuyma**. El guijarro pasa con trágico zumbido, muy cerca de la cabeza de su rival. **Huayna Tity** se apresta, hace girar en el aire su honda, y dispara el hondazo, es este tan certero, que dá en la frente de **Llamppu Chuyma**. Añawaya lanza un grito despavorido, la multitud aplaude de tanta destreza.

Manda el Inca a comprobar el triunfo, el hondazo había perforado el cráneo, introduciéndose el guijarro en él. El gallardo **Llamppu Chuyma** yacía tendido sin vida...

La comitiva se apresta a volver. Nadie ha notado la ausencia de **Añawaya**. Cuando ya habían recorrido larga distancia se dieron cuenta de la desaparición de la ñusta, todos se inquietan por su suerte, se destacan comisiones en busca de ella, pero nadie pudo encontrarla.

A la mañana siguiente, unos pastores hallaron el cuerpo sin vida de la hermosa **Añawaya**, tendida en el fondo de un precipicio, que daba a un riachuelo, parecía una muñeca rota. Una capa de nieve cubría el cuerpo como un blanco sudario.

Loca, desesperada, ante la suerte de su gran amor, apartándose de la comitiva y corriendo a la cumbre de **llippy**, se había lanzado al vacío....

HUARI KASAYA KALA THAKAYA

HUARI KASAYA KALA THAKAYA

En los bravíos riscos andinos, donde sólo habitan las vicuñas de gentil silueta, en medio de la paja brava hirsuta y punzante, única vegetación de las faldas de la perpetua nieve, que hasta el **pucu-puco**, huye en cierta época del año. Es allí donde se desarrolla esta bella fábula aymara.

Un anochecer invernal, cuando el cierzo helado y el viento ululante azota la pampa y el collado, con furia despiadada, una esbelta **huari**, con veloz carrera, cruza la pampa, va a cobijarse en su cueva, situada en lo más escarpado del risco, rodeada de rocas, por donde pendían numerosas candelillas de escarcha. La cueva semejaba un altar cubierto de armiño, es allí donde habita la vicuña. Al llegar cerca a su cubil, la orgullosa auquénida, cosa rara, tropezó con **Kala**, y deteniéndose airada, la increpó:

—Malvada, ¿qué pretendes al detener mi paso? ¿No ves que el frío y el viento están congelando mi respiración y deseo llegar pronto a mi refugio?

Kala lanzó una irónica carcajada de desprecio, y le dijo:

—Dicen todos que tú, la sin par y bella vicuña eres la más valiente para soportar el tajante frío de **jhuypy**, y ahora te veo correr despavorida al sentir que se aproxima. ¿No ves cómo yo estoy serena e inmutable a su paso?

La Vicuña, reina de la montaña, picada en su amor propio respondió indignada:

—Tú, pobre piedra, ¿quieres igualarte a mi? no tienes el poder de moverte, no tienes sangre ni respiración como yo, eres una cosa inerte, y por mucho que el cielo se caiga, tienes que estar allí, quieta,

inmóvil. Déjame partir, esta noche es una de las más frías que conozco en estas cumbres de nieves perpetuas, pronto llegará la helada. ¡Estoy segura que hasta tú le temes!

—Calla **huari cobarde** —dijo piedra—, espera un momento que no tardará en llegar y comprobaremos cuál de las dos soporta mejor el temible paso de la helada.

—Está bien, fanfarrona, acepto tu reto, —dijo **huari**— y voy a quedarme a tu lado, con tu misma quietud, y ya verás cómo aguanto el gélido y maléfico frío de la helada.

En ese instante, el viento anunció la llegada de **jhuypy**, que pasó mudo, fantasmal, invencible, lanzando su gélido bostezo. **Huari**, transida de frío y con la sangre casi congelada, lanzó un **kasaya**, especie de quejido angustioso. Kala gritó triunfante:

—Ya veo cómo has gemido al paso de la helada, en cambio yo tuve un ligero estremecimiento, pero soporté.

Bueno —dijo **huari-kala** insensible—, reconozco que me has vencido, pero no me voy sin antes prometerte que nos volveremos a ver muy pronto.

Otra noche, la segunda de cruel invierno serrano, en que **huari** volvía a su cubil, con los miembros ateridos, pasó cerca de su rival, la piedra.

—Oye —le dijo— mientras daba vertiginosas vueltas sin parar un segundo, ahora soy yo la que esta noche te reta a soportar el paso de la helada.

Kala aceptó el desafío, huari no dejaba de girar velozmente con sus patas sutiles y elásticas. Esperaron unos minutos, y la helada pasó siempre silenciosa, haciendo crugir la paja brava y electrizando la fina pelambre de la vicuña, momento en que ésta sintió un estallido y vió que **kala**, reventaba, en mil pedazos.

—Que les sirva de lección a las demás piedras como tú —dijo la vicuña.

Una glacial noche, **jhuypy** me hizo gemir, porque olvidé mi defensa, y otra noche igual, tú **kala** inerme has reventado de frío.

En esta leyenda se basa el clásico dicho aymara **HUARIKASAYA KALATAKAYA**, vocablos que significan las más crueles y crudas noches invernales de la serranía andina, en que las vicuñas lanzan una especie de quejido lastimero, y las piedras lloran y revientan de frío.

LA AUICHA

LA AUICHA

La **Auicha** es una deidad mitológica de primera magnitud. **La** abuela eterna, que habita en los profundos socavones de las minas, en cuyo seno se incuba la vida y la muerte.

Es la misma **Pacha Mama**, aunque ésta, es de la superficie terrenal, netamente agraria, diosa del agricultor, naturaleza pura.

La **Auicha**, como todas las divinidades, es celosa y voluble, llena de caprichos y veleidades como toda mujer. Tan pronto muestra magníficos filones de metal, como desaparece haciendo un burlón desvío. El minero la teme, pero, a su vez anhela conquistarla. La teme porque es él, el primero en hollar su virginal entraña, y en él descargará la **Auicha** sus venganzas de mujer violada. Eso lo sabe el trabajador del subsuelo, con toda seguridad, sin embargo espera resignado e indefenso, el día de sus iras.

La superstición de los mineros, es que en una mina, no debe ingresar jamás una mujer. Por eso a su deidad femenina, la veneran en la entrada del socavón.

El mismo día que los mineros, los labriegos, rinden culto a la **Pacha Mama**, yendo de chacra en chacra a hacer la **challa**, regando con unas gotas de vino, no licor, porque dicen que éste quema los productos. Luego entierran en un surco, como pago a sus beneficios, regalos que gusta la diosa tierra, y adornan las cementeras con papel picado y serpentinas.

Los mineros afluyen a la bocamina, al pie de la **auicha** que es una especie de vieja, totem hecho en yeso o piedra, como ante todo ídolo. Cada cual le adorna con flores, papel picado y obsequios de confites, y derrama a sus plantas sendas copas de alcohol. El que por descuido u otra causa no cumple con este rito ancestral, está expuesto a los castigos de la susceptible dama. A partir de ese día, el minero está completamente sugestionado, cualquier enfermedad o percance que le ocurre, lo atribuye sin vacilar al espíritu vengativo de la **Auicha.**

EL TIO

EL TIO

El **TIO**, espíritu malo, es un ente temido y fantástico, según la creencia del minero autóctono. Personaje diabólico que existe en el interior de la mina. Espíritu perverso y burlón, diestro en jugarretas y perfidias.

Según unos, el **Tío**, es el **sajra**, (diablo) según otros, es el minero legendario, el que se perdió para siempre en el laberinto de las galerías subterráneas, el que desapareció en cuerpo y alma, y está condenado a recorrer sin descanso el interior de la mina.

El minero está expuesto a encontrarse en cualquier momento con el **Tío**, por eso teme penetrar solo en la mina. Cuando se cruza en una galería a solas con otro, allá adentro, ambos deben saludarse: "Buenos días Tío".

Pues cada cuál supone que el otro, es auténticamente, el sombrío personaje de la mina. Y se saludan mezclando un poco de broma, a un inevitable secreto espanto apenas dominado. Y sin decir nada, cada uno huye del otro.

Para la superstición del minero, el **Tío** está siempre cerca de él. Se le oye tocar en la vecindad. Se percibe su respiración. Se queja como un hombre fatigado. El eco de los golpes del combo o de la picota, no es tal, es el Tío que está remedándole. ¿A ver quién lo pone en duda?

Se cuenta que un minero descreído, hombre culto, retornó en una ocasión, solo, a un socavón, en busca de una prenda que dejó olvidada, burlándose de los que trataban de detenerlo. Se extravió en las marañas de las galerías subterráneas, y contó que un minero en mangas de camisa, se dió a perseguirlo por todos los vericuetos del

socavón, y cuando estuvo cansado de correr despavorido por todas las galerías, cayó víctima de un síncope, y con una hemorragia nasal incontenible.

El maléfico personaje, lo condujo a una galería abandonada, donde a la mañana siguiente se lo encontró dando gritos y llamando al Tío, decía que con él pasó la noche y se quedaría allí, pues era su compañero y hermano. Señalaba un obscuro y húmedo rincón rocoso queriendo arrancar de allí al personaje.

No pudieron someterlo a la razón, tuvieron que ponerle el chaleco de fuerza; el infeliz descreído, estaba loco....

IRPASTA, SARTHASI Y THINKA

IRPASTA SARTASHI Y THINKA

Son tres aspectos de la vida social del indio.

Cuando los padres del joven casadero, van a solicitar la mano de una mujer para la esposa de su hijo, tienen el deber de llevar una buena cantidad de licor o chicha, para ofrecer a los padres de ésta, en vasos de plata bellamente labrados, que son los **tilinquis.**

En cambio, los padres de la joven, deben sacar sus mejores **llijllas** para tender en las patillas de barro, donde invitarán a sentarse a los futuros consuegros.

Si acaso cometen el error de usar prendas ordinarias, es tomado en cuenta por los peticionarios, que criticarán lanzándoles a la cara, y en forma de insulto, el momento oportuno. Igual ocurre cuando los padres del muchacho han empleado para la **thinka** un mal licor, una chicha mal hecha, o unos **tilinquis** de lata. La crítica salta incontenible, en forma de aguda ironía. Este acto de la vida social del indio, se llama **sarthasi**, sello indisoluble y sagrado, que los padres del autóctono, realizan antes del matrimonio. En este caso, la joven solicitada, debe demostrar también sus habilidades domésticas, preparando algunos alimentos, para invitar a los padres de su novio.

Si acaso se dilata, la segunda etapa después del petitorio de mano, el novio le canta:

Aukimasay taykamasay	A tu padre y a tu madre
Thinka churataua	Ya les pedí tu mano

Luego viene el **irpasta.** De mutuo acuerdo los padres, parientes y amigos de la pareja, preparan una fiesta, en la que se bebe abun-

dantemente, arman una algazara deliberada, mientras el novio y sus amigos rodean la casa y, en un momento dado, raptan a la novia. Luego, el prometido tomándola de la mano, se la lleva a todo correr, a través de campos y chacras, al compás de pinkillos y tambores, cantando el **irpasta:**

Irpastay, irpastay	Me llevo, me llevo
Janko urppilita irpasta	Una blanca palomita, me llevo

Cuando los padres de la muchacha se dan cuenta del rapto, simulan impedirlo, luego vuelven a la casa y continúa la fiesta con danzas y cantos al compás de la música del **irpasta.**

Después del **yantty,** dos o tres años de vida marital que lleva la pareja, y tiene hijos, viene recién el **askicho,** es decir, el matrimonio con todas las reglas. Si en el tiempo que dura el **yantty,** (prueba) la mujer no demuestra aptitudes para los quehaceres domésticos, el chacarismo y el pastoreo, el hombre puede abandonarla a su suerte, aunque ésto ocurre muy rara vez. El indio tiene sentido elevado del compromiso, y lo cumple a costa de cualquier sacrificio.

MATRIMONIO CAMPESINO

Las ceremonias matrimoniales del campesino son muy diferentes según las zonas.

Voy a narrar el matrimonio en los valles próximos a Sorata, que tuve la oportunidad de presenciar.

Cuando los padres han concertado el matrimonio de sus hijos, se elige los padrinos, que son siempre autoridades de la población, patrones o gente influyente o adinerada.

El día indicado se presentan en gran caravana con la **aptha**, cargamento de quince o veinte mulas cargadas de leña rajada, un sinnúmero de campesinos que hacen el **ayni** (reciprocidad) consistente en tachos de leche, huevos, fruta, pollos, conejos, etc. Los padres y los novios ofrecen la **aptha** a los padrinos, quienes agradecen y reciben a todos con muestras de simpatía, luego les convidan bebida y comidas.

Para el matrimonio, llegan los novios a la población montados en mulas junto con sus padres, familiares y séquito de acompañantes.

Antes de trasladarse al templo, se procede a la ceremonia de peinar a la novia; se actúa en la forma siguiente: en un plato, circula la **ñajcha**, peine que primeramente toman los padrinos y hacen ademán de peinarla, aconsejándole: "tienes que ser esposa sumisa y trabajadora", luego los demás, "tienes que ser ahorrosa y buena madre", "tu deber es atender a tu marido con cariño", "tienes que ser resignada y fiel", etc.; así sucesivamente hasta concluir con toda la parentela y amigos más allegados. Luego se trasladan al templo y se cumple la ceremonia del matrimonio. De vuelta, en la casa de los padrinos, comienzan las felicitaciones a los novios, padres y parientes, coreados de **hallallas**. Aquí se realiza otro acto de **ayni**, cada matrimonio cuelga en el cuello de los novios un par de **pillus**, roscas pequeñas de pan decorados con azúcar, llamados **laua rosquetes**, atados a cada extremo de un hilo y con mistura abundante.

Es tradicional la costumbre de que la madrina no debe apartarse de la novia, porque dejándola sola, un maligno o demonio puede influir en su alma, para que sea una mala esposa. Da la impresión de que el indio vive a nivel de pesadilla.

El grupo de tocadores ejecuta sus instrumentos, **pinquillos, huancaras**, y comienza la danza. Se divierten todos hasta el anochecer, finalmente, se van en gran pandilla con sus músicos por detrás. Es obligación de los padrinos, acompañar a los recién casados, hasta el río próximo, allí toman sus cabalgaduras y vuelven a **su ayllu**, a continuar la fiesta.

COSTUMBRES ALDEANAS

LA PASCUA

La festividad de Pascua, en las aldeas, son acontecimientos que se celebran con una serie de costumbres suigéneris, diferentes de una a otra zona.

Voy a narrar la que he visto en la provincia de Larecaja:

Al acercarse la festividad de Pascua, los niños tienen por obligación sacar de los **kaktu** una película finísima, parecida al papel celofán para hacer hermosas flores blancas y con ellas adornar los altares y las andas con que saldrá en procesión, el día Viernes Santo la imagen del Señor.

En una anda especial, arreglada con plantas de maíz, colocan a un santo y la gente, especialmente chiquillería, en son de burla, le hacen corretear por calles y plazas. Es el **kari–tatitu**, santo mentiroso que negó a Cristo según la Biblia y los cristianos pueblerinos sancionan en esa forma a Judas Iscariote.

El testamento de Judas: Fabrican un muñeco grotesco imitando a Judas, lo colocan en medio de la plaza, luego se da lectura a su testamento, ¡una pieza de lo más graciosa!

Yo, Judas Iscariote, en este solemne momento de mi expiación hago mi testamento: dejo a los pobladores las pilas sin agua, para beber. Dejo asimismo a las doncellas, mi especialidad: la traición, para que hagan gemir a sus amantes.

A los agricultores dejo las sementeras llenas de cizaña, para que la arranquen con sudor y trabajo perseverante.

Las costureras me heredarán ovillos de hilo para que se enreden en ellos y no acaben jamás sus obras.

A los albañiles dejo la manía de apoderarse de los materiales, pero que, luego éstos se conviertan en ceniza.

A los zapateros dejo la habilidad de machacar la suela sobre sus rodillas sin lograr aplanarla y más bien ésta se esponjará cada vez más.

A los bebedores dejo la chicha de todos los cántaros vacíos, para que beban el agua de los ríos, etc., etc.

Luego de leído el testamento, a las doce del día domingo de Pascua, momento de la media misa, que las campanas tocan a vuelo, y Cristo resucita, se oyen camaretazos, es que Judas ha reventado de rabia por su traición.

EL CORTE DEL CABELLO

(Murusi)

El primer corte de cabello del niño indio es toda una ceremonia que se realiza en la forma siguiente:

Los padres del niño nombran padrinos, luego sentados en círculo, padres, padrinos y parientes liban licor y mastican coca, que circula en **tilinquis, chuspas** y **taris,** respectivamente, es una ceremonia ritual seria.

El primer mechón de cabello que es el más abundante, pues lo han dejado enmarañarse, deliberadamente, a esto llaman **kolayu,** lo cortan los padrinos, lo depositan en un plato de barro con mistura y confites, junto con una buena cantidad de dinero. Luego van cortando los demás mechones, las personas concurrentes a la ceremonia según la impotrancia de ellas, depositando siempre dinero.

Una vez terminado el acto del **murusi,** los padres recogen el plato, cuentan el dinero, lo guardan junto con los mechones para entregarlo cuando el niño cumpla su mayoría de edad, a fin de que sea la base económica de su hogar para cuando se case. Agradecen a los padrinos que desde ese momento son sus compadres, reconocen el parentesco espiritual, todo muy ceremoniosamente accionando con los brazos en acto de gratitud.

Los concurrentes, con **hallallas** en coro, desean felicidades al niño. Siguen bebiendo en forma más íntima y familiar, pues la escena seria, ha llegado a su fin.

TODOS SANTOS

La festividad religiosa de Todos Santos que está inscrita en el calendario católico, tiene mucho arraigo en el autóctono, porque los conquistadores tuvieron especial interés en difundirla, pues redundaba en beneficio de su economía.

Los jesuitas del coloniaje transmitieron con interés preferente la convicción de la supervivencia del alma, de ahí que el indio asociando esto a sus propias creencias, que son abundantes, ha hecho una verdadera mezcla del culto de la salvación de las almas.

La nueva vida, que comienza el alma del difunto, requiere los utensilios domésticos que el indio entierra junto al cadáver que va a dirigirse a reinos imaginarios.

En Todos Santos hace grandes erogaciones para cumplir con hacer rezar para la salvación de las almas, particularmente cuando es corto el tiempo de la muerte que llaman **junthu**, hacen inmensas cantidades de masas que llaman **ofrendas**, panecillos imitando formas diversas: pájaros, llamas, caballos, estrellas, **thantahuahuas**, todo decorado con pinturas vegetales. También hacen biscochos, empanadas, pasteles, etc., con los que piden rezar a las personas de mayor categoría. Viajan a las zonas yungueñas en busca de fruta; naranjas, piñas, papayas, lo que no debe faltar es la caña de azúcar, que es clásica en esta festividad. La chicha o refresco de maíz morado, es imprescindible. El plato clásico es el picante de **arvejas**, con todo ello hacen rezar por el alma de sus difuntos, con los visitantes.

Las misas para las almas son reservadas con anticipación, en el pueblo más próximo. Los curas se trasladan al cementerio, con su sacristán, que es el portador del agua bendita, allí recita responsos ininteligibles asperjando las tumbas con el agua bendita, la cosecha de dinero en misas y responsos es abundante.

En las poblaciones, hay la costumbre de enviar a las familias un azafate lleno de masas, fruta y una jarra de chicha morada, con el encargo expreso de que recen por las almas de sus parientes. En el agro, todos los comestibles son trasladados al cementerio y dispuestos sobre las tumbas, no falta allí una cabeza de llama que dicen proteje a sus almas, allí concurre la numerosa caravana de rezadores provistos de bolsas donde van acumulando el producto de sus oraciones hasta finalizar con estas palabras: "que el alma reciba la oración", luego, derraman unas gotas de agua bendita.

Los rezos son algo cantados en un castellano completamente aimarizado que casi no se llega a comprender, así el rezo dedicado a los ángeles (niños) que se llama **arura**, hacen cantar para destacar la significación espiritual:

Arura, arura
luria arura
pfurura, pfurura
luria pfurura.

Que querría decir más o menos:

Adora, adora
flor de la gloria
flor pura, flor pura
flor de la gloria.

Los indígenas que han logrado asimilar algunas palabras o cantos en latín son muy apreciados. Estos recitan unos galimatías completamente híbridos, es decir una mezcla de aimara, castellano y latín; pero estos rezadores de categoría, ganan más.

El día primero de noviembre, llegan las almas a las doce del día y las despiden el día dos a la misma hora. He oído, entre los campesinos, en charlas, comentar que han visto irse a las almas muy contentas congratulando por ello, a las familias que tenían muertos recientes. Son ritos tradicionales de mágica evocación del autóctono, mezclados con los preceptos católicos. La cebolla juega un papel importante en esta costumbre, creen que las almas están sedientas y que en los tubos verdes de la flor de la cebolla, ellas llevan agua para su sed, de ahí que para esa época dejan florecer los cebollares, cuyos tubos son solicitados para llevarlos al cementerio, pues el indio vive a nivel infraconsciente, de ahí que tienen creencias raras.

Cuentos y Narraciones

CHIJCHIPA

CHIJCHIPA

Chijchipa, era el alumno más pequeño de la escuela aldeana, pero el más vivaracho y decidor. Su menuda figura y sus grandes ojos de mirar azorado, hacíalo atrayente. Venía de una estancia de comunarios perdida en la pampa. Su mayor habilidad consistía en narrar cuentos en la lengua de sus padres. Y vaya si sabía hacerlo con gracia. Con una ingenuidad tan bien injertada de picardías, que hacía a su auditorio reir con inmensas carcajadas. El más bonito cuento de su repertorio, era el de un viejo apodado: **Chijchipa**, socarrón y mañero, como los hay entre los indios. El caso es que el pequeño fabulista, se quedó con el nombre del personaje de su relato: **Chijchipa.** Nadie lo llamaba de otra manera. Y todos se morían por escucharlo.

Acercábase la Navidad. La maestra les había contado la dulce leyenda del Niño Jesús. Les enseñó a entonar unos cándidos villancicos, en que iban mezclados el aymara y el castellano. Los niños acicateada su imaginación, la acosaron con preguntas.

—Señorita, y ese niño Dios ¿sabe comer?... ¿Duerme como nosotros?...

—¡Pero cómo se te ocurre!... El está en el cielo.

—Pero si está en la iglesia. Debe ser su madre esa linda señora con ropas bordadas y joyas.

—Señorita —dijo otro— yo quisiera tocarle con mis manos — ¡Nó! respondió su compañero — ¡Con tus manos sucias!

Chijchipa, que había escuchado en silencio, pero sin perder una sílaba intervino al fin.

—Yo me lavaría bien mis manos, para tocarle al Niño. Su piel debe ser suavita como la flor del haba.

—Bueno, y ¿cómo te quitarías el color negro de tus manos? — le preguntó alguien.

—Yo sabré cómo... Me las pintaría con tierra blanca, que hay en mi estancia — replicó Chijchipa entre serio y burlón.

—Tal vez, se concretó a decir el otro.

Luego trajeron a cuento la adoración de los animales en el pesebre de Belén; Chijchipa, como siempre llevaba la batuta.

—¿Saben cómo dijo el gallo? — Remedando las voces: Cristo naciooooooo... Ahora el chivo; en ¿dónde?... El cordero: En Belén... El burro: Vaaaaamos, vaaamos. Pero el cochino gruñó, no no, no.

Sus imitaciones resultaron graciosísimas.

De vacaciones ya, Chijchipa pasaba sus días en la estancia, pastoreando su rebaño de ovejas. Sus cuidados dedicábalos a los corderitos mamones. Había que asistirlos en sus primeros pasos. Llevarlos en las manos. Obligar a la madre que les diera su leche.

Se encariñó particularmente con uno, el más débil y el más blanco. Comparábalo con la nieve, acabando por bautizarlo con el nombre de Kjunu, y durante las treguas que podía darle su indisciplinado rebaño, Chijchipa tendido sobre la yerba y con el cordero de su predilección, recreábase cantando sus extrañas canciones de la Navidad rural.

Tarhui, tarhui
tarhui pankarita,
En el cielo y en la tierra
habas pankarita.

Este niño viejo,
cada año nace
en su chiji pampa
huisttiqui, huisttiqui.

Su imaginación se entretenía en el nacimiento del Niño Jesús. Ahora recordaba el cuento de los reyes magos llevándole regalos, guiados por una estrella amorosa, en el camino de Belén... El nombre sonaba a misterio. ¿Dónde será aquello?...

A Chijchipa se le dió por escrutar el cielo, en las noches claras, quería descubrir la estrella. ¿Cuál podía ser?... Y de tanto pensarlo, anhelaba que una fuera suya, chiquita como para él, le hablaría. Le pediría que lo guiase a alguna parte. No sabía a dónde...

Llegó la noche buena. Chijchipa tardó más de la cuenta en volver a la casa... Se entretuvo en los campos, obsesionado por la estrella de su pensamiento. La cabeza se le iba llenando de fantasías. Sus grandes ojos brillaban con una rara inquietud.

Comió de mala gana. Tenía prisa por acostarse con **Kjunu** a su lado. Nadie hizo caso de él. Vino el silencio. Pero Chijchipa, velaba. Y al advertir que todos dormían, levantóse como un sonámbulo, tomó a **Kjunu**, y salió hacia la desolación de la llanura. Iría hasta un arroyo a poner en obra un ideal suyo. Era la de lavarse el rostro y las manos con tierra blanca, para hacerse digno de mirar y tocar al Niño Dios que nacía aquella noche.

Caminaba, caminaba... Sin llevar en cuenta los guijarros y los pinchos de la paja brava, ni el frío ni la fatiga. Sus ojos parecían pegados, clavados en la estrella, ¿alucinado? ¿Qué lo llevaba? A ratos, el cuerpo se estremecía de extraña manera. Era el ulular del viento que llegaba a sacudir su alma.

Siguió pues su camino sin rumbo, apretando maquinalmente su preciosa carga.

El cielo comenzó a cargarse de nubes, arreciaba el viento. Presagio de granizada.

Chijchipa se sentó junto a una piedra, para protegerse del huracán y defender a **Kjunu**, que parecía adormecido. De súbito se desató la tempestad de nieve...

—Viene el Achachila — dijo el niño, como si acabara de despertar. Se levantó para buscar el camino del hogar. Recobrábase de su locura. Ahora correría. Pero la tormenta era horrible. Los sembradíos estaban duramente castigados. De seguro que en los caseríos, salieron los indios a ahuyentar al Achachila...

Chijchipa estaba desorientado. Los relámpagos, en vez de señalarle el camino, le dejaban ciego. Además todo estaba cubierto de un manto blanco.

Corrió, sin saber a punto fijo dónde estaba su casa, su estrella estaba perdida. Invocó al Niño Dios, pidiéndole su salvación...

Cuando aclaró el día, los padres de Chijchipa, notaron su ausencia. Como era muy madrugador, posiblemente estaba ya en el aprisco, chochando con su cordero. Pero no; no parecía. Dieron gritos llamándolo. Y nada. Fueron a las chozas vecinas, nadie lo había visto. Finalmente el padre se encaminó a la aldea. Tampoco sabían nada...

Al atardecer, otro pastor halló a **Chijchipa**, yacían él y Kjunu, junto a una mata del pajonal. Blanquísima mortaja cubría los dos cadáveres. El niño tenía los ojos abiertos, muy abiertos, como si éstos buscaran aún la ilusión perseguida.

Y así el indiecito habíase ido de este mundo, con el pensamiento en el Niño Dios y para acercarse a El se maquilló de blanco.

EL CIEGO BENICO

Benico era un personaje muy conocido de la aldea, muchacho ciego de nacimiento y lisiado de ambas piernas, caminaba penosamente en forma grotesca, porque también sus pies estaban carcomidos por cierto parásito que se interna en la piel humana (nigua), tenía los brazos largos que colgaban como los de un simio, la cabezota levantada y en constante movimiento giratorio, como buscando la luz con sus enormes ojos abiertos, el cuerpo cubierto de giras no reunía ningún atributo de simpatía, era, no obstante, el muchacho más popular y querido de la aldea.

Los niños de su edad lo consideraban y le tenían un sincero afecto porque les inventaba juegos novedosos. Su sitio de reunión era debajo del frondoso y corpulento ceibo que crecía en el centro de la plaza.

En las noches de luna abundaban los cuentos de malignos, fantasmas, brujos, aparecidos, etc. El juego favorito de Benico eran los bolos, hacía con ellos una especie de prestidigitación, arrojándolos al aire en distinta dirección y volviéndolos a recoger con suma destreza, tan sólo guiándose por el sentido de la orientación que lo tenía muy desarrollado. Variadas y asombrosas eran las pruebas que sabía, con bolos y botellas de madera que él mismo fabricaba, pintándolos de colores vistosos, pues por el sentido del tacto sabía también diferenciar los colores.

Inducía a la chiquillería a dar veladas de circo, enseñándoles pruebas y amaestrando animales.

En su lengua nativa solía cantar bonitas tonadas, graciosas y picarescas, era pues el jefe de todos los juegos y correrías de los niños de su edad, que no pasaban de los diez años.

En el hermoso templo del pueblo se veneraba una bella y milagrosa imagen, la Virgen de la Estrella, donde los devotos y feligreces acudían en grandes romerías, la historia y tradición del milagro era muy conocida, fue la aparición de una estrella en la frente de la imagen, de ahí el nombre de la Virgen de la Estrella.

Benico no era ajeno a la veneración de la imagen, asiduo concurrente a misas en las que cantaba las letanías y muchos cánticos religiosos. Con gran respeto y recogimiento pasaba horas enteras al pie del altar, sabía cómo los devotos católicos le hacían ofrendas de mantos hermosos, joyas, limosnas en dinero, zahumerios de incienso encendido de sendas velas, etc. El no podía obsequiarle nada a su **mamita** como la llamaba, y sufría por eso.

Una tarde que se encontraba solo a los pies de la imagen se le oyó conversar con Ella —le decía— Mamita, todos te traen cosas lindas y sabes que yo no puedo ofrecerte nada, pero hoy he traido los bolos para regalarte con mis mejores pruebas —y en actitud solemne comenzó a ejecutar una serie de juegos de destreza, ante el deleite pintado en el rostro de la Virgen, que en ese momento tenía una bella sonrisa.

—Mira esta prueba — le decía. ¿Te gusta?

—Esta otra es más linda ¿ya ves?

—Qué hermosas me han resultado y sé que te han gustado, no he fallado ninguna, he ejercitado mucho porque eran para vos.

Y con los grandes ojos de blancor lechoso bailándole de emoción ejecutaba sus admirables pruebas para la imagen de su devoción, mostrando suma habilidad.

Extraño y delicado homenaje del infeliz ciego y lisiado, creyente y devoto sincero e inocente, que brindaba su pueril juego, ofrenda de adoración a la Virgen de la Estrella de su aldea, quien inundaba su alma con el soplo de la fe y el amor que fortalecía su vida trunca de niño ciego e inválido.

LA KALINCHA

Una infeliz campesina viuda de un minero resolvió, como única salvación, emigrar a la ciudad para buscar su sustento y el de su hijita Kusi de corta edad.

Después de una prolongada y deprimente espera, sentada en el helado suelo, en horas de la madrugada, se embarcó en un camión. Se marchaba al acaso, sin una vaga idea de lo que le ofrecería la ciudad, tan temida por los suyos.

Ya en la ciudad y pasados algunos días de vagar sola y abatida por calles y avenidas cargada de su hijita, una buena mujer la tomó para que la colaborara en la venta de periódicos.

Kusi la ayudaba cuidando el puesto de venta, mientras la pobre mujer, trataba de correr pesadamente, de un lado a otro pregonando los periódicos, no le importaba hacer el ridículo ante la gente que le escuchaba, pues hablaba un castellano aymarizado que movía a risa.

En la tarde, rendida de cansancio llegaba al pequeño cuarto de una portera, otra mujer suplementera mujer caritativa que temporalmente le ofreció refugio y la inició en el oficio de **canillita.** Fueron eternas las noches de frío, de hambre y de soledad que vivieron madre e hija.

Kusi creció y fue ella la que andaba voceando los diarios, los muchachos **canillitas** haciendo gala de correr y vender más ella quedaba siempre rezagada porque sus pequeñas piernas no le alcanzaban para igualar a los mayores.

Pero, el tiempo no pasa en vano y la niña voceadora creció y aprendió a correr haciendo verdaderas competencias con los varones, vendía los periódicos con mayor rapidez que los muchachos, éstos picados en su amor propio comenzaron a ridiculizarla poniéndole una gama de apodos: **kkomeruchu, orkochi, kalincha,** etc., empero, con el

que se quedó fue el de **Kalincha** y nunca más se la nombró de otro modo.

Era tan ágil la **Kalincha**, que al final, corría más que sus compañeros, con quienes competía en verdaderas, carreras, para vender sus diarios. Tenía sus parroquianos en hoteles, oficinas, tiendas comerciales, casas particulares, etc.; los canillitas se quedaban chicos ante la habilidad y destreza de la **Kalincha**.

Jovencita ya esta voceadora, fue el personaje más popular de la ciudad, por su habilidad comercial, su gracia, simpatía, desenvoltura y buenos modales, para conquistar a sus compradores, era además pizpireta y vivaracha, no se achicaba ante nadie.

Los muchachos del gremio no tuvieron más remedio que rendirse ante la evidencia, la **Kalincha** era buena compañera, activa, trabajadora y llena de buenas cualidades, llegaron a quererla y tolerarla en sus juegos masculinos, ya que era una canillita más.

Físicamente, era una niña morena, pálida, desgarbada, delgaducha, con las piernas largas y siempre desnudas porque el pobre trajecito que llevaba no llegaba a cubrirlas.

Para estar a tono con los muchachos, no se cuidaba de decir palabrotas entre ellos, asimismo hablaba la jerga que empleaban éstos y lo hacía con más modismos, en forma por demás graciosa. Pregonaba los titulares de la prensa con voz amena y cantarina.

En los juegos de bolas, trompos, pelota, chocas, **tunkuña**, etc., no había quien la ganara. En las competencias que organizaba con los muchachos de otras zonas, su bando salía siempre ganancioso. Era pues apreciada y querida por todos los **canillitas**, porque además, entendía de solidaridad y llevaba la voz autorizada representando al gremio en caso de defender a sus compañeros de trabajo.

Kalincha conoció en un hotel a un turista extranjero que con frecuencia visitaba la ciudad, era su cliente, ella lo llamaba "el mister", hombre de gran figuración en su país, que llegó a estimarla y se prendó de la Kalincha, por sus dotes de inteligencia, vivacidad y audacia, la llamaba la "señorita Komer", que le venía de su apodo **Komeruchu**. El extranjero la hizo su esposa. **La Kalincha**, inició su figuración en los círculos sociales de un país del norte y hoy es una dama que forma un hogar respetable con numerosa descendencia.

JACOBA LA AGORERA

El paisaje se adormecía en la tranquila serenidad valluna, cuando Jacoba, la muchacha campesina corría a campo traviesa en medio de los rastrojos del maizal, iba a esa hora del crepúsculo a un túmulo rústico en medio de unas rocas negruzcas, lugar secreto para adorar su ídolo.

El fetiche era de piedra negra que tenía semejanza a una madona india, era la **auicha** divinidad ancestral de la raza aimara, delante de la cual Jacoba se postra de hinojos y comienza a orar con los brazos levantados, invoca, pide su protección, luego cae en una especie de pasmo. Sale de él con los ojos desorbitados, como una sonámbula, llena la mente de mensajes y augurios.

En la estancia campesina, compuesta de agricultores y leñadores se la conocía como agorera, clarividente y curandera era siempre consultada para adivinar el futuro y predecir venturas o calamidades, los indígenas acataban con entera fe sus predicciones. **Cobita**, como la llamaban cariñosamente, era una muchacha atrayente y bondadosa como no ocurre con las personas dedicadas a estas actividades. Muy querida en la estancia campesina.

Inspirada por la deidad que veneraba, casi siempre sus predicciones y agorerías se cumplían, curaba con eficacia porque conocía la herbolaria medicinal.

La última tarde volvió del túmulo con la desesperación pintada en su rostro, auguraba que una gran desgracia ocurriría en la estancia.

Dos jóvenes campesinos gemelos, Diego e Hilario, iban a cortar leña una hermosa mañana del valle norteño. Muy temprano se pre-

pararon para salir en dirección al cercano monte y comenzar su trabajo. Diego, armado de su hacha, había partido ya, Hilario, algo rezagado, entró a la cabaña en busca de su herramienta y grande fue su sorpresa al encontrar a dos grandes serpientes, que en estado de celo, se retorcían en su cama, en la forma más espantosa.

Alarmado y furioso a la vez, se lanzó el leñador para acabar con las intrusas, y cubriéndose las manos con trapos, las cogió con la fuerza formidable que da la cólera irrefrenable, las arracó por la mitad dejándolas inertes.

Muy impresionado hizo conocer el hecho a Cobita, con quien se encontró en el trayecto al monte, que llena de miedo supersticioso lloraba entre grandes sollozos pues sus augurios se iban cumpliendo.

Los dos leñadores trabajaban con el vigor y fuerza que da la juventud, pues tenían que llenar un pedido, en el mismo día, en la aldea cercana. Estando en lo mejor de la faena Hilario cayó de largo, como fulminado por un rayo, Diego corrió al verlo riendo y acusándolo de burlarse de él, festejaba con carcajadas, la forma realista cómo su hermano hacía la farsa, haciéndose el muerto, empero, al comprobar que realmente estaba sin vida, quiso correr a la estancia a pedir socorro, y al dar algunos pasos, cayó también muerto...

Las serpientes agoreras, portadoras de tamaña desgracia fueron incineradas con ritos especiales. La población campesina hizo rogativas, pagaron con **challas**, a la madre tierra, (Pachamama) practicaron exhorsismos en los campos y en el monte, donde cortaban la leña, los niños eran azotados con varillas verdes para que sus ayes y lamentos fueron escuchados y despertaran la piedad y el perdón de sus dioses tutelares, cuyo enojo había tronchado dos vidas jóvenes, muerte que era el tributo, **la paga**, a los beneficios que les proporcionaba la madre tierra.

Los pobladores quedaron poseidos de pánico por el cruel castigo, a esto se añadió la desaparición de Jobita, la muchacha agorera, el dolor fue una especie de enfermedad colectiva, se movían como sombras, la alegría había huido del risueño valle. El duelo y el llanto duró mucho tiempo.

Hoy recuerdan con horror aquellas desgracias pronosticadas por Jobita y el fatal augurio de las serpientes muertas por el leñador. Después de larga búsqueda se supo que Jobita, la muchacha agorera, se había despeñado porque no pudo resistir tanto dolor, pues Hilario, uno de los leñadores muertos, era su prometido.

WARANKA, EL JARDINERO DE LA VIRGEN

WARANKA, EL JARDINERO DE LA VIRGEN

Hace muchos años, en una de las frecuentes peregrinaciones al Santuario de Copacabana, deambulando por sus abruptas serranías llegué a un sitio rocoso, donde deteriorada por la acción del tiempo, hallé una construcción, tal vez milenaria, un gran semicírculo de asientos o tribunas talladas en roca viva, que tiene la apariencia de un cenáculo, construído, quien sabe si para deliberaciones de gran trascendencia o para el juzgamiento de delincuentes. El asiento central, es más alto, da la idea de haber pertenecido a la autoridad que presidía este tribunal, los demás son iguales, repartidos en tres graderías.

Este sitio hace remontar el pensamiento a épocas pretéritas, en las que los antepasados tenían una moral más rígida y elevada que la nuestra, que los delitos eran castigados en forma inexorable, por jueces justos y probos. Una serie de hipótesis y conjeturas invade la mente, al contemplar la naturaleza de estos parajes, donde el viento canta misereres que tienen remembranzas de tiempos gloriosos, mientras **Inti** borda poemas de luz, en el soberbio paisaje de contrastes geológicos.

Las grandes romerías que concurren al santuario, han dado en llamar este sitio, el Tribunal del Inca.

Ascendiendo más la serranía, y en paraje casi inaccesible, se encuentran dos farallones enhiestos, plantados frente a frente; separados por corto espacio, se ve claramente que al centro, en la parte superior, hubo otra roca transversal de menores dimensiones que los unía. Este es un sitio que impresiona de manera especial, y da la sensación de haber sido una horca, por eso la denominan la Horca del Inca.

La imaginación popular, ha reconstruído una historia, que tiene mucha lógica. Se dice que en épocas del Incario, el emperador formaba tribunales para juzgar los delitos de sus súbditos, y luego de ser sentenciados, en el pétreo cenáculo, por jueces severos, eran ejecutados en la horca rocallosa, adaptada o construída para el efecto.

La serranía que queda al poniente, tiene majestuosa grandiosidad, su base está bañada por las aguas del Lago Sagrado. De allí se domina toda la bahía de Copacabana, y lejanas islas de leyenda que tiene el Lago Titicaca. El Lago, de colores cambiantes, la majestuosa cordillera andina que semeja una ronda gigantesca de montañas con los brazos entrelazados, cuyo fondo es un cielo de puro e intenso azul, que en las tardes se engalana con el cromatismo ígneo de sus flamígeros ocasos.

Son sublimes panoramas emanados de la conformación geográfica de esta tierra privilegiada por la naturaleza, digno escenario del pasado fastuoso de la "Raza de Bronce".

Este paraje de gran belleza y opulenta tradición, eligió nuestra Virgen India, para su santuario. Es allí, a Copacabana donde toda Bolivia, se vuelca, en los meses de verano, es a ese templo tradicional, a los pies de la Madrecita Morena, donde los bolivianos depositan sus penas y cuitas; es a Ella a la que abren su corazón para confiarle pesares y secretos. Sólo a Ella se rinde este pueblo rebelde, y con lágrimas en los ojos le pide perdón de su vida tormentosa, sólo Ella es depositaria de sus íntimos dolores.

Allí en un lugar solitario y oculto por las rocas, hallamos con gran sorpresa, una chocita rodeada de un pequeño jardín muy bien cuidado, donde predominaba la kantuta, con sus sangrantes racimos de flores; su morador era un indio apellidado Waranka, y con afabilidad, le hablamos en su lengua nativa, ¡cosa extraña! el campesino que es siempre huraño, nos corresponde en la misma forma, luego nos cuenta que no es del lugar, pero que debido a un milagro de la Mama de Copacabana, se había radicado allí; era increíble que en aquella altura rocosa y árida de clima glacial, y vientos helados, existiera ese vergel de flores tan lozanas y frescas.

Aguzada mi curiosidad, le pregunté de dónde era y qué milagro le debía a la Virgencita. Waranka, con serena tranquilidad, narró su historia:

—Yo soy de Inquisivi, de una estancia llamada Sury Phfuyo —nos dijo— trabajaba en el cultivo de mis tierras, y posteriormente en un mineral cercano. Un día que me hallaba en el interior de la mina, me cayó una piedra en la cabeza, y sólo sufrí una conmoción y atur-

dimiento. Me alegré de que el accidente no tuviera mayores consecuencias, pero noté que paulatinamente iba perdiendo la vista, de tal manera que pasado un tiempo, ya no veía nada. Fuí suspendido de mi trabajo, volví a mis pagos y mi vida se hacía imposible, porque era una carga inútil para mi familia. Una noche soñé con una mujer india que tenía su hijo en brazos, viéndome tan afligido, se me acercó y poniendo una mano en mi cabeza mostrando conmiseración, me habló:

—Vente conmigo hijo mío, yo voy a curarte con las aguas que tengo en mi pueblo. A la mañana siguiente desperté muy impresionado, y conté mi sueño, los que me oyeron se apresuraron a decirme:

—Es la mamita de Copacabana que tiene sus aguas sagradas en el Lago Titikaka, es ella la que te ha hecho ese presagio.

—Desde ese momento tuve la obseción de visitar a la virgencita de Copacabana. Haciendo muchos sacrificios, hice la peregrinación hasta aquí, a pie, esa era mi promesa; llegué en quince días, entré al templo postrado de rodillas lloré todas las lágrimas de mis ojos sin luz, implorándole que me devolviera la vista, por lo menos parcialmente. Luego le prometí quedarme a su lado para siempre, y cultivar un jardincito donde tendría flores frescas todo el año. Cuando la había hecho depositaria de mis penas y angustias, me fuí al lago para lavar con sus aguas, mis ojos sumergidos en eternas tinieblas. Dos veces al día iba a tientas, muy penosamente, del templo al lago, y cuál no sería mi sorpresa, el quinto día, al dirigir mis fervorosas oraciones y mis súplicas llegué a ver el rostro de la virgencita, era el mismo de la mujer de mi sueño. ¡Oh prodigio! Salí del templo y subí de rodillas al calvario, y en esa atalaya de la fé, dí gracias a mi mamita de Copacabana.

Al concluir, Waranka se enjugaba, con su gorro de lana, abundantes lágrimas de fé y amor dando fin a su relato.

Ahora cumplo mi promesa y cuido sus flores todo el año, vivo como me ven ustedes, soy uno de sus hijos, no me hace faltar lo que necesito, y quiero acabar mis días como jardinero de mi madrecita de Copacabana.

Esta es la historia del sencillo indio Fausto Waranka, que me emocionó profundamente, y pensé como el poeta, "al soplo de la fé la montaña camina".

GERARDITO CHAMBI

GERARDITO CHAMBI

Gerardo Chambi, era alumno de una escuelita aldeana del altiplano. Muchachito de nueve años de edad, inquieto e investigador de los secretos de la naturaleza serrana. Corría por los campos y pajonales, en busca de nidos de perdíz y de **pucu-ţuco;** trepaba a los añosos **kellis** del atrio del templo pueblerino, en busca de huevos de **kurukutas** y gorriones. En primavera iba ansioso por los campos cubiertos de blancas florecillas, tenía especial predilección por la fraganciosa **"saliva de la virgen"** (verbena) con su gama de matices lila engalanan los campos y cerros de la aldea. Recogía abundantes flores silvestres, para jugar a la **chayahua,** con sus compañeros de escuela.

Iban al arroyo cercano que corría en medio de rocas azulinas, formando hermosas pozas de agua cristalina, donde se bañaban, y luego al toque de la campana que llamaba a clases, volvían presurosos con el cuerpo y la mente frescos.

En las quebradas, buscaban helechos, encontrando los más hermosos y raros ejemplares. Sabía el secreto de los cactus, cuándo florecían, qué color de flores tenían cada uno y cuales eran los frutos comestibles. Ningún fruto o flor de la serranía del contorno le eran desconocidos. Cuando descubría una flor rara, que no tenía nombre, se apresuraba a dárselo, así ocurrió con un trébol de una escarpada roca, cuya linda flor, estaba formada de un racimo de pequeñas campánulas doradas de largo tallo, a la que denominó **kana pankara** (flor de luz). La **jhawakolla** (flor de espina) era uno de sus cactus de preferencia, porque la flor se prestaba para sus inocentes travesuras. Esta es una flor grande, semejante a una niña india, el caliz con pelucilla negra en la parte inferior, forma la cabecita y el tallo es verde y esbelto,

luego un tupido follaje de blanquísimos pétalos carnosos, igual al vuelo de una pollera. Hermosa flor. Con ellas formaba grandes rondas de danzarinas o las ponía por parejas, imitando a las bailarinas. Los cactus denominados cirios, en lengua nativa kakapara, son gigantescos cilindros verdes y espinozas, que rematan en una especie de cabezota de menudas espinas blancas. Estos eran los soldados de Gerardito, a quienes daba grandes voces de mando y los hacía dialogar en la forma más jocosa y de encantadora ingenuidad, que los pequeños de la pandilla festejaban con grandes carcajadas.

Otra de sus diversiones favoritas, era vestir en forma original y grotesca, a los espantapájaros; les fabricaba sombreros alones de paja, especies de máscaras de cuero pelado, levita y pollera, en la boca algo que simulaba un gran cigarro. Les ponía en actitud de bailar, y con otra lata a modo de campana, desde un sitio escondido, sonaba espantando a las glotonas aves.

Cuando llegaba la esperada fiesta de Navidad, Gerardito arreglaba el nacimiento de su niño de arcilla, en la forma más original, con juguetes fabricados por él, de greda o de piedras de color, y el material que encontraba a mano. Adornado de flores y lindos chijis, su nacimiento revestía la mayor naturalidad, era casi un paisaje con vida.

En la misa del alba de Navidad, era el primero en presentarse, con su blanco cordero, engalanado de flores y pequeñas borlas de lana de color.

Gerardo, era pues un niño de imaginación fecunda para sus juegos y travesuras, muchacho de ojos pequeños y vivos, de cara risueña, lleno de vigor y salud, de inteligencia poco común, por eso sus compañeros de correrías lo nombraron jefe de la pandilla, que la denominaron de los **huanacus.** Era un grupo de niños que se dedicaban a candorosas y originales fechorías.

Un día de diáfano y limpio cielo invernal, de intenso azul, víspera de San Juan, en que corría un viento delgado y penetrante, la pandilla de los **huanacus,** encabezada por su jefe, se había dirigido al cerro, a encender las tradicionales fogatas, para pedir la fecundidad del ganado, la renovación de la flora y para calentar el ambiente de una de las noches más heladas del invierno andino.

Gerardo conocedor del cerro, como su propio dominio, iba encendiendo fuego en diferentes puntos, donde había cardos secos que estallaban como cohetes, plantas recinosas que daban hermosas llamaradas, paja seca, etc. Los demás niños hacían otro tanto, repartidos en distintos lugares. Muy pronto se propagó el fuego crepitante, rodea-

ron al niño, éste al darse cuenta quizo huir y cayó rodando en medio de las brasas, trepó por otro lado del empinado paraje, y éste también ardía, rodó nuevamente en medio de los cactus, que le acribillaron con sus espinas, mientras las llamas iban encerrándolo en círculo cada vez más estrecho. Cuando el resto de la pandilla se dió cuenta de que su jefe se debatía en medio del fuego, se esforzaron por librarlo, pero las llamas eran tan grandes, que les impedían acercarse, gritaban impotentes, poseídos de pavor, mientras el niño corriendo de un lado a otro, como pájaro enjaulado, cayendo y levantando, en el riscoso sitio, lamido por enormes llamaradas que presentaban un cuadro dantesco.

Cuando lograron sacarlo del fuego, estaba completamente quemado. Llorando desesperadamente, sin saber qué hacer, lo llevaron al arroyo próximo, apagando la ropa que aún ardía.

¡Horror! Al contacto del agua, la piel de las manos y pies se desprendían como guantes llevándose consigo las uñas, en medio de lamentos desgarradores. Tenía el rostro desfigurado, y el resto de ropa pegada contra el cuerpo por la acción del calor.

El dolor más grande desgarró los corazones, porque el niño de alma soñadora, murió después de varios días de atroz agonía. Así concluyó la corta y bella existencia del pequeño jefe de la pandilla de **"Los Huanacus"**.

¡Oh! Gerardito Chambi, niño indio, alumno mío, cuánto lo he llorado. Nunca podré borrar de mi mente este caso fatal que por desgracia nos tocó vivir y cuyo recuerdo me estruja el corazón.

LA NAVIDAD DE MALIKO CHURA

Esteban Chura, recibió la orden de viajar a la ciudad llevando la **kumunta** para el patrón. Sumiso, como siempre obedeció. Partiría al día siguiente llevando los productos de la hacienda, cargados en sus propias llamas y borricos. Lo acompañaría Mariano, su pequeño hijo, de ocho años a quien familiarmente llamaban Maliko.

Salieron de la finca una fría madrugada. Maliko era eficaz colaborador. Haciendo girar su honda azuzaba a las bestias, constantemente: — huijj...**chu**, **huijj**...chu, huijj que repetía corriendo de un lado a otro, cuando **sorpresivamente** pasaba un veloz automóvil, desviando las llamas que podían ser arrolladas; luego quedaba envuelto en una nube de polvo.

Maliko era un **llokalla** inteligente, de rostro redondo, tostado por el frío glacial de la puna, ojos grandes muy negros. Anhelaba conocer aquellas inmensas y altísimas casas. Deseoso estaba de observar y admirar las luces de colores que se encienden y apagan. Quería ver, convencerse, personalmente de lo que contenían aquellas vidrieras llenas de cosas tan preciosas y objetos raros de la ciudad, de ese abigarrado conjunto de ropas, juguetes, golosinas, de las que tanto le habían hablado. Su imaginación de niño creía ver en su mente alucinada, una ciudad de sueños, una maravilla. Algo que no podía, sin embargo, imaginar ni sospechar, era lo que le habían contado, que la vida en ella era regalada y bella, en la que los niños se divertían en hermosos jardines y campos floridos. Una ciudad donde el pan estaría a su alcance.

En su lento caminar, siguiendo el cansino paso de las llamas, su fecunda imaginación creaba visiones de maravilla, a su manera,

haciendo asociación de las narraciones de sus padres y de los niños que ya habían visitado la ciudad, ponderando las lindezas de un mundo que él no sospechaba.

Cuando el sol se inclinaba ya en el ocaso, llegaron a lo alto de la ciudad, Maliko contempló maravillado, el panorama que presentaba La Paz, ciudad de sus sueños; no obstante el cansancio, brincaba de gozo.

Vió por primera vez niños bien trajeados y felices, comparó sorprendido sus pobres vestimentas, de burda bayeta, un poncho raído, gorro de lana y sus pobres pies desnudos con la piel resquebrajada por el frío, lastimados por los abrojos del campo y las guijas del camino.

Fueron detenidos, no podían entrar en la ciudad, antes de que anocheciera, llamas e indios miserables producían mal efecto a la estética de la ciudad.

Descargaron, y sentados pacientemente, en medio de las bestias, esperaron que cerrara la noche. Cuando tuvieron la orden, cargaron nuevamente y se pusieron en marcha.

Ingresaron a la ciudad haciendo proezas para mantener fuera de peligro a las llamas, que huían espantadas, arrojando sus cargas al paso de veloces automóviles.

Fueron nuevamente detenidos, tenían que ir por calles determinadas, por los extramuros, estaba prohibido que las bestias ingresaran por las avenidas centrales.

La ciudad presentaba aspecto de fiesta, había grupos de chiquillos alborozados, que formando comparsas, recorrían las calles tocando pequeños y singulares instrumentos: **Chulluchullos, pajarillos, pinquillos, tambores y organillos.** Cantaban y bailaban al compás de la música de villancicos alegres y bullangueros que ellos ejecutaban.

Maliko veía todo, con ojos absortos, por fin preguntó a su padre, qué era aquello, éste con la parquedad común en ellos, le dijo que era la noche de Navidad, en que el Niño Jesús vino al mundo.

Después de rodear gran parte de la ciudad, llegaron por fin a la casa del patrón y descargaron los víveres. La odisea para rodear las calles céntricas, había durado varias horas. Estaban agotados de cansancio.

Con la mente llena de fantasía y los ojos alucinados, Maliko se perdió en la obscuridad. Cuando su padre lo llamó, el niño ya estaba lejos, tenía ansias de conocer aquellas cosas tan lindas de que le habían hablado tanto, embellecidas más aún por su fecunda imaginación. Olvidó el cansancio ante el hechizo de aquella noche maravillo-

sa. Recorrió numerosas calles, vió mujeres friendo incitantes **buñuelos.** Pasó por avenidas iluminadas, hasta llegar al centro de la ciudad.

Miraba las luces que le hacían parpadear. Con la cara pegada a los cristales, contemplaba la inmensa variedad de juguetes, osos, monos, elefantes, camellos, muñecos que hacían contorsiones graciosas, provocándole la risa, habían también arbolitos que salpicados de escarchas, giraban sobre sus bases, mostrando rutilantes juguetes que balanceaban en sus ramas. En otras vidrieras vió incitantes tortas, bizcochos, y pasteles de Navidad. En este recorrido caminaba abriéndose paso entre la muchedumbre que lo atropellaba, pero aturdido y absorto con tantas cosas nuevas que lo fascinaban, poco le importaba la torpeza de aquella gente. Vivía el minuto, sin recordar de sus padres, de sus campos, de sus corderos y de sus montañas a las que tanto amaba.

Se quedó estático observando los avisos luminosos, le encantaban sus luces de colores. Por fin caminando como un sonámbulo, llegó a una anchurosa avenida, con árboles adornados de minúsculas bombitas de colores y copos blanquísimos. El tráfico era intenso. La muchedumbre formada por madres y niños felices, volvían a sus hogares, cargados de hermosos regalos de Navidad. Nadie reparó en el humilde niño campesino, en cuyos ojos ardía la esperanza. Maliko no sentía los pisotones en sus pobres pies desnudos, doloridos por el largo viaje. Se acercaba a los hermosos y rutilantes automóviles estacionados al borde de las aceras y los palpaba con curiosidad y cariño, su cara se iluminaba de gozo y en ese instante de dicha para él, oía la voz cascada y autoritaria que le ordenaba retirarse.

Los adoradores seguían circulando y deteniéndose en cada nacimiento, para adorar al Niño Manuelito. La sinfonía de los **chulluchullus** y el repique de las campanas que llamaban a la misa de **gallo,** inundaron el espacio.

Las calles y avenidas se fueron vaciando y extinguiéndose el bullicio. El niño indio seguía observando todo, deslumbrando ante tanta maravilla. Absorto contemplaba los altos edificios, nada quedaba inadvertido ante su escrutadora mirada. Finalmente deteniéndose frente a las ventanas bajas de una mansión, se puso a observar.

Aquello era un mundo de luz, de ilusión, de alegría, de canciones. En el ángulo del salón se había formado una gruta de rocas, en

cuyos huecos se veían helechos, musgos y otras plantas. Al fondo, en un pesebre, tendido sobre paja y rodeado de la Virgen Santísima, San José, pastores y reyes magos, estaba la imagen del Niño Dios. Muy cerca se levantaba el arbolito de Navidad, al que habían enjoyado con primorosas pompas, luces multicolores, llamativos juguetes y regalos que a la media noche, fueron repartidos entre los niños allí presentes. Malikos se estregaba los ojos para comprobar que aquello no era un sueño. Estaba frente a la realidad.

Apenas hubo dado algunos pasos, vió otra mansión rodeada de jardines y separada de la calle por una verja de hierro. Transponiéndola de un salto, se encaramó a la ventana, y desde allí alcanzó a ver el comedor de una casa rica. La mesa estaba servida; hombres, mujeres y niños disfrutaban del opíparo banquete de Noche Buena. ¿Soñaba? ¡Qué mundo era aquél! Cuánta emoción embargaba el espíritu del campesino, que hambriento hacía funcionar su garganta con inusitada salivación, porque su deseo era inmenso, de servirse de aquella cena que desprendía tenues vapores. Con los ojos devoraba todas las golosinas, que aquellos privilegiados, mimados de la fortuna, engullían hasta el hartazgo.

Ignoraba el niño campesino, que nuestro Señor, al venir al mundo, prefirió ser saludado por los sencillos y humildes pastores, niños como él, que le llevaron ofrendas adorándole con gran ternura.

Cansado en su incómodo observatorio saltó nuevamente a la calle. El frío era intenso y sintió un estremecimiento. Estaba solo. Vuelto a la realidad, pensó en su padre que lo estaría buscando, y tal vez lo esperaba con angustia y zozobra, pero no podía volver a la casa, no sabía por dónde ir, estaba perdido en la ciudad.

Muy cansado y abatido por el recuerdo de su padre, hambriento y tiritando de frío, con mucho sueño, caminó por varias calles, junto con los perros vagabundos, y cuando la fatiga lo venció, fue a tenderse en una avenida debajo de un arbolito. No tardó en quedar profundamente dormido. Al nacer el sol despertó con un raro temblor, trató de levantarse, pero no pudo, los pies ateridos no le obedecieron. La fina llovizna que cayó durante la noche, lo había empapado, dejándole el cuerpo dolorido. Un guardián, encontrándolo en tan lamentable estado, le preguntó qué hacía allí. El niño no atinó a contestar, los dientes le castañeaban, tenía fiebre.

Fue recogido y trasladado a un hospital. Maliko, el alegre y vivaracho pastorcito serrano, deliraba con todas las lindezas que había visto. La fiebre fue aumentando. Se moría consumido por elevadas temperaturas, pero llevaba la mente cargada de maravillosas visiones reflejadas en sus pupilas, la fiesta de Noche Buena, la noche de amor, la noche de paz...

Día de Navidad, fiesta de alegría y felicidad en todo el mundo, Mariano Chura, el niño indio, agonizaba en un hospital, pagando con su inocente vida, el delito de haber visto la felicidad de los demás...

Maliko, un alma blanca, que se perdía en la noche del olvido y la indiferencia. Su rostro estaba iluminado por una celestial sonrisa, seguía escuchando la música suave y alucinante de los nacimientos, mientras un coro de ángeles de blancas alas, lo transportaba hacia el infinito, al más allá...

Se iba a buscar un asilo en un mundo distante, un mundo de paz, de justicia, de igualdad...

SULLCA HUARI

SULLCA HUARI

Sullca Huari, era una niña aymara, su nombre lo debió al carácter viváz e inquieto, semejante al de la vicuña. Hija menor de un matrimonio campesino, que vivía a orillas del Lago Titikaka, cuya actividad consistía el cultivo de la tierra y la pesca.

Cuando el padre salía con el alba, para preparar su balsa de totora, e ir a pescar, Sullca rogábale que la llevara con él, que no lo incomodaría, que más bien podía ayudar a sacar los peces de la redada. El padre decía que el frío era intenso, que no podría resistirlo.

Además la pesca abundante se la realiza en las noches a la luz de **phfajsi:** pero Sullca, apasionada del lago, insistía hasta conseguir su deseo.

Partían en la rústica embarcación, la niña gozaba con la brisa lacustre, amaba todo lo que provenía del lago, arrancaba tiernas totoras para chupar su jugo salobre. Algunas veces, cantando sus dulces tonadas pastoriles y sus **huayhuayas** que inundaban con sus ecos el silente paisaje lacustre. Sencilla y bella criatura, amaba a las aves, las **kellhuas** y las **unkaillas** eran buenas hermanas. Buscaba en los totorales los grises y azules huevos de los **pilis** y **huallatas.**

Cuando las **antahuaras** desleían en el lago su ígneo colorido, Sullca y su padre volvían las velas, rumbo al hogar. El balsero comerciaba el producto de la pesca, haciendo intercambio.

Así fue creciendo Sullka Huari, acentuándose más su cerril belleza. Tierna y romántica, era amante de sus pagos. Un día, mientras pastaban sus ovejas, subió a una loma cercana en busca de sus amadas flores, con las que solía adornar sus renegridas trenzas. Absorta y en-

simismada recogía florecillas primaverales, sin reparar que la tormenta llegaba violentamente. Rugió un trueno y comenzó la granizada temida y destructora, semejante a un tambor gigantesco, golpeado muy aprisa por las manos monstruosas del **achachila.** Enderezóse impetuosa, y levantando las manos amenazantes, increpó a **chijchi - achachila.**

—Vete viejo perverso. ¡Pasa de una vez!... ¡Achachila! Había momentos que su voz se tornaba implorante.

—No seas cruel con mi ganado... ¿No ves cómo huye?... Pasa... ¡Pasaaaaaa! ¡Achachilaaaaaa!

Mientras en todas las chozas de la altipampa, las fogatas y sus penachos de humo, se levantaban como implorando el fin del flagelo de la naturaleza. Hombres, mujeres y niños armados de sendos garrotes, insultaban amenazantes al perverso **achachila,** otros, con **pfullos** y ponchos, aventaban el granizo increpándolo a su vez.

—¡Pasa viejo perverso y canoso!

—¡Veteeeeee! ¡Pasa horrible viejo!

Grandes tachos de ceniza guardados para esa ocasión, eran esparcidos en los techos de las chozas, marcando una cruz, para espantar a **chijchi achachila.**

Sullka Huari, buscaba angustiosa su rebaño, que alborotado por la impetuosa tormenta, había desaparecido. El granizo la aporreaba en el rostro y en los pies desnudos; hundiéndose en la nieve, corría de un lado a otro, en busca de sus ovejas.

Con gran dolor presentía la muerte de sus tiernos corderitos. Cansada, tiritando de frío, empada y temblorosa, estuvo la pobre niña, acurrucada junto a una mata, cuando pasó por su lado, un pastor, que recorría el campo en busca de su ganado perdido.

—¿También perdiste tu ganado? —le interrogó Santico, que así se llamaba el pastor. Pobrecitos de nosotros, nuestras queridas ovejas, están todas enterradas por este horrible **achachila,** que las sepultó en la nieve. Mira, mira, nuestras chacras están también destruídas. ¿Qué haremos?

El granizo había cesado, pero Sullka y Santico estaban anonadados por una misma desgracia. Temblorosos, hambrientos, sin palabras, dulcemente se echaron a llorar. Era imposible que pudieran volver a su choza, porque la nieve había cubierto toda huella de caminos y senderos, se encontraban perdidos en la inmensidad, cubierta de mortaja blanca... Santico tomó a la pastorcita de la mano.

—Aquí, cerca —le dijo— hay una pequeña cueva, la nieve no ha debido penetrar. Allí vamos pobre Sullka Huari, hay un poco de paja

donde acosté un corderito, haremos algo de fuego y nos podremos calentar.

A la mañana siguiente, sus padres los hallaron abrazados del corderito. Vueltos a sus hogares, con el cariño y los cuidados de la familia, volvieron al campo y a sus habituales ocupaciones.

Desde entonces, pastoreaban siempre juntos y colmaban de mimos y cuidados a sus tiernas ovejas.

Sulkka Huari, convertida en linda imilla, con su andar gentil y airoso de vicuña, Santiaguito, apuesto, **huayna**, se llegaron a amar, y un domingo en la mañana, engalanado de fiesta, tomados de la mano, muy contentos penetrron en la iglesia, porque se iban a casar.

LA CANILLA DEL MUERTO

En una pequeña población del valle, donde la vida vegetativa se desliza tranquilamente, en medio de la molicie existió un sacerdote; hombre virtuoso, muy estimado por todos.

Llevaba una vida ejemplar, y encaminaba a su feligresía por la verdadera senda del cristianismo.

Tenía dos hermanas, mellizas, solteronas, bastante entradas en años, pechoñas y exageradas en las prácticas religiosas; parte del día se la pasaban en el templo, rezando novenas, hincadas en cruz, a los diferentes santos del almanaque cristiano.

El hermano sacerdote, las reprochaba con frecuencia, por parecerle actos falsos y exagerados.

Doña Paulina y Doña Estefa, era una yunta inseparable, que no sólo se dedicaban a las prácticas religiosas, sino que eran la gacetilla ambulante, ellas sabían todo lo que pasaba en el pueblo, y la intimidad de los hogares.

Al ir y volver del templo, se detenían a charlar con las gentes que transitaban, y su especialidad era retener a las sirvientas y someterlas a un hábil interrogatorio, para averiguar la vida de las familias.

Murmuraban y difundían las noticias, muchas veces en desmedro del honor de las personas. El vecindario las temía, porque llegaban a propalar calumnias y difamaciones; sin embargo, eran bien recibidas en las casas honorables donde el hermano era estimado.

Alguna vez llegó a oídos del impecable sacerdote, el proceder incorrecto de sus hermanas, y las llamó a la reflexión, haciéndoles ver su falta de caridad cristiana. Las beatas prometían enmendarse, pero pasado algún tiempo volvían a las andadas. Nadie se libraba de las murmuraciones malévolas de las dos malas católicas...

La casa parroquial donde el venerable sacerdote vivía con sus hermanas, quedaba en la calle que iba al cementerio, y tenía ventanas bajas de reja, de donde las dos mujeres observaban la vida de los vecinos y los viandantes, quedándose hasta altas horas de la noche, en acecho. Ellas sabían qué acontecimientos ocurrían en la población, quienes eran los muchachos noctámbulos que andaban dando serenatas y a quienes dedicaban.

Asimismo observaban las reyertas callejeras de borrachos y malentretenidos.

Una noche que las dos hermanas dormían profundamente, sintieron el lamento de una mujer, acompañado de una triste campanita, apresuradas salieron a la ventana, viendo con sorpresa, que a esa hora de la madrugada, pasaba un entierro. El cadáver era llevado en una carroza de fuego, detrás de la que iba la mujer de los lamentos, tocando una campanita. Los numerosos acompañantes enlutados y fantasmales, llevaban ceras encendidas. Las beatas observaban asombradas, el raro y excepcional entierro, y su sorpresa fue grande, cuando uno de los acompañantes, se acercó a la ventana y entregó su cera para que se la guardaran, prometiendo volver a la noche siguiente, a la misma hora.

El cortejo siguió rumbo al cementerio.

A la mañana siguiente, vieron que la cera depositada, era una canilla de esqueleto humano. La población entera tuvo noticias del suceso; el párroco, muy disgustado con las hermanas, hizo conjurar la casa.

Las beatas, arrepentidas, hicieron la promesa de no volver a observar la vida ajena, ni murmurar de las personas.

Con un miedo rayano en el terror, esperaban noche a noche que el fantasma o condenado, fuera a recobrar su cera.

Finalmente quedaron convencidas que aquél que les dejó la canilla en custodia, era el mismo demonio, que quiso escarmentarlas por sus trajines de chismorreras y viperinas.

El sacerdote enterró el hueso, en el cementerio, con ceremonias especiales, oficiando misas para el eterno descanso de las almas.

Toda la población, organizada por el párroco, hizo rogativas, rezos, romerías al cementerio y exorcismos.

Para demostrar su sincero arrepentimiento, las hermanas mellizas, entraron en un convento y hasta su muerte, fueron las más piadosas y sinceras monjas católicas.

Sor Paulina de la Piedad y Sor Estefa de la Caridad.

LA VIBORA CASCABEL

LA VIBORA CASCABEL

En un viaje a la región del oriente, oí contar una historia rara, verídica y terrible.

En una población cercana a Santa Cruz, cuna de la nobleza oriental, tuve relación con una familia respetable, que me hizo partícipe de un secreto que lo guardaba con mucho cuidado. Hoy lo relato en forma anónima ya que los personajes han desaparecido. El caso tiene contornos excepcionales.

Vivía en la población y era oriundo de ella, un venerable caballero, jefe de una familia de abolengo: gozaba de todas las prerrogativas que da el dinero, era además severo y recto. Aquí le denominaremos como al señor Hidalgo.

Hacía tiempo que este señor, sentía los síntomas molestos de una enfermedad que se manifestaba con la hinchazón y amorotamiento de las orejas, los labios y las manos. En principio, no le dió mucha importancia, pero conforme pasaba el tiempo, la enfermedad progresaba, llegando a preocuparle hondamente.

En estas circunstancias, llegó a la población, un hombre de ciencia, un médico, refugiado judío, eminencia en el tratamiento de la enfermedad de Hansen; iba a radicarse en la población, para lo cual llevó todo su instrumental.

Anoticiado el señor Hidalgo, se fue un día a consultar su mal. Después de un examen el galeno, con evidentes muestras de preocupación, dijo al enfermo, que se volviera dentro de algunos días para darle el diagnóstico exacto.

Se presentó el día señalado; el respetable caballero, y el médico, procurando mantenerse sereno, recibió al enfermo con muestras de simpatía, e inspirándole confianza a través de su charla le dijo:

—Usted es un hombre de una personalidad nada común, y sabrá recibir con serenidad el diagnóstico que le voy a dar, se trata de que ha adquirido usted la enfermedad de Hansen, que en términos corrientes llamamos lepra. No quiero engañarlo, porque pienso que en el plazo más breve, debe aislarse de su esposa y del resto de la familia, porque su mal ha de entrar precisamente en la etapa de contagio.

Un mazazo que hubiera recibido en el cráneo, no le hubiera hecho tanto efecto, como el diagnóstico del médico. Congestionado, a punto de darle un síncope, pidió al facultativo todos los detalles de la enfermedad; éste por el deber que tenía de salvar a la familia y a la población entera, le manifestó que su caso era perdido.

Atolondrado y caminando como ebrio, se retiró el infeliz. Llegó a su casa sin ser visto, penetró en su alcoba, y sacó de una caja un revólver, y comprobando que estaba cargado, salió.

Tomó el camino del bosque y se internó en él, su propósito era eliminarse, ya que su mal no tenía remedio, y su presencia era una amenaza para su familia, y para la población. Estaba fatigado y se sentó al pie de un árbol; quedó profundamente dormido.

Cuando despertó había ya anochecido, y la luna se filtraba a través del ramaje. Sentía un dolor raro en el cuello, y notó con asombro que sus manos, sus labios y sus orejas, se habían deshinchado en forma notable, pero le incomodaba un dolor agudo en la garganta.

Ya no pensó en matarse, tuvo el presentimiento de que se había operado un milagro.

Corrió a la casa del médico, y éste no salía de su asombro y sorpresa, al ver desaparecidos los síntomas del mal.

A la mañana siguiente, médico y enfermo, se fueron a indagar por el bosque el origen de la curación milagrosa, como llamaba el señor a lo acontecido, habiendo comprobado que durmió sobre el nido de una víbora cascabel, y que fué picado en el cuello, inoculándole su veneno que lo curó de la atroz enfermedad. Encontrando luego, tendida a corta distancia, a la víbora salvadora, que a su vez se inoculó el terrible mal de Hansen y había muerto.

El sabio científico explicó que hay criadero de víboras de varias clases, para curar con su veneno algunas enfermedades y especialmente la lepra, cuando está en cierta fase. En el Instituto de Butantan del Brasil, hay criaderos de estos reptiles, cuyo veneno se emplea en la curación de varias dolencias humanas.

—Relató en Portachuelo, Santa Cruz, un maestro de escuela.

LA HISTORIA DE FELIPE TAPPFI

HISTORIA DE FELIPE TAPPFI

Reminiscencias inolvidables que han quedado grabadas en mi alma como algo misterioso y temible.

Frecuentaba mi casa, un hombre extraviado, algo así como un mendigo a quién lo llamaban **arujiljatha**, éste era un apodo y no un nombre. Era pues un indígena, de costumbres muy raras, visitaba las casas de la población donde se le acogía con bondad y se le obsequiaba con alimentos y ropas. De mediana estatura, edad indefinida, tenía los cabellos muy blancos y crespos, el rostro tostado por la intemperie, llevaba los pies desnudos que eran exageradamente grandes, se decía que era un caminante incansable y que pasaba las noches en unas cuevas rocosas, temibles, lejanas de la población, donde habían bichos ponzoñosos, **anchanchos** y malignos.

Cuando las personas le daban conversación, comenzaba a hablar en forma incontenible, gesticulando y accionando en forma grotesca. Así **arujiljatha**, era un personaje muy raro e inofensivo, pero temido por los niños.

Un día, se me ocurrió preguntar a mi padre, por qué le daban ese nombre y él narró lo siguiente: "Cuando era yo un muchacho —me dijo— conocí a este hombre, porque era colono de una propiedad de mis padres, se llamaba Felipe Tappfi, era un mozo apuesto y trabajador, mi padre lo apreciaba mucho, y recuerdo que hasta llegó a hacerlo **ilacata**, autoridad de la finca. Una ocasión, que viajó a la ciudad, en el trayecto le cogió una terrible tempestad, de tal manera que tuvo que pernoctar en una cueva muy temida llamada **Kuku - uta** (casa del fantasma). Al día siguiente, unos viajeros encontraron sus acémilas vagando en los campos y a él, en medio del camino gesticulando y hablando a gritos, cuando le preguntaron qué le había pasado, Felipe hablaba sin descanso, palabras incoherentes, sin que fuera posible entendérsele. Desde entonces se ha convertido en un mendigo, vive de la limosna, porque ha abandonado su casa y su familia, es un pobre loco inofensivo, un enigma.

—Continuó mi padre. Dicen que la noche que durmió en la cueva de **Kuku - uta**, los **anchanchos** le robaron su ajayu (alma). La familia visitó a todos los curanderos y **yatiris** del contorno, para que le devolvieran la lucidez, pero todo fue inútil, no pudo ser curado, y ahí lo tienes, hecho, un ente, que no hace más que hablar palabras sin ilación y sin sentido, por eso la gente lo llama el **arujiljatha** que más o menos quiere decir que habla mucho.

—Ya ves que nadie le conoce por su nombre.

A toda persona que habla demasiado, el indio le llama **arujiljatha**...

EL CANARIO ENFERMO

Un canario desgarbado, viejo, triste. No lo rodean las voces rientes y juguetonas de los niños, ya no canta, apenas mueve sus patitas enfermas. Diríase que está muerto; me empeño en comprobar, su corazón late suavemente.

Cuando alcanza a ver su ración de zanahoria, que una mano le prodiga, dando tumbos se va a picar con glotonería, hasta acabar con ella, parece que tuviera ansias de vivir, anhelo de ser lo que fue.

Me da tristeza verlo aferrado a la vida. Un anciano de manos cansadas, lo saca al sol dorado de la mañana, él permanece en el piso frío de la jaula, con sus patitas dobladas, acurrucado. Finalmente con desgano, dando saltitos vacilantes, temblorosos, se acerca a beber, y lo hace lentamente...

Su color, antes de oro vivo, ahora parece de flor ajada, marchita, Ya no riza su plumaje, pobre canario, permanece horas y horas acurrucado hasta que el sol desaparece y las sombras y el frío en quietud fantasmal, muda, invaden el corredor de obscuros y sucios cristales. A veces como signo de vida, mueve sus ojos de azabache, parece que escuchara con atención, la vocinglería de niños, que juegan a la pelota de trapo, haciendo gran algazara.

Su vida está pendiente de un hilo, ya no pía siquiera, y sin embargo vive, se aferra a su pequeña e inútil existencia.

Las manos sarmentosas de su dueño, olvidan con frecuencia, recogerlo, y acurrucado, hierto, permanece el pobre canario enfermo, en un rincón. Se estremece más aún, cuando las sombras fantasmales de la torre vecina se proyectan sobre su soledad.

Cómo me duele el alma, cuando un muchachote indolente, zarandea la jaula con mano torpe, para cambiarlo de lugar.

Y así tristemente, la prodigiosa avecita, queda nostálgica, en medio de la indiferencia fría, de los crepúsculos malva...

VACACIONES DEL NIÑO JESUS

VACACIONES DEL NIÑO JESUS

Niño al fin, aunque hijo de Dios, se acordó de que nunca gozara del infinito placer de jugar. Y resolvió buscar un amigo. Un niño como él.

Cierta madrugada, apenas la luz se esforzaba por filtrarse a través de las anchas hendijas del portón de la iglesia, se desprendió de los brazos de su Madre, y al dar en el suelo sus miembros entumecidos de tanto permanecer en la postura en que lo colocaron los hombres, cobraron su agilidad infantil.

Salió. La aldea estaba dormida. Se fue sin saber dónde, arrastrando sus pesadas sandalias de oro, al viento su dorado cabello, rutilante su trajecito con bordados, flecos y galones.

La serranía, con sus cumbres encendidas por el sol mañanero, le invitó a trepar. Allí estaba otro niño, vestido de almilla y capapollera, gorro de largas orejas, ojotas de pellejo de llama. Era un pastor altiplánico.

Se miraron, sonrieron y comenzó el tuteo. Entre niños no caben ceremonias. Manuel y Mikicho, hacían un contraste; rubio y delicado, aquél; moreno, de piel curtida, éste. Resplandeciente el uno; ocre, opaco, color tierra, el otro. Pero niños los dos, se comprendieron e hicieron lo que debían, jugar. Aquel día fue a los **chuis:** frejoles coloridos, especialmente hechos para **tijchar.** Jugaron hasta caer rendidos, como hacen todos los niños. Bebieron leche fresca, y su hambre fue silenciada por la merienda del pastor. Un perrillo **chascoso** y feo, llamado Pilli, completó el trío, en los juegos y en el comer.

Por la tarde, Divino Manuel, volvió a sus santos parajes. Ya tenía un amigo a quién iría a ver todos los días. Y así fue.

Cuando no jugaban a los **chuis**, se entretenían en hacer casitas de piedra o en modelar animales de barro. Si no, salían en busca de huevos de perdiz, recogían flores silvestres para engalanar a las ovejas, o tendíanse sobre el pasto, de cara al cielo, para contemplar los paisajes, las ciudades y los monstruos que su imaginación iba creando en las nubes.

El muchacho rubio, era juguetón. Aprendió a tocar la flauta, arrancándole lindas e ingenuas tonadas pastoriles. Hízose diestro en el manejo de la honda. Y tierno para el cuidado de los corderillos mamones. Un poco chancero a ratos, como un prestidigitador, hacía desaparecer los **chuis**, o los mostraba a montones. Otras, ordenaba que el ganado desapareciera, y cuando el pastor corría desolado en su busca, los animales comenzaban a balar tiernamente junto a él. Pero su broma favorita, consistía en cambiarles las cabezas a las ovejas; las blancas amanecían con la cabeza negra y las otras al contrario. Y para mayor azoramiento de Mikicho, al otro día volvían a su normalidad.

Después de algún tiempo, el niño de los rizos blondos, cansado de viajar entre la aldea y la serranía, resolvió quedarse en ésta... Haríase pastor, como su amigo, y viviría en su choza.

Felices los dos. Dormían sobre los mismos vellones, con olor a aprisco. Ordeñaban juntos, cuidaban del rebaño que se iba multiplicando. Y entregábanse a sus habituales correrías, con alegres cantos.

El paisaje se vistió de primavera, la sobria primavera de la sierra, aromada de menta y "saliva de la Virgen". Verdearon los pajonales. La yerba menuda se estrelló de blancas flores de altea, abiertas a ras del suelo. La añahuaya y los bocaisapos, se derrochaban en flores... Cada amanecer era saludado por el dulce canto de los **pucupucus**. Se era de veras feliz en aquellas alturas...

Acercábase la Navidad: el cumpleaños de Manuel, y éste andaba ya con la ropa envejecida. Sus sandalias ultrajadas por el barro y las guijas, habían perdido su brillo y su belleza. Su rico traje, desteñido por el sol, y rasgado por las espinas, no era ya digno de llevarlo.

Mikicho pensó que su compañero requería ropa nueva para el día de sus días. Pero, ¿dónde ir a buscarla? El era pobre, se le reirían si pidiera dinero prestado. Es verdad que hubiera podido hilar, y lo haría de la lana más blanca y fina, como para aquél niño que el cielo le había enviado. Era tarde, empero, cabilando en estas y otras ideas, creyó hallar la solución. Dios mediante iba a vestir a Manuel, el gran amigo, para la noche en que el niño nace, y puso manos a la obra.

De primer intento, le pidió su túnica y sus zapatos, que servirían de muestra y medida. Luego, le endosó unas ropas viejas de indio: capapollera de bayeta, y abarcas rústicas. Miróle y fue para reirse.

—Manucho, pareces yokalla espantapájaros.

Rieron los dos.

Miguelito se encaminó al pueblo, mientras la majada quedaba al cuidado del niño rubio, y de Pilti. Llevaba un cordero, para costear las prendas prometidas a aquél. Pero, apenas mostrara las prendas viejas, en el pueblo reconocieron la túnica y los zapatos del Niño Dios y el alboroto no fue como para ser descrito.

—¡Ah yokalla sacrílego! ¡Has robado a la Iglesia!

—¡Y Dios ha de castigarte por tamaño delito!... vociferaban.

Y cuando Mikicho, todo tembloroso contó la verdad, no le creyeron... ¡Mentiroso!

Fue llevado a presencia de las autoridades. Pero él había contado con la protección de Dios. Sin que nadie pudiera explicarse cómo, zafóse de las manos de quienes lo habían apresado, y huyó con dirección a sus alturas. Le contó a Manuelito su triste aventura, y Manuel sonrió. Iría a ver qué era aquello. Se despidieron, prometiendo encontrarse el día de Navidad.

Llegaba la fiesta. El divino amigo no se hizo presente. ¡Ingrato! Se olvidaba de su pobre amigo.

El alegre repique de las campanas, era una invitación, y Mikicho no pudo resistir. Se fue...

El templo estaba lleno de gente y de luces, de comentarios, de admiraciones. Miguel entró sin ser advertido. Quería ver al Niño Dios, como todos los años...

—¡Oh!... ¡Manuelito! Manuel!

Si, Manuel estaba allí, con su carita muy tostada y su traje de pastor...

El llokalla serrano le contemplaba con ojos azorados.

Y el niño Manuel contento de ver a su amigo, hízole un gracioso guiño, que Miguel tradujo fácilmente.

—¡Espera! Que pasen estas fiestas, y pronto estaré otra vez a tu lado.

—Relato de niños analfabetos en una estancia de Sorata.

ANECDOTA

Don José de Fabre y Sorzano Indaburu, era un señor feudal asentado en los fecundos y risueños valles larecajeños, se decía descendiente de los nobles españoles Marqueses de Pamplona, venido a estas tierras en la época del coloniaje.

Un hidalgo casi anciano que vestía en forma impecable a la usanza peninsular, envuelto con una capa de cuello alto que de un lado era negra, y de otro, rojo carmesí, de riquísimo paño, usaba sombrero hongo y bastón de puño de oro, iba siempre acompañado de un hermoso perro galgo.

Solía pasear por sus feudos, muy ceremonioso, rodeado del respeto y temor casi supersticioso, por los moradores del villorrio. Tenía apostura quijotesca, era alto, magro, adusto, sentencioso y castizo en su lenguaje, los pobladores lo consideraban un oráculo y se acercaban con cierta timidez para consultarle sus asuntos, decían que con su consejo sabio y parco, verían resueltos sus problemas.

Don José de Fabre y demás campanillas, era un retoño tardío de las épocas gloriosas del coloniaje. Un ser solitario, de costumbres austeras, rígido en cuanto al proceder de un caballero, fervoroso católico, se jactaba de conocer profundamente el alma humana, empero subestimaba al autóctono y lo miraba como a un ser sin sensibilidad para el bien. El indio no era para él, más que un paria puesto a su servicio y comodidad, nunca trató de encontrarle un don ni una cualidad de ser humano.

Expresaba más bien tener certeza de su deslealtad y su avidez y gula insaciables, cuando trataba de alimentarse a costa del amo, de ahí que enseñó a sus inmediatos servidores, en su mayoría niños, la

siguiente retahila, que éstos aprendieron a responder como una letanía, cuando les preguntaba:

—¿Te irás?
—Al mejor tiempo.
—¿Volverás?
—Las espaldas.
—¿Te acordarás de mí?
—Ni entre sueños.
—¿Comerás a tu costa?
—Templadamente.
—¿Y a costa del español?
—Hasta reventar esta **okke puraka.**

Al responder lo último, el niño se daba un golpe en la barriga para demostrar que a costa de su amo y patrón comería hasta reventar su panza negra.

Símbolos Aymaras

Poemas

ARBOL DE LA PUNA

Con tu imagen hizo su vida el indio, **KOLLI** solitario, robusto, sereno, con tu imagen de orgullo, de triunfo, de silencio.

Cuando pasan las bravas tormentas de la puna, inclinarse sería tu salvación; pero tú no te inclinas, aunque tus miembros se desgajen. No piensas en salvarte, sino en vencer.

No conoces las caricias de las alas. Estrangulas las canciones dulces. Tu voz, cuando los huracanes te retuercen es un bramido iracundo. Como el **JANIHUA** que florece en los pututus de la Raza. Los crepúsculos de fuego son tus únicos sueños de colores.

Ignoras la voluptuosidad de desnudarte, cuando el imperioso junio desnuda de sus floridos trajes a la naturaleza. Las efímeras fiestas de la Primavera, jamás añadieron un fleco a tu desteñido poncho de indio.

Impasible señor de la puna. El viento, la helada, el sol, y el perfume se tienden, fatigados, a tus pies, ofrendando su derrota a tu reciedumbre aymara, y a tu inmutable masculinidad. Ni el dolor ni el placer alteraron jamás tu serena quietud.

¡Arbol macho! ¡Fuerte y tranquilo! Con las raíces prendidas como garras en el suelo. Así es el indio, con uñas milenarias bien metidas en su tierra.

Kolli fuerte y sereno: con tu imagen hizo su vida el colla...

MANOS DEL INDIO

¡**HALLALLA**! manos del indio:

Asperas y morenas: como la tierra que nos nutre.

Rugosas, huesudas y potentes: como las garras de los cóndores machos.

Activas, útiles y fecundas: como los rayos del sol. Rebeldes, duras y agresivas: como la **añahuaya** cuando defiende su peñasco, o la paja brava su arenal.

¡HALLALLA!, ¡manos constructoras del indio! Es vuestra obra la gran Ciudad de Piedra, que se levanta en la pampa helada, junto al lago de nuestros **ACHACHILAS**, venciendo a los siglos, desafiando al olvido y pregonando el poder de la Raza...

¡Manos creadoras! Pronto empuñaréis el polvo del pasado, para amasar rocas nuevas y edificar la ciudad del porvenir, donde el hombre sea mirado como un ser humano...

Y si en vuestra ruta se irguiera la adversidad, os alzaréis trémulos de ira y haréis zumbar vuestras hondas de combate, hasta que el horizonte se haya despejado para siempre...

EL WIRI

El indio serrano te empuña como un cetro de su varonía. Pues eres el instrumento de su dominio en las alturas. Y tu recia estructura AYMARA es la de un nervio de esta raza de gimnastas y guerreros.

(El arado arrastra su languidez por la llanura que se ofrece en mansa horizontalidad. Por el zurco trajinado que cede a la primera insinuación).

Y su paso va ritmado por la tristeza de los bueyes.

Pero tú buscas la escarpadura indócil y bravía. El flanco de la orgullosa montaña. Por donde el agua resbaló inútilmente como una caricia insípida a una moza agreste y lozana. Y para poseer la sabrosa virginidad de la sierra requieres la potencia y el deseo del varón.

Símbolo de la perpetua fecundidad de la Raza. Allí donde te internas, imperioso y triunfal, se enciende la vida. Sonríe el violeta añil de los papales. El rojo sangriento de la cañawa, o la flor silvestre que pondrá su nota de color y aroma en la trenza de las imillas.

Por tí, el indio y la sierra se pertenecen. Y la sierra le unge de serenidad. Le da alientos de cumbre. Y le brinda la pupila de sus cóndores, para avizorar la alborada de fuego que pronto, incendiará la pampa...

Coros Escolares Folklóricos

CONDOR MALLKU

Música de Chirihuanos

Gloria al cóndor, al cóndor mallku,
de mis montañas monarca;
de mi raza, un dios,
gloria al señor de las cumbres heladas
y desoladas.

En sus alas lleva la fuerza;
y en su corazón, la sangre
del indio aymara

Oh, cóndor real,
Mallku inmortal.

Es altivo, bravo y sereno
en medio de la tormenta,
frente al huracán;
y donde sus alas gigantes se abren
todo ha de callar.

Ostentando en su real collar
un blanco girón de nubes
reina en el azul.

Oh, cóndor real,
Mallku inmortal.

Te nombramos nuestro general,
y tú nos conducirás a luchar y vencer,
contagiados de tu valor sereno,
que es nuestro valor.

Pues por tí, señor, queremos ser
los bravos conquistadores
de un gran porvenir.

Oh, cóndor real,
Mallku inmortal.

UNCAILLA UNCAILLITA

(Tonada de tarka)

— I —

Uncailla, uncaillita
avecita del lago azul,
ya te veo pasar
a donde dime
a donde vas
a donde vas
a donde vas.

— II —

Llevando tal vez
mensajes para los nidos
que cuida el verde totoral
que cuida el verde totoral.

— III —

Avecita sutil
Rauda como el viento aymara
que baja del Ande
¿Eres mariposa?... ¿Eres flor?
¿Eres mariposa?... ¿Eres flor?

— IV —

Y por qué te vas
sin contarme tus secretos
uncaillita, uncaillita,
uncaillita, uncaillita.

U T A M A

(Música de "Chuñupirhua")

¡Inti! ¡Inti! ¡Kanatatam kkajatatam!
uauanacam an jacha thaquij kjantayam!
Utamaua ña saythapi machk aru pfahuantani
Pampat kunu kollucama.
¡Utama!

Ninjamu kkajatati
Utamajha chchamaca pampan
¡Utama!

Huayna mallkunacapaua pharjtapjhe
Thuru chchekanacap thalarasin,
Machakpacharu sarjharupjhi
¡Utama!

Achachilanakasan huipalapau
Orko mallkun chekapan ña laphake
Uca unañchampiu atipañai
¡Utama!

¡Jallallapjham... jallalla!
Huayna mallkunacau sartani
¡Utama!

DOS HURRAS POR "UTAMA"

(Música de "Sicuris" de Italaque)

Es nuestro lema deportivo, combatir
por los ideales de la gran raza
de los Andes.

Por eso es tan grande nuestra altivez,
como nuestro valor y serenidad
en la adversidad como en el triunfo.

Es la pujanza de la raza gimnasta
que da aliento a los deportistas
de "UTAMA".

En nuestras almas van juntos el orgullo
de esa raza y el ansia de ofrecerle
nuevas glorias.

Por eso, cuando entremos a luchar,
nuestro paso es el paso del vencedor,
siempre seguros de la victoria.

Ya va a comenzar, compañeros la lid.
Lancemos, antes, dos hurras por "Utama":
HURRA... HURRA... HURRA...

SUCA SUCA TATA

(Música de "Palla - Pallas")

No bien llegó el día
abandoné mi dulce hogar,
con rumbo hacia la labor
tras mi yunta dócil y fiel.

Ni el fuerte sol ni el hambre cruel,
han podido rendir jamás,
a este dichoso labrador,
que va cantando a su labor.

Suca - suca, tata, suca tata
—Cariñoso— digo a mi buey;
trabajar ha de ser nuestro deber,
si queremos conseguir
el pan para vivir.

Y al llegar la noche,
volveré a mi choza, feliz,
de mi zampoña al compás
marchando como un militar.

Mientras los mansos bueyes van
anhelosos, de reposar,
pues mañana, lo mismo que hoy,
conmigo irán a trabajar.

Por eso, digo yo: Viva mi buey,
Viva mi gran buey de labor.
El es el tesoro del labrador
y para él habrá de ser
toda vez mi canción.

MIS OVEJITAS

(Música de "Koikos" de San Andrés de Machaca)

Mis ovejitas balan con dolor,
¿Qué temerán?
¡Viene el granizo!... Ya el viento feroz
hace silbar
el pajonal.

Mis pobres papalitos en flor
y el cebadal que yo cuidé
con tanto afán,
no volverán
a retoñar...
Balan ya...
Balan ya...

Ay, Achachila, te siento venir.
¡Piedad Señor!
Las flores tiemblan, los nidos también,
al escuchar
tu ronca voz.

Mis pobres papalitos en flor
y el cebadal
que yo cuidé
con tanto afán,
no volverán
a retoñar...

HUARICITU

(Música de Chuncho
Canción Pastoril)

Suma huaricitu, jjhutam
Turpa cayum mayttita.
jhumjam jhalascañataqui
jhumaru uñtasiñataqui
jhumjam chijit jhaltañataqui...

Chchumphi huaricitu, jhutam.
Cunatsa ajhsarista.
Jhumjam pampan jhiliritua
Jhumjama thayan kassarjata,
Jhumjama chhullukjay pankara...

Koña huaricitu, jhutam.
Mojsa arujh isttita
jhuyphi pankararaquitua
iru jhichu taypin jhilasiri
kunu kuchun uñatatiri...

YOKALLITO PASTOR

(Auatiri en castellano)

Oyeme, yokallito pastor,
ven pronto, que vamos a jugar,
si tus ovejas se perdieran,
no temas, que las buscaré yo.

Pero el zorro malvado y ladrón
mis ovejitas se ha de comer.
Si me ayudas a defenderlas,
voy contigo a jugar y bailar
Guayayayay.
Voy contigo a jugar y bailar.

Corramos por la verde pampa,
después hacia el dulce manantial,
luego recogeremos flores
para jugar como en carnaval.
Guayayayay.
Para jugar como en carnaval.

A U A T I R I
(Yokallito pastor)

(Música de Carnaval)

Yau, auatiri yokallitu
jhutam anatasiscañani;
karuamatijha chhaktanijha,
nayau thakañ yanapascama.

Uayayayay
nayau thaktañ yanapascama.

Kamakequiu irpaketaspa
munat karua kallitunaca.
Tuakañ yanapitasti,
anatthasiscañanisaya.

Uayayayay
Anatthasiscañanisaya.

Chchiji pampan muyuniñani;
umajhalsuru jhalañani;
pankaranaca pallañani;
anatanjam chayauañani.

Uayayayay
Anatanjam chayauañani.

VICUÑITA
(Huaricitu)

(Traducción al castellano)

Vicuñita, escucha mi voz,
yo anhelo tu agilidad,
yo quiero parecerme a tí.
Para correr, libre, como tú,
cuando hay riesgo o viene el dolor.

Vicuña, vicuñita:
¿Por qué te asustas de mí?
Yo también nací en el erial,
como tú, en medio del huracán,
cual la flor de la desolación.

Vicuñita, tu hermana soy,
hija de la nieve, el sol,
y el viento del pajonal.
Como tú yo amo la libertad.

AJHAUIRI IMILLA

(Canción pastoril)
Huayñu

Mujeres:

Ajhauiri imillatua;
jhilir mallkun phuchapatua.
Taket larttasiri.
Karuajhasay, tama tama.
Chuñujhasa pirua, pirua
Khapha imillatua.

Varones:

Jumatat ucasti,
choke pankararu uñtata;
thayansay, lupinsay
suma kallarttiri imilla.

Larttasim, larttasim,
laram pankarita, larttasim.
Ukataraki jachcasma
kantat jhuyphina munarttata.

Mujeres:

Cuna jhuyphi, cauqui chijchi.
Ajhauiri chike pankaratua
kunu patan larttassiri,
thaya pampan muyttassiri.
Ajhauiri imillatua.

Varones:

Thoktham, thoktam, imillita.
Muytham, muytham cullaquita
Kori tilinquit umayama.
Kollke tilinquit umayama.

Mujeres:	**Varones:**
Jhinay sarjhañan	Iyau, cullaquita
Ajhauir marca	Choke pankarita.

Todos:

Uay, uayasisa, uay uayasisa,
jhinay sarjhañani.
Uayayayay... Jhinay sarjhañani.

IMILLA DE "UTAMA"
(Ajhauiri Imilla en castellano)

(Música de huayñu)

Mujeres:

Soy una imilla de Utama
soy la hija del gran mallku
Me río de todos
Tengo llamas por rebaños,
y trojes llenos de chuño.
¿Quién más felíz que yo?

Varones:

Como flor del papal,
que se ríe del viento y del sol,
así tú reirás
hasta que te vea sollozar.
Ríe pues linda flor;
pero cuidado te haga llorar,
en el amanecer,
la caricia de la helada cruel.

Mujeres:

¡Qué granizos, qué heladas!
yo soy la azul flor de los papales.
Yo río sobre las nieves,
y bailo en la pampa fría,
yo soy la flor de la puna.

Varones:

¡Baila, baila imillitay!
Date vueltas, hermanitay!
En copa de oro te haré tomar.
Yo en copa de plata pagaré.
Por la izquierda te quiero ver,
por la derecha ahora será.
En copa de oro te haré tomar,
yo en copa de plata pagaré.

Mujeres: **Varones:**
Vamos juntos . . . . . Vamos hermanita
en gran pandilla . . . . . Flor de papalito.

Todos:
¡Haciendo uay uay!
Diciendo uay uay
Vámonos a bailar,
¡Guayayayay!
Vámonos a bailar.

BALSERO DEL TITICACA

(Música de "Sicuris" de Italaque)

Balsita mía, vamos por el totoral,
siguiendo los caminitos por donde
van las uncaillas a tejer su nido.

Mañana cuando la tormenta calme,
el lago será un espejo azul,
y tú, balsita podrás correr
con las gaviotas que van allá.
Y yo mi ponchito tenderé
como una vela multicolor.

Las olas vienen y se van cantando así:
"Kotan wawapa, iyaway tutyuntam;
munirimaua khucatan suytam.

Nayau balsitam irpasca, iyaway
kota jhamachchinacarjama.
Kenayatejha muyuntatam,
thayan chhekap mayttasiñani;
intiraqueti chchamakttani,
phajhsi nairampiu irpascama.

KANTUTA FLOR IMPERIAL

(Resumen de la historia de la Raza
Danza de Incas de Larecaja)

— I —

Aunque nací en el pobre hogar
del indio, fuí flor imperial.
Tuve mi sitio en un altar
de los templos de mi gran Dios,
el Inti radiante, inmortal.

Aunque nací en un triste erial,
fuí, en mis tiempos, flor imperial
amautas me veneraron
lindas ñustas, mis hermanas,
me adoraron con gran fervor.

Es que el generoso Dios
del lago sagrado, el sol,
me bendijo un amanecer
y me llamó "Flor Imperial".

Desde entonces yo viví
junto al Inca Emperador,
como princesa sin rival.

— II —

Pero, un día, todo se acabó.
Cayeron mi pueblo y mi raza,
después de luchar con gran valor
para salvar al Hijo del Sol.

Y cuando mi señor expiró,
volví a mi triste erial, otra vez
en pos de mi inolvidable lar
y de mi único amigo fiel.

Ahora, tan solo me queda
vivir de los gratos recuerdos
de aquellos tiempos que se fueron,
para no volver jamás...

— III —

Kantuta, pasó al fin tu triste sueño,
y si ya no te llaman la "Flor Imperial",
tú serás nuestra flor republicana.

Aunque la más humilde entre las flores,
en cambio la más alegre y lozana;
la que se pasa todos los inviernos
cantando y bailando con las imillas,
al compás de nuestros alegres huayños.

Llevada de aquí para allá la pandilla,
al son de los pinquillos y tambores,
que van diciendo: ¡Huipa la Kantuta!

Huipa la Kantuta, la flor imilla
que luce su alegría y sus colores,
mientras las otras flores, delicadas,
tiemblan al sentir que llega el invierno
que, sin piedad, ¡pronto las marchitará!

CHAYAUA, CHAYAUITA

(Música de "Carnaval" de Larecaja)

Somos muchachos muy alegres:
más alegres que una chayaua
de la semana del Carnaval.
Son nuestra mayor felicidad
la caricia de un rayo de sol
y la sonrisa de una mujer.

Uipha - lalita. Uipha - lala. (Bis)
Chayaua somos del Carnaval,
chayaua de confite y flores.
La, la, la, la, la.

Mientras del **koiko** la dulce **voz**
va repitiendo una y mil veces
nuestros cantos de placer y amor,
todos nosotros, a dar vueltas
por la alegre chijipampita,
vamos esparciendo el buen humor.

Uipha - lalita. Uipha - lala. (Bis)
Chayaua somos del Carnaval
chayaua de confite y flores.
La, la, la, la, la la.

Los muchachos que quieren bailar
y cantar en nuestra pandilla,
que vengan su pareja a escoger;
pero sólo admitimos chicas
alegres como una chayaua
y de voz dulce como el koiko.

Uipha - lalita. Uipha - lala. (Bis)
Chayaua somos de carnaval
chayaua de confite y flores.
La, la, la, la, la, la.

ESCUELITA DE MI ALDEA

(Música de "Palla - Palla")

— I —

Los pajaritos comienzan a cantar,
saludando a nuestro gran Señor el Sol.
Y su melodiosa voz parece decir:
"Despierta: es hora de salir a trabajar".

Ya oí también la aguda voz
de la campanita escolar,
que esparce aquí y esparce allá,
su alegre canción matinal.

— II —

Esa es tu voz, mi querida escuelita rural
linda escuelita de mi humilde aldea natal
que me llama a leer, cantar, reir, y jugar.
Blanca escuelita, llena de flores, llena de sol.

Y yo, al escuchar esa canción
que festeja el despertar del sol,
quiero alzar también mi alegre voz
y cantar felíz, cantar, cantar.

IGUALDAD

(Música de "Sicuris" de Umala)

Con la raza secular,
la raza vencida de ayer;
entonemos a una voz
el gran himno de la Igualdad.

Y esta escuela, que es el hogar
del indio, luchará por él.
hasta conquistar el saber
hasta conquistar la Igualdad.

En las crestas del Ande ha nacido
fresca y altiva la nueva canción
del indio, su mensaje al porvenir;
Igualdad, tú eres la ley,
la suprema ley que falta crear
para conquistar la felicidad.

Con la raza secular
la raza vencida de ayer,
entonemos a una voz
el gran himno de la Igualdad.

La voz clamorosa de los Andes,
ha vibrado ya en los llanos, sierras
y cabañas, pregonando Igualdad,
Igualdad, tú eres la ley,
la suprema ley que falta crear
para conquistar la felicidad.

APODOS DE LA LENGUA AYMARA

Sin alardes de estudios científicos, pero con investigación personal y permanente, en caudalosas fuentes, he logrado reunir vocablos, motes aymaras de aguda significación del apodo, y que forman un rico vocabulario. No me he atrevido a publicar los apodos groseros por por ser éstos de una crudeza prohibitiva.

En general los apodos son satíricos, de gran ironía y jocosidad sobre todo cuando tratan de encontrar semejanzas innegables que definen la personalidad pinchada. Pocos apodos son injuriosos.

Es una válvula de escape que se expresa para saborear palabras exactas, y éstas no tienen similitud en ningún idioma, parece que el autóctono quisiera agilizar su mentalidad al aplicar los apodos. Lo mismo ocurre con el idioma quechua cuyos apodos son estiletes que dejan huellas en la epidermis; pero sin doble intención, por mera broma. La traducción de las mismas al castellano está muy lejos de expresar el sentido del dicho, ya sea frase o palabra.

Sin orden cronológico ahí van los apodos:

MUYUYCU.— Se dice a la persona que corretea, viaja y da vueltas sin necesidad.

ARU-JILJATA.— Persona que habla hasta la saciedad y con cierta inexactitud.

CHINA-HITHEKATA.— La persona que tiene las nalgas bajas.

KALAPALLALLAR-NAYRANCHATA.— Una cara que semeja piedra con ojos, sin expresión.

PACA-HUAÑATA.— Semejante al águila disecada, seca.

KKOTU HUARMI.— Mujer con paperas o bocio.
MURUKULLU.— Persona rapada.
SUCHCHI SUNKA.— Bigotes de suche (pez).
MURU MAMANI.— Cabeza pelada como el cernícalo.
LAIKA MUÑEKKA.— Semejante a la muñeca de brujerío.
PERKA THAJLLI.— Apodo del albañil mediocre que sólo palmea las paredes.
KULLU KITU.— Carpintero mediocre que sólo raspa la madera.
TOJO HUACA.— Semejante a la vaca flaca.
CHIN-KEPPI.— Culo grande.
SELLKKO.— Flaco, semejante a la lombriz.
JAMPHATU.— Mujer fea (hembra de sapo).
KARA GALLO.— De pescueso largo y rojo como el gallo pelado.
KUSILL-JINCHU.— Orejas de mono.
ALLPI-PURACA.— Que se alimenta con lahua.
THAJJA-NIÑITA.— Mujer entrajada semejante a la bosta de oveja.
HUACA-PFURU.— Cara de bosta de vaca.
THANTA ASNU.— Semejante al burro andrajoso.
PACHACH-KUMU.— Hombre blancón, cargador de yeso.
KOLU-BOTAS.— Que tiene botas duras y ordinarias.
KOSKO-TONGO.— Que lleva sombrero grasiento.
NAYRCHCHITI.— De ojos saltones.
PINQUILLO.— Mujer alta y flaca como una flauta.
ONOKE.— Movediza.
MULA-NAIRA.— Ojos de mula.
ASNU-JINCHU.— Orejas de burro.
HUALLPA LUNTHATA.— Ladrón de gallinas.
LARAMA.— Indígenas de piel azul, casi violácea.
KARKATI.— Tembloroso.
KULLI-JUMINTHA.— Cara de huminta morada.
ORKO-TUNASA.— Parecido a la tuna macho.
ORKOCHI.— Ahombrada.
KALINCHA.— Niña malcriada y callejera.
HAHUALLANTA.— Mujer desidiosa.
JAIRA-JARARANKU.— Persona floja como el lagarto.
MACHACON.— Bebedor, borracho.
PHEJJARILLA.— Desordenada.
LARPFA.— Persona pálida, flaca y desanimada.
HUAHUA-AMAYA.— Semejante al cadáver de un niño.
KKARI-HUAYAKA.— Bolsa de mentiras.

JALLU-JAMACHI.— Entumecido, semejante al pájaro de la lluvia.
PFHALLATA.— Panzón, reventado.
THISI-THISI.— Chica, saltarina y mala.
CHALLA.— Muy flaco, peso pluma.
TEKERU.— Petizo, rechoncho.
CHARAKAKJATA.— Que camina con las piernas abiertas.
KISIMIR-HAICHJATA.— De cintura delgada como de la hormiga.
CHCHUSEKA.— Ojos de buho.
CHIÑI-PARA.— Frente de murciélago.
KARHUA-SULLU.— Feto de llama, personas tímidas anémicas.
EKEKO.— Petizo, gordo.
KESTI.— De color hollín, sucio.
SUTHI.— Lleno de niguas, se dice al que anda de talones.
HUEJJRU.— Torcido al andar.
ANU-CAYU.— Andariego como el perro, pata de perro.
KOLU-PICHICA.— De trenzas chicas y duras, las que se trenzan muy duro.
AMAY-LAPHA.— Parecido al piojo del cadáver.
ASNU-LEJHUI.— Sesos de burro, se les dice a los brutos y tercos.
HUANKU-PUTU.— Encuevado, persona hipócrita.
CHUCHALLI.— Cobarde, tímido, débil.
SUPAY-KKALLU.— Crío del diablo, travieso, destructor.
KUCHI-KARI.— Degollador de cerdos, este apodo queda para toda la familia, aunque no ejerza el oficio.
SAPHAKALA.— Tonto, lento, tardío, como la cucaracha.
TAPARACU.— Persona con apariencia de mariposa negra, malagüero.
CHCHOKATA.— Barrio paceño de mercachifles que tenían la cabeza amarrada, de ahí quedó el nombre de la zona de Chocata.
ACHACU.— Cara de ratón.
CHIN-HUISTTU.— Culo torcido que determina una manera de andar.
SALAMANCA.— Astuto, engañador, ladino. Palabra aymara.
AMUTUT-KUTITA.— Casi mudo, hipócrita.
AMULOKASI.— Callado, solapado.
HUAYRONKO.— Merodeador, cargoso como este insecto.
CHCHACA-ACHU.— Cuentera, que lleva el hueso del cuento.
TTAJMARA.— De cabeza chata, intruso.
SIPPU-AUILA.— Vieja arrugada.

KANCHI-MASCARA.— Picado de viruelas, semejante a máscara horrorosa.
KEMPI.— Hediondo.
JAKE-PIERDETA.— Persona contrahecha y de malos sentimientos.
JAMPAT-CHAJJATA.— Sapo aplastado, de ojos saltones.
LANKU-AYCHA.— Mujer de músculos muy gruesos.
PASTO-KARA.— Que come debalde, sin rendir provecho.
LAHUA-KUCHI.— Semejante al cerdo ordinario.
THAYA-KATTI.— Indiferente, apático.
PASTARANCA.— Cara muy grande.
CHCHEKA-PAQUITA.— Semejante a un ave con las alas rotas.
USUNKALLA.— Enfermizo, que enferma mucho.
LAPPARARA.— Piojoso.
CHCHINA-LLUPASIÑA.— Pequeño despreciable, semejante al supositorio.
JUTHU.— Muy chico, desperdicio.
MECHA-CHUA.— Se aplica a los hijos de cura.
WILA-SACO.— Saco rojo.
CHAPICHO.— De cabellos parados.
TTHARA.— Tonto, opa, medio idiota.
KKOCHJASIRI.— Cantor pagado, vive de cantar.
ANCU-GIJATA.— Nervio estirado, se dice a una persona flaquísima.
HUAYLLAHUISA.— Bailarín que hace de brujo.
JACHAHUALLA.— Llorón.
URU-LUNTHATA.— Ladrón en pleno día.
FIESTA-CHOKOPA.— Fiestero, que concurre a todas las fiestas zonales.
KAYU-THUJSA.— Pies hediondos.
JIHUALACHI.— Semimuerto, sin energías.
PILPINTU.— De vida ligera, (como la mariposa).
MOKO-TENEKECHI.— Petizo, gordo y feo.
LAHUASCHAKA.— Baboso.
CHUCHALLI.— Tímido, desanimado, cobarde.
PURAC-CHITI.— Panzudo.
MALUMALU.— Que tiene el tic de mover la cabeza de un lado a otro.
AMAY-KATATI.— Enterrador que arrastra muertos.
MACHAT-KUNDURI.— Cóndor borracho. Cuando el cóndor está saciado camina a tumbos.
TUNDIQUI.— Muy moreno, con mezcla africana.

JAMA-PICHIRI.— Barredora de estiércol.
CHICHILO.— Persona flaca morena.
KUCHI-HUICHINKA.— Semejante a la cola de cerdo.
KINKI.— Que anda penosamente.
AURI-CUCHI.— Chancho puneño, se le dice al indígena altiplánico.
CHUNCHU AJANU.— Cara de salvaje.
KAUI-PFUTI.— Oca seca, tez amarillenta.
LAUA-KUNKA.— Cuello de palo, tieso.
NAS-CHCHAKA.— De nariz larga y huesuda.
CUCHI-PPEKE.— Bruto, cabeza de cerdo.
JACHCHA LAKKO.— Largo, semejante al gusano.
KEUSA.— Amujerado.
SALLKA.— Astuto, engañador, mañoso.
HUACA-CHARA.— Piernas de vaca, gruesas, deformes.
CHAJCHONA.— Mala mujer, perdida.
KARERA.— Mujer que tiene relaciones con hombres blancos.
HUILA-NAIRA.— Ojos colorados, inyectados.
KUCHI-NAIRA.— Que tiene los ojos semejantes a los del cerdo.
THAPACALA.— Torpe, de andar pesado.
SUNICHO.— Indio de la puna, o como el caballo petizo de la puna.
KKALALI.— Engreído, quejumbroso.
JACHAHUALLA.— Llorona.
HUACA-ÑUÑU.— Senos de vaca abultados.
LAC-CHOKO.— De boca pronunciada, dientes prominentes.
CHARKATATI.— Que arrastra una pierna al caminar.
CHAR-KARA.— Que lleva las piernas peladas.
CHAR-KORAHUA.— Que tiene las piernas como hondas.
APUKU.— Tonto, idiota.
PUNCU-KEPI.— Tonto, idiota, cargador de puertas.
KENCHA.— Que da la mala suerte.
PHATAN-KHUAYU.— Barriga colgante.
NINA-ASUTHI.— Malo, azote de fuego.
KALLKU.— De genio malhumorado, amargado.
TARMA-ASNU.— Parecido al burro cansado.
ÑOJJO.— Muy feo, de cara tosca.
JARU-CHUYMA.— De corazón picante, malo.
CHUSUS.— Músicos de banda, que desentonan.
ROKO-BOTAS.— Que tiene botas sonadoras.
CHEKACHU.— Zurdo.
CHCHUSU.— De ojos pequeños y vivos.

CHEQUECHCHEQUE.— Hipócrita, cretino, que se hace el muerto.
CHCHARQUI.— Flaca y negra, disecada.
KHORU.— Malvado, bravo.
IQUISCO.— Cara de dormilón.
INTIN-THUJRUPA.— Bastón del sol, petiso y gordo, que se deja manejar.
CHCHAJA.— Ronco.
CHICHIRICHI.— Pequeño gallo agresivo, se dice a un muchacho peleador.
LLUNKU.— Adulón.
CHURIPPUSU.— Que tiene cara amarilla e hinchada.
KKARA-LIPPICHI.— Cara de cuero pelado, apergaminado.
KAKA.— Descolorido, rubio, insípido.
MARCA-PITU.— Enredadora, chismosa.
KKESTI-PFISI.— Cara de gato tiznado de hollín.
LERKO.— Bizco.
CHILICUTI.— Avariento, agarrado.
SULLU.— Aborto, prematuro en su apariencia.
PILTI.— Enano sumiso, parecido al perro chico.
CHEJCHI.— Reilón, adulón, bajo.
KONANA.— Cargoso, molesto, embrollón.
MANKKALAYCU-YATISIRI.— Persona que se acostumbra en una casa por la comida.
KARA-KAYU.— Pies descalzos, es un apodo que disminuye la personalidad, para designar que son descendientes de gente infeliz.
JALLMU.— Destentado, se dice a la persona que tiene hablar defectuoso.
PEKE-KARA.— Cabeza pelada, calvo.
MUTHU.— Petiso y chato.
HISPI-NAIRA.— Que tiene ojos chicos como del pez hispi.
CHALLHUA-PEKE.— Es un apodo que queda para toda la descendencia, vendedora de pescado.
KUCHI-KKASPARATA.— Cerdo requemado y raspado.
KAKARACHI.— Agringado, rubio y colorado.
SARNA-PAKALI.— Aguila sarnosa, persona sarnosa.
LAUTHI.— Largo y sonso.
SOKKA.— Alta y esmirriada.
MISKKI-LACA.— Boca dulce salamera y perversa.
JARUHUJIPPILLA.— De mala entraña, de corazón picante.

PECHO-LEKE.— Beata que se golpea el pecho.
KKULLU.— Testarudo.
KAKA.— Canoso, descolorido.
JANKO-ANU.— Perro blanco insignificante sin valer.
TUTIRI.— Solterón o solterona.
CHAJHUACU.— Chillón al hablar, criticar sin causa.
THUTU.— Chocho, ido, desmemoriado.
KOLU-ACHACHI.— Viejo seco, duro y descarnado.
TUMAYCU.— Vagabundo.
THEJETHA.— Retobado, persona dura, gorda.
NASPAMPA.— Persona de nariz plana, ñato.
CHCHAMACA.— Muy moreno, color de tinieblas, obscuro.
SUPAYAN-CIRTATHA.— Bizco, peido del diablo.
KAKA-AHUILA.— Vieja canosa.
LANKU-THUSU.— De pantorrillas muy gruesas.
LANKHU-KAPUTA.— Hilado burdo, se refiere a una persona ordinaria.
NINAHUIPFALA.— Enredadora. Bandera de fuego, chismosa.
KEHUIRILLO.— Dengoso, que tiene la manía de retorcerse.
LLINTHA PINQUILLO. —De labio grueso y colgante.
HUIÑAY-HUAYNA.— Persona que tiene apariencia de muy joven.
UÑISKURU.— Odiador.
PHICHIRUCHI.— Insignificante, sin ninguna importancia.
KUNK-CHANKA.— Pescuezo delgadísimo, como caito.
WILA-NAIRA.— De ojos colorados, sanguinolentos, congestionados.
LAPPINCHO.— Pobrete, que no tiene un céntimo.
MAPPA-HUAHUA.— Muy moreno, niño de brea.
CHIN-PPIA.— Que tiene los pantalones agujereados, culiroto infeliz.
KKAIKARATA.— Alocado.
MARKA-TOLLKA.— Yerno del pueblo, persona que adula a las que cree pueden ser sus suegras.
CHUJCHUMPILLA.— India entrajada y mala facha, de baja ralea.
MAMAMAKA.— Hijo que falta a su madre, en palabra u obra.

Curiosidades

EL ROCOCO

El rococo es el enorme batracio de las selvas. Inofensivo pero horriblemente feo, se introduce en las viviendas en busca de insectos y pequeños reptiles, ocasionando susto a los habitantes. Limpia la casa de alimañas que hacen daño al hombre. Cuando se conocen sus beneficios, se lo deja tranquilo convivir.

Su nombre de rococo, lo debe a su croar ronco y monocorde roc... roc... roc..., que se oye en el silencio de las noches tropicales.

Cuando se observa con atención a uno de estos animales, se verá cómo los insectos se introducen en su boca como por arte de magia, tiene la particularidad, al igual que la víbora, de atraerlos por acto de hipnotismo.

El batracio de menor tamaño, se amontona uno sobre otro formando verdaderas colinas que perfectamente mimetizadas, engañan al incauto que no conoce estas cosas de la selva, y puede descansar, sentarse o apoyarse en estos conos vivientes, formados de sapos.

La defensa del sapo, ante la víbora venenosa que quiere engullirlo, es la siguiente: el reptil ponzoñoso ataca al batracio, éste en primer término se rodea de su propia espuma que resulta venenosa para el atacante, luego toma en la boca un pequeño palito y se atrinchera al centro, inofensivo en apariencia, tiene sus medios de defensa al peligro que lo acosa.

La víbora ataca por alto enarcando sus anillos, para lanzarse, y cuando logra cogerlo se atraganta con el palito que el astuto sapo no afloja. Muerto el enemigo, por asfixia, el ingenioso batracio muy orondo y lirondo, se zafa de la boca del reptil, y triunfante, se aleja lentamente, con su monótono roc... roc... roc...

ANIMALES SUICIDAS

EL ALACRAN

El alacrán es un pequeño escorpión. Arácnido temible y venenoso que abunda en los valles y los trópicos, tiene la cola terminada en un aguijón ponzoñoso. Cuando este insecto, que es pequeño, no más que una libélula; se encuentra en dificultad insalvable y está rodeado de fuego o acosado por otro animal de mayor tamaño o más venenoso, tuerce su cola hacia la cabeza y se hinca su aguijón emponzoñado eliminándose inmediatamente.

EL CONDOR

Otro animal suicida es el gigante cóndor andino. Cuando esta enorme y soberbia ave envejece, tiene nostalgias de cumbre y de infinito, porque no puede levantar su potente vuelo, ya no puede enseñorearse en el cielo azul de sus inmaculadas y majestuosas cumbres, las blanquísimas plumas de su real collar, le van abandonando una a una, su plumaje de ébano, va tornándose ceniciento, sus fuertes patas se cubren de escamas, sus garras aceradas ya no tienen la fuerza y la potencia de tiempos pasados; parado en los altos picachos, cabecea tristemente, parece que observa los precipios, medita en la tragedia de su vejez. Ya no es el rey del espacio, su orgullo está en juego, no quiere sentirse vencido...

Cierra los ojos... pliega las enormes alas, y con el orgullo que le caracteriza, se lanza al precipio sin fondo...

LA VIBORA QUE RESULTO ENVENENADA

Se cuenta de un cazador, que en medio de un bosque, con la escopeta levantada y la vista en alto, iba caminando en busca de caza, en la copa de los árboles, descuidadamente pisó una víbora de enormes dimensiones que, pacíficamente dormitaba al sol. Esta ofendida inoculó su ponzoña en la pierna del cazador. El hombre, encolerizado, arrancó las mangas de su camisa, y envolviendo sus manos cogió al inmenso reptil y le dió varios mordiscos, luego corrió a su casa, y practicando un hoyo en el suelo, lo hizo llenar de excremento humano, introduciendo en él, la pierna que sufrió la picadura, no sin antes haber ligado fuertemente a ambos lados de la herida, para aislarla. Curación verdaderamente extravagante y antihigiénica que empleó el cazador con mucho éxito. Sano ya, se internó en el bosque para ver lo que ocurrió, encontrando a la víbora muerta, a consecuencia de los mordiscos que resultaron ser venenosos para el reptil. De ahí se asegura que la mordedura humana es también ponzoñosa para estos reptiles.

REFERENCIAS DE LAS PALABRAS EN AYMARA

Chijchipa	Planta aromática comestible
Kunu	Nieve
Achachila	Viejo Venerable
Chuis	Frijoles de colores
Tijchar	Jugar a las bolitas
Añahuaya	Retama silvestre
Puku-puku	Ave anunciadora de lluvia
Yokalla	Niño indio
Kumunta	Cargamento de víveres
Chulluchullu	Juguete rústico de adorar al Niño Jesús
Pajarillos	Juguetes
Buñuelos	Panecillos fritos
Llautho	Manto
Ñusta	Moza noble
Kochu	Cántico religioso
Chihuancu	Mirlo
Huayna Tity	Joven puma
Inti Raimi	Solsticio de invierno
Llippy	Casa de la vicuña
Pututu	Cuerno de guerra
Llippiña	Madriguera o cubil de las vicuñas
Kuraka	Autoridad
Llamppu Chuyma	Corazón generoso
Hallalla	Saludo – Albricias – Hurra
Kachhua	Danza
Kori pfuju	Pozo de oro

Wara-wara	Estrellas
Sullka huari	Cría de vicuñas
Huari	Vicuña
Phajsi	Luna
Waywaya	Canto alegre
Kellua	Pato
Pankara	Flores
Chijchi	Granizo
Pfullu	Tejido
Ahuatiri	Pastor
Huayna	Joven hombre
Markapitu	Enredadera
Sajra	Diablo
Kala	Piedra
Jhuyphi	Helada
Inti	Sol
Cañahuales	Chacras de cañahua
Zampoñas	Instrumento musical
Ayllu	Terreno comunario
Huajcha	Huérfano
Laika	Bruja
Anchancho	Maligno
Ajayu	Espíritu
Luly	Picaflor
Quena	Instrumento musical de caña hueca
Jarahui	Yaraví
Unkailla	Pájaro lacustre
Antawara	Celajes
Kantatururi	Estrella de la mañana
Imilla	Niña india
Mulla	Yerba aromática
Huirakoa	Yerba aromática
Chchillihua	Paja
Sutuhuaylla	Lagarto
Solapero	Bordador autóctono

En la mitología aymara, el granizo está representado por un viejo de larga y blanca melena, vestido de harapos.

Ilustraciones

	Pág.
El pozo de los cóndores	57
Los pájaros agoreros	65
La Wajtha	69
Warmi munachi	73
La danza de la casa nueva	75
Miriquiri achachila	83
La cola de fuego	95
Sora Sorita	97
La leyenda de Kari Kari	103
Jachiri	109
El Ekeko o alasita	117
La ñusta Añawaya	121
Huari kasaya kala thakaya	125
La auicha	129
El tío	131
Irpasta, sarthasi y thinka	135
Chijchipa	145
Waranka, el jardinero de la Virgen	155
Gerardito Chambi	159
Sullca Huari	169
La víbora cascabel	175
La historia de Felipe Tappfi	179
Vacaciones del Niño Jesús	183

Indice

Pág.

PRESENTACION: Alfonso Finot 7

Resolución Ministerial declarando la obra texto oficial para el Sistema Educativo Boliviano 9

DEDICATORIA 11

PROLOGO: María Luisa Sánchez Bustamante de Urioste 15

COMENTARIOS: Guillermo Viscarra Fabre. ... 17
Ana Rosa Tornero de Bilbao la Vieja 19
Paz Nery Nava 20

ANOTACIONES

Apología de la campesina Kolla 23
El auténtico indio y la artesanía 27
Apuntes del folklore musical.. 32
La copla popular boliviana 37

POEMAS DEL ALTIPLANO

Vicuñas 49
Cañahua 50
Illampu 51
Al Titicaka 52
Aimara 53
Kolla.. 54

SUPERSTICIONES

	Pag.
El pozo de los cóndores	58
La truca	61
Los pájaros agoreros	66
La wajtha	70
Warmi munachi	74
La danza de la casa nueva	76
El sapo en la hechicería	78

MITOS

Miriquiri achachila	84
Chimpuru	87

LEYENDAS

La cola de fuego	96
Sora Sorita	98
La leyenda de Kari Kari	104
El río huérfano	106
Jachiri	110
Kuurmiri	111

TRADICIONES

El Ekeko o Alasita	118
La ñusta Añawaya	122
Huari kasaya kala thakaya	126
La auicha	130
El tío	132
Irpasta sarthasi y thinka	136
Matrimonio campesino	138
Costumbres aldeanas, la Pascua	139
El corte del cabello	140
Todos Santos	141

CUENTOS Y NARRACIONES

Chijchipa	146
El ciego Benico	149
La Kalincha	151
Jacoba la agorera	153
Waranka, el jardinero de la Virgen	156
Gerardito Chambi	160
La Navidad de Maliko Chura	163

Pág.

Sullca Huari 170
La canillita del muerto 173
La víbora cascabel 176
La historia de Felipa Tappfi 180
El canario enfermo 182
Vacaciones del Niño Jesús 184
Anécdota 187

SIMBOLOS AYMARAS

Arbol de la puna 191
Manos del indio 192
El Wiri 193

COROS ESCOLARES FOLKLORICOS

Cóndor mallku 197
Uncailla uncaillita 198
Utama 199
Dos hurras por "Utama" 200
Suca suca tata 201
Mis ovejitas... 202
Huaricitu 203
Yokallito pastor 204
Auatiri 205
Vicuñita 206
Ajhauiri imilla 207
Imilla de utama 208
Balsero del Titicaca 209
Kantuta flor imperial 210
Chayaua Chayauita 212
Escuelita de mi aldea 213
Igualdad 214

Apodos de la Lengua Aymara 215

CURIOSIDADES

El rococo 225
Animales suicidas, el alacrán.. 226
El cóndor 226
La víbora que resultó envenenada 227

Referencias de las palabras en aymara 229

Este libro se terminó de imprimir el 28 de febrero de 1974, en los talleres de la Empresa Editora "Universo", La Paz — Bolivia